LOUIS
AUCHINCLOSS

Diario de un yuppie



Bob Service es un brillante abogado cuya especialidad es el juego más popular en la América de Reagan: las fusiones y absorciones de empresas. Trabaja en un antiguo y honorable bufete de Manhattan, pero su ambición le exige horizontes más amplios y empresas quizá menos «honorables». Bob sabe muy bien lo que quiere y cómo conseguirlo: desea dinero, prestigio y poder, y está dispuesto a hacer todo lo necesario para procurárselos. Dentro de los límites de la ley, que no siempre coinciden con los de la ética: ningún artículo de las leyes escritas impide que un joven abogado con pocos escrúpulos pueda abrir su propio bufete y llevarse a los mejores clientes de su recién abandonada firma, o que se libre, mediante una hábil intriga, del colega que le ayudó en la operación y que ahora se ha vuelto considerablemente incómodo.

Sin embargo, nuestro yuppie encuentra en Alice, su esposa, un juez insobornable: ella no puede vivir con un hombre al que ha comenzado a despreciar y le abandona. Bob la ama y no quiere perderla, pero tampoco quiere perder nada de lo que ha conseguido y de lo que tiene aún por conquistar. Además, en su vida aparece muy pronto Sylvia Sands, una experta en relaciones públicas muy bien relacionada, tan «realista» y ambiciosa como Bob. Juntos forman un equipo formidable, nacidos para triunfar e introducirse en los circuitos del «gran dinero» y de la refinada aristocracia. Pero ¿cuánto puede durar este delicado equilibrio entre iguales, esta frágil alianza entre arribistas? Y Bob, que amó en otros tiempos la literatura y jugueteó con la idea de ser escritor, ¿es tan consistentemente cínico como pretende dar a entender en su diario?

Louis Auchincloss, el agudo, sofisticado y temible cronista de las clases altas norteamericanas, ha escrito una de las novelas más sutilmente irónicas de los últimos años, una fábula contemporánea de ambigua moraleja en la que confirma su depuradísima calidad literaria.

«El ingenio, elegancia y sutileza impecables de su obra han hecho que los críticos le comparen con frecuencia con Edith Warthon, acerca de la que ha escrito, e incluso con Henry James». (M. Green y A. Adell, *Diccionario Penguin/Alianza de literaturas*

anglosajonas)

«Cuando se trata de explorar las complejidades de una conducta moral en un mundo lleno de contradicciones, Auchincloss es el mejor». (*Wall Street Journal*)

Louis Auchincloss

Diario de un yuppie

ePub r1.0
Titivillus 13.04.2023

Título original: *Diary of a yuppie*
Louis Auchincloss, 1986
Traducción: Susana Lijtmaer Calderón
Ilustración de la cubierta: «World Trade Center», Nueva York, fotografía de Jay Maisel, 1961
Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Para Chuck Kades,
el más grande de todos los abogados
con los que be trabajado.

I

Llevo trabajando tantas horas diarias en esta última absorción empresarial, que en seis semanas apenas si he anotado nada en mi diario.

Lo cual hace que me detenga.

¿He decidido por fin que esto es un diario? ¿Al cabo de tantos años? ¿Es posible que el montón de anotaciones en folios amarillos —cartas escritas y nunca enviadas, «retratos», diálogos imaginarios, observaciones ingeniosas que hubiera deseado hacer en fiestas, diatribas llenas de odio o himnos de amor, interminables análisis de mis miedos y neurosis—, todo lo que guardo en el archivador de mi despacho, lejos de los ojos curiosos de Alice, haya adquirido paulatinamente una estructura, una forma, la de un diario? ¿Y qué es un diario? ¿Una novela con un narrador, con un «yo»? A Henry James no le gustaban estas novelas; decía que en ellas la historia estaba limitada a lo que podía ver el narrador. Y, según James, es mucho más impresionante ver al observador en trance de observar. Pero hoy día todo el mundo sabe más acerca de sí mismo que en la época de Henry James, o al menos debería saberlo. Y, desde luego, ni siquiera tus más íntimos te conocen mejor que tú mismo. O así debería ser.

Los primeros escritos se remontan a mis días de estudiante en Columbia, hace unos doce años, cuando me especializaba en literatura inglesa como la mejor introducción al derecho. Hay fragmentos de novelas y de cuentos, pues durante un breve período de mi primer año en la universidad pensé de hecho en llegar a ser escritor. Abandoné muy pronto esa idea porque hay muy pocos

escritores que lleguen a hacerse ricos; el derecho permite aspirar a mayores alturas. Pero ya entonces sospechaba que iba a utilizar pluma y papel para conservar mi equilibrio en un mundo de seres obsesionados por sus ilusiones, y que lo haría de manera sistemática, aunque en secreto. La mayor parte de los hombres no viven la realidad, sino una ficción que ellos mismos se inventan. La realidad es demasiado árida y mezquina, insignificante y desapasionada. ¿Y ellos? Ellos, claro está, son grandes leones dorados y rugientes. O al menos lo son ante los ojos de su imaginación.

Pero es hora de que abandone las divagaciones, si he de seguir el rumbo que se insinúa en el amarillo montón de papel guardado bajo llave en el archivador que hay detrás de mi mesa, en el piso cuarenta del edificio Pan Am. Acabo de decir que es un diario y, por el momento al menos, seguirá siéndolo. Esta noche estoy escribiendo en casa, pero me guardaré estas hojas en el bolsillo antes de que Alice vuelva de la conferencia en el Museo Metropolitano. Ella jamás me registraría los bolsillos, pero no vacilaría en leer cualquier papel que yo hubiese olvidado guardar. Alice juega a la agente literaria tanto en casa como en la oficina, e insiste en que yo podría escribir un libro. ¿O quizá sólo intenta justificar su trivial curiosidad femenina? Aunque, ¿acaso es menos trivial la curiosidad masculina?

Creo que la nueva crisis de mi vida laboral no es una crisis ordinaria, y tal vez sea esa sospecha lo que guía en este instante las palabras que escribo en la página amarilla que tengo ante mí. Permítaseme que, como buen abogado, exponga los hechos, o lo que James llamaría «lo *donné*».

«Yo» soy Robert Service, de treinta y dos años, pasante en el bufete de Hoyt, Welles y Andrew (treinta y seis socios y cien empleados), y me han asegurado —pero no garantizado; nunca lo hacen— confidencialmente que desde el primer día de enero del año que viene, 1980, seré socio del bufete. Este ascenso ha sido mi única ambición, y hasta podría decir que mi obsesión, durante ocho años en los que he trabajado frenéticamente día y noche y muchos fines de semana. ¿Y qué siento, ahora que el triunfo está cerca? Nada, o casi nada.

Me he convertido en un especialista en absorciones de empresas.

Actualmente estoy trabajando, bajo la dirección de Branders Blakelock, en la tentativa de Atlantic Rylands para lograr el control de Shaughnessy Products; intento que, por cierto, ha chocado con una vigorosa resistencia. Nosotros representamos al agresor (uso esta palabra deliberadamente), y «la presa» está recurriendo a todas las defensas posibles en este juego, entre ellas una política de «tierra quemada» que consiste en gravar sus propiedades con deudas y arriendos a largo plazo para desanimar al saqueador. Ha puesto en marcha también nuevas líneas comerciales, muy parecidas a las de Atlantic, para que pese sobre esta corporación, si llega a triunfar, la amenaza de un proceso por violación de la ley antimonopolios. En una guerra como ésta, todo vale.

O debería valer. Mi problema es el señor Blakelock, y he aquí lo sucedido.

La búsqueda de indicios de actividades deshonestas por parte de los directivos de la compañía que se desea absorber, búsqueda que en algunas ocasiones se hace por medio de soplones a sueldo, es un procedimiento rutinario. Una vez en posesión de este tipo de datos, a veces es posible chantajear a la «presa» y forzarla a que acepte un acuerdo; si no se consigue, podemos al menos librarnos de un ejecutivo molesto mediante una demanda de los accionistas. El estudio de lo que llamamos «propiedad abandonada», un eufemismo que designa el contenido de las papeleras, resulta a menudo muy provechoso. Blakelock piensa que esta táctica es despreciable, y yo trato habitualmente de que no se entere de nuestras maniobras. No obstante, no tuve más remedio que hablarle de un documento que habíamos conseguido recomponer trozo a trozo, para que nos autorizara a entablar una demanda contra Albert Lamb, el presidente de Shaughnessy.

Se trataba del memorándum de un contable, dirigido al tesorero de la compañía, y se refería a Hendrickson Lamb, el hermano menor de Albert, un alcohólico con un puesto que en realidad es una sinecura y cuyo sueldo paga Albert en persona. La parte más interesante del documento versaba sobre una apropiación indebida de fondos de la compañía, realizada por el hermano del presidente. El memorándum decía: «Como usted sabe, el señor Lamb acostumbra reintegrar puntualmente estos desfalcos con fondos de su propia cuenta».

Bueno, ya lo teníamos. Quizá no era mucho, pero bastaba para que los accionistas iniciaran un ataque encaminado a conseguir la destitución de Albert Lamb como presidente de la compañía. Y el gran quebradero de cabeza de Atlantic era justamente Albert.

Yo sabía que tendría problemas con Blakelock, y esta mañana he esperado el momento oportuno antes de comunicarle las novedades. Él me había llamado a su despacho para hablar de una moción que debo presentar el próximo lunes ante el tribunal federal del distrito. Blakelock confía plenamente en sus dotes de maestro, y le gusta imaginarse que es un gran empresario de espectáculos, un Svengali capaz de inspirar a su discípulo, e incluso de hipnotizarle, para conseguir de él una actuación brillante. Yo soporto estas sesiones pacientemente y en silencio.

Por cierto, rara vez le miro. Me basta y sobra con saber que está allí, dominándome desde su altura, muy flaco y vestido con uno de esos trajes negros y holgadísimos que usa desde que le conozco, hace ya ocho años. Y él, como si fuera Abelardo ante sus alumnos, se dirige a mí desde su puesto junto a un atril de caoba, con voz alternativamente atronadora o chillona.

—Y no lo olvides, Robert. Cuando hayas terminado, no te entretengas, no busques en tus notas alguna ocurrencia final, algo que refuerce tus argumentos. Obedece el mandato inmortal del difunto John W. Davis, el más grande abogado defensor que tuve el privilegio de escuchar —en este punto su voz aguda se vuelve repentinamente estentórea—, ¡y siéntate!

Pero hoy estoy cansado de todo esto. El trabajo ha sido muy largo y pesado, y aún queda mucho por hacer. Saber que muy pronto seré socio del bufete no me ha producido el éxtasis esperado; por el contrario, siento una angustia cada vez más viva ante la posibilidad de haber elegido un bufete que no me conviene. Pero yo siempre he sido así; gozo tanto anticipadamente, que en el instante de la realización mi alegría es muy fugaz. Creo que finalmente estoy harto del paternalismo de Blakelock. Siempre le he gustado, soy —o era— su preferido, y tal vez me quiere. He ocupado el lugar del hijo que nunca tuvo, y eso estaba muy bien cuando yo era un pasante ambicioso. Pero muy pronto seré socio del bufete, y debería ascenderme en sus afectos a una categoría menos subalterna; la de hermano menor, tal vez.

He vuelto a leer lo que he escrito, y el tono me parece bastante malévolo. ¡Imagínense lo que pensaría Alice! Pero ¿tengo yo la culpa de que Blakelock me eligiera para llenar el vacío de su corazón? Yo le he apreciado mucho —y aún le aprecio—, pero él es uno de los socios más antiguos del bufete, tenía mi destino en sus manos y tendría que comprender que a mí me convenía seguirle la corriente. ¿Por qué la gente continúa alimentando la ilusión de que el amor engendra en el corazón del ser querido la obligación de corresponder a ese afecto, y también un sentimiento de respeto por quien ama? ¿Y por qué se engañan creyendo que hay algo noble, bello o abnegado en el fuego de una pasión que ellos mismos han atizado y alimentado, ese juego en el que ellos mismos han elegido arder? ¿Cuántos intentan de veras apagarlo? No; no lo hacen porque tienen miedo de conseguirlo, así como temen reconocer que el objeto de su devoción es casi siempre un producto de su fantasía.

Pues ¿qué soy yo, Robert Service, para Branders Blakelock? No lo que yo creo ser, seguramente. Como es natural, no puedo saber con certeza cómo le gusta imaginarme, pero me aventuro a suponer que me ve como a un joven Antinoo, en cuyo brazo musculoso y desnudo el viejo y sabio gobernante no desdeña apoyarse. ¿Y por qué Antinoo no ha de contentarse con esto? ¿Qué es él, pobre chico bitinio, sino el amado de Adriano? No insinúo que Blakelock tenga propósitos libidinosos —nada le escandalizaría más, aunque fuera en la intimidad de sus pensamientos—, pero sí advierto que todos sus protegidos han sido muy guapos, y sabemos qué gran pozo negro es el subconsciente. Digamos, para ponerlo de manera más ingenua, que me imagina como a una especie de mastín fiel, echado mansamente a sus pies, pero listo para atacar y matar a la menor señal.

—Robert, no olvides tampoco que el juez Axeman, como tantos otros magistrados federales, cree que puede cambiar el mundo. El presidente y el Congreso están paralizados por intereses partidistas, pero él, Axeman, garantizará la abolición de la discriminación racial, aunque para ello los estudiantes tengan que viajar mil kilómetros diarios en autobús; asegurará la igualdad de los votos, aunque para ello haya que volver a modificar las circunscripciones de todos los estados; y protegerá la integridad del medio ambiente, aunque para ello tenga que paralizar la industria. ¡Bendito hombre!

Y yo, en parte, estoy con él. Me preguntarás qué puede querer un juez progresista al intervenir en una absorción. ¿No es como la pelea de dos escorpiones en un frasco? Quizá. Pero no olvides que en todo magistrado idealista acecha un amante del poder. A Axelman le gusta jugar con nuestras grandes empresas como juega un niño con un tren eléctrico. Y aquí entras tú en escena. Debes lograr que el juez piense que la absorción de Shaughnessy Products es una manera más eficaz de repartir los panes y los peces entre la multitud. Tienes que ayudarle a vestir la toga de servidor del pueblo. ¡Y no hay precedente que valga más que el bienestar común! Siempre que el precedente no nos favorezca, claro está.

Pero todo esto ya lo he oído antes, y mientras miro el despacho, austeramente amueblado —dos elegantes armarios ingleses, un banco colonial y algunas butacas de madera; fotografías dedicadas de jueces y caricaturas de abogados británicos—, se me ocurre que los litigios sobreviven en este mundo de ordenadores como un antiguo tranvía en las vías de un metro. Con todo, esta supervivencia ha hecho que la costumbre de pleitear sea singularmente venerada. Las risitas, guiños y triquiñuelas de la sala de justicia, las voces atronadoras, las insinuaciones maliciosas, los carraspeos y consultas en voz baja, todo ese vodevil que adoran jueces y jurados —y el público de la televisión—, ha llegado a ser tan sagrado que es imposible tocarlo. Incluso ha sustituido a nuestras despobladas iglesias como santuario de las virtudes americanas más tradicionales.

Me decido a revelar lo que he descubierto sobre Lamb. No es el momento oportuno —nunca lo es—, pero Blakelock al menos me escucha.

—¿Y de dónde has sacado eso?

Dudo un instante.

—¿Hace falta que usted lo sepa?

—Ah, entonces fue en un rastreo de «propiedades abandonadas». Muy bien, no me lo digas. No quiero saberlo. Pero supongo que no pensarás usarlo.

—¡Claro que sí! Será el fundamento de una demanda para destituir a Lamb como presidente de la compañía.

—Bob, debes de estar loco. Yo ya sabía lo del hermano de Al. Es un cleptómano, y Al ha cuidado siempre de ese pobre chalado.

—¿Chalado? ¿Le han declarado jurídicamente incapaz?

—Claro que no; Al es demasiado orgulloso para eso, y se las arregla solo con sus problemas familiares. Ha mantenido a este hermano durante toda su vida, y se ha ocupado de que sus hijos fueran a la universidad. ¡Si hasta creó para él un cargo en Shaughnessy, corriendo con todos los gastos! Nunca supe de nadie que hubiera hecho tanto por un hermano.

—Pero sigue siendo un delito que el hermano meta la mano en la caja, ¿no? Y también que Albert le encubra.

—Sí, supongo que sí, considerado desde una estricta legalidad. Pero todo tiene una justificación.

—Quizá. ¿Pero le gustaría a Albert Lamb que se supiera?

—¡Por Dios, no! Sería terrible para el infeliz de su hermano.

—Bien, ahí quería llegar yo. Albert tendrá un incentivo más para llegar a un acuerdo. ¿Y no es eso lo que buscamos?

—Robert, no puedo creer lo que oigo. ¿Eres realmente tú quien está hablando?

—¿Y usted piensa que Albert Lamb vacilaría antes de usar un arma semejante contra cualquiera de los directivos de Atlantic?

Blakelock se queda callado un instante antes de responder.

—Bueno, pero debes tener en cuenta que Albert piensa que Atlantic intenta destruir el trabajo de toda su vida en Shaughnessy. Y un hombre en su situación se siente bastante desesperado. Pero nosotros no estamos en la misma situación, Bob.

—Lo está nuestro cliente. Para Atlantic es mucho lo que está en juego. ¿Y qué podemos perder nosotros si nos arriesgamos?

—Supongo que solamente el honor.

—¿Y dónde está? ¿No lo dejamos en depósito cuando nos metimos en el negocio de las absorciones? Mr. Blakelock, déjeme intentarlo. No hay nada mejor que destapar un montón de basura para que aparezca más basura. Cuando se conozca este caso, puede que haya gente que de repente recuerde otros casos similares. Y quizá la basura que destapemos acerca de Lamb sea suficiente como para hacer volar a toda su junta directiva.

—¡No lo permitiré! ¡No lo permitiré nunca!

Su indignación me vuelve audaz.

—Usted habla de honor. ¿Y qué me dice de nuestro deber para con el cliente?

—¿Y crees tú que el deber me obliga a usar un sórdido chisme de familia, e inflarlo hasta que alcance las dimensiones de un escándalo que quizás acabe con la tranquilidad espiritual de Albert y con la vida de su hermano?

—Eso no viene al caso. Se ha comprobado que Albert Lamb encubrió un delito cometido por un ejecutivo de su compañía. ¿No es así? ¿Y no es nuestra obligación utilizar todos los datos de que disponemos? Lamb lo sabe tan bien como nosotros. Cuando se metió en esta pelea sabía que investigaríamos minuciosamente su pasado, y que lo utilizaríamos. Esas son las reglas del juego, Mr. Blakelock, y creo que siempre lo han sido. Sólo que en la actualidad no nos andamos con tapujos, como antes. Y yo creo que es mejor.

—Y yo que es peor. Mucho peor. Creo que es indecente. Y en el ejercicio de mi profesión no hay lugar para la indecencia.

El silencio sigue a sus palabras, y yo levanto por fin los ojos con la pretensión de mirarle provocativamente a la cara. Pero mi jefe se ha vuelto y me da la espalda, los hombros encorvados en un gesto de desaliento y pesar que me parece excesivamente melodramático.

—¿Y serías capaz de utilizar algo tan sucio, Robert?

—Yo utilizaría cualquier cosa que me permitiera conseguir mi objetivo. Albert Lamb es la pieza clave de toda la defensa.

—¿Y lo harías sabiendo que es una basura?

—¡Pero una basura legal, Mr. Blakelock!

—No sabía que se podían hacer esas distinciones con la basura.

—¿Y por qué no?

—Robert, me escandalizas. ¿Ensuciarías a tu adversario a cambio de obtener ventajas para tu cliente, unas ventajas más que dudosas?

—¿Quiere decir que todo estaría justificado si la ventaja fuera menos incierta?

Después de otro silencio muy solemne, Mr. Blakelock habla, y en su voz hay un leve matiz de hastío.

—Voy a decírtelo una vez más, de la manera más directa posible. Esos datos no serán utilizados.

—¿No podemos tomarnos un par de días para pensarlo? Deme un poco de tiempo y le convenceré.

—No voy a cambiar de opinión, Robert. Este bufete no utilizará lo que sabemos sobre el hermano de Lamb en una demanda de los

accionistas, ni en ningún otro procedimiento legal. Pero esa cuestión ya no me preocupa; lo que realmente me inquieta es la amoralidad que he descubierto en ti. Para mí, es una desagradable sorpresa. Tengo la sensación de que nunca te he conocido de verdad.

—¿Acaso ha querido conocerme?

—¡Vete a casa, Robert! ¡Vete antes de que pierda la paciencia! Tómate el fin de semana libre, no te acerques al bufete, y cuéntale esta conversación a tu esposa. Presta mucha atención a lo que ella te diga. No creo equivocarme al suponer que tu mujer estará de acuerdo conmigo. Deja que ella te ayude, muchacho, que te guíe. Me temo que no he sido un buen maestro.

—Mr. Blakelock…

—¡A casa, hijo, a casa, que hoy ya estoy harto de ti!

II

Oh, sí, tengo el claro presentimiento de que esta crisis no pasará así como así. Puede que una de sus consecuencias sea un significativo incremento de mi archivo de diatribas. ¡Y qué estrafalaria colección he llegado a reunir! Cientos de páginas donde he registrado mis conversaciones reales o imaginarias con otras personas. Antes de casarme con Alice, incluso escribía cartas de amor a chicas que apenas conocía, o que no conocía en absoluto —estrellas de cine a veces—; claro está que nunca estuve tan loco como para enviarlas. Cuando estaba furioso con alguien, escribía todas las cosas terribles que deseaba que le sucedieran, o redactaba documentos legales referidos a su proceso y merecido castigo. También anotaba mis sueños hasta en sus menores detalles, y aprendí a no avergonzarme de mis fantasías eróticas diurnas. Pienso que he aprendido una difícil lección: cada ser humano puede conocerse a sí mismo si acepta la premisa de que él no es muy diferente de su prójimo.

Ayer, por ejemplo, me encontré con Glenn Deane, un empleado del bufete, en las escaleras de la estación de metro de la calle setenta y siete. Se le habían terminado las fichas del metro, y me preguntó si a mí me sobraba una. Había una larga cola ante la ventanilla. Le dije que lo sentía, pero que sólo tenía una ficha. En verdad, cuando dejé a Glenn en la cola, yo tenía cuatro fichas en el bolsillo.

Pero ¿qué quiero demostrarme con esto? ¿Que Glenn hubiera hecho lo mismo? No necesariamente. Puede que su manera de ser mezquino no incluya las fichas del metro. Pero estoy seguro de que incluye muchas cosas más importantes. Resulta que yo siempre

compro veinte fichas, y me gusta comprobar cuánto tiempo me duran. Es una especie de juego, o quizás el vestigio de una avaricia hereditaria; tal vez me produzca placer el tintineo de las «doradas» fichas en la palma de la mano. Sin embargo, le prestaría de buena gana mil dólares a Glenn, mucho más de lo que él sería capaz de prestarme a mí. Y con esto no pretendo demostrar que soy más generoso que Glenn, sino que no se puede medir la mezquindad por la suma que nos negamos a dar. Todos somos mezquinos con respecto a algo, y esto significa que *todos* somos mezquinos.

Tomemos otro ejemplo. Hace unos días, y también en el metro con Glenn, me tiré un pedo silencioso pero maloliente. Advertí, por la nariz fruncida de Glenn, que lo había olido, y me las arreglé para desviar la culpa mediante una significativa mirada a una robusta mujer de color que estaba junto a mi amigo, y un no menos significativo encogimiento de hombros. Miles de personas hacen cosas así. Por supuesto que no está bien, pero es mejor reconocer que las hacemos. Yo antes me avergonzaba de tener miedo a volar, y cuando dejé de avergonzarme, también dejé de sentir miedo. En realidad, no acostumbro tirarme pedos en el metro.

Todo esto significa que creo tener, de vez en cuando, intuiciones que los seres que me son más queridos, o con quienes mi relación es más estrecha, no tienen. Y, desde luego, creo que conozco a Mr. Blakelock mucho mejor de lo que él se conoce a sí mismo.

Voy a describirle. Branders Blakelock es, a los sesenta y nueve años, un hombre alto, enjuto y desgarbado, con curvas y redondeces donde no debería haberlas; una gran calva redonda, bordeada por una franja de pelo gris y rizado, y un rostro terso y suave donde brillan unos ojos azules, pequeños y maliciosos. Su voz, que puede ser estentórea ante un tribunal, también puede alcanzar notas altas, casi de falsete; y tiene una risa aguda y explosiva que sería insultante si no la usara la mayoría de las veces para festejar su propio ingenio. Branders Blakelock es brillante y lo sabe, y no le avergüenza en lo más mínimo demostrar que lo sabe. Su club favorito es la Irving Association, así llamada en honor del sabio de Sunnyside, y de la cual ha sido varios años presidente. A Blakelock le encanta pronunciar discursos ante los otros miembros del club, ya sea informalmente, en la larga mesa donde es famoso por sus mordaces chismorreos sobre los notables de Nueva York, presentes

y pasados; o en las cenas mensuales. En éstas lee en voz alta las esquelas de defunción, y termina con los famosos versos de William Cory, dichos con voz dulce y doliente:

> Me dijeron, oh Heráclito, que habías muerto;
> amargas nuevas me trajeron, y amargas lágrimas he llorado.

Pues Blakelock es, en gran medida, un hombre a quien le gusta estar entre hombres. Es galante con las damas y finge ser el esclavo de su fea y aburrida esposa, pero en realidad vive para los de su mismo sexo, ya sea en el bufete, caminando de una punta a la otra de su despacho y ensañándose con las sugerencias de sus empleados, o bien en el club Irving, realizando las actividades que acabo de describir.

¿Es Blakelock un gran abogado? Quizá lo sea en un juzgado. Es un exhibicionista desvergonzado; tierno, taimado y humilde unas veces, y un Júpiter atronador otras. Con más frecuencia, sin embargo, interpreta el papel de caballero amablemente cínico y levemente risueño, que no ha perdido su toque popular a pesar de sus triunfos académicos y su urbana sofisticación. Su estilo es más bien anticuado, con un aire a lo «Mr. Tutt», el agudo abogado descrito por Arthur Train, que para salvar a la viuda vencía en su propio terreno al leguleyo sin escrúpulos que pretendía esquilmarla. Pero las cualidades que brillan en el tribunal relucen mucho menos en una consulta en el bufete, cuando los hombres intentan descubrir la verdad, en lugar de disfrazarla. Y como ningún gran bufete puede sobrevivir solamente con los juicios, Mr. Blakelock se ve obligado a pasar más horas en su despacho que en el tribunal. Y allí, más que engañar a otros, tiene que engañarse a sí mismo. Y no creo que eso le guste mucho.

Pues es eso precisamente lo que deben hacer los abogados de principios puritanos cuando ejercen su profesión. Hoyt, Welles y Andrews, como tantos otros bufetes antiguos, no se dignaron en un comienzo aceptar casos de absorción de empresas, por considerarlos rencillas que debían quedar en manos de colegas menos acreditados, pero cuando las absorciones se convirtieron en el principal juego de salón de las finanzas americanas, no tuvieron elección; o aprendían el juego, o perdían a sus clientes. Y Blakelock llegó a ser en poco tiempo tan ducho en el juego como cualquier

otro. Pero es evidente que este giro de las cosas le ha contrariado.

Por ejemplo, nunca se ha sentido cómodo con la jerga que se utiliza en este tipo de conflictos entre empresas. Evita cuidadosamente utilizar términos como «abrazo de oso», «repelente de tiburones», y «*blitzkrieg*», o bien los pronuncia con un énfasis decididamente burlón y maligno. Blakelock detesta mi manera desenfadada de utilizarlos. He aquí una conversación que tuvimos al comienzo del asunto Atlantic-Shaughnessy, después de que yo utilizara la expresión «paracaídas de oro».

—Bob, ¿nunca se te ocurre pensar que estas expresiones pueden ser signos reveladores de la ética de lo que estamos haciendo? Los historiadores han declarado siempre que el lenguaje popular es muy ilustrativo.

—No siento necesidad de reflexionar sobre eso.

—Así que sigues simplemente adelante, y haces lo que crees que debes hacer.

—Sí, señor. Igual que usted.

—¡Claro, claro! (Los ojos chispeantes se oscurecen, y se oye el rumor de la flema que cambia de lugar en la garganta). Un trabajo es un trabajo, y si uno lo acepta, tiene que realizarlo. Nadie lo sabe mejor que yo. Pero creo que hay en mi alma un mentor que contempla la confusión de mi espíritu y me dice en son de burla: «Branders Blakelock, eres un leguleyo tramposo. Y si me respondes que no, ¿tendrás la amabilidad de explicarme en qué te diferencias de ellos?». ¿No hay un demonio como éste en tu corazón, Robert?

—Si lo hubiera, le pondría de patitas en la calle. ¿Acaso no me paga usted para eso?

—Sí, y también te haremos socio del bufete a partir del primero de año. Pero estoy explorándote, amigo mío. ¿Te importa? Trato de descubrir si realmente estás libre del cáncer de un juez interior. ¿No tienes *ninguna* duda? ¿Ni siquiera cuando ves la cola del depredador, que acaba de devorar a su presa, atrapada a su vez entre los dientes de un depredador más poderoso? ¿No te recuerda eso a esos gráficos de la cadena de la vida donde se ve a la nutria que se come al pez que se tragó a la rana que se había zampado a la mosca? ¡Ajjj!

—Bueno, la vida es así, ¿no cree?

—Sí, y a ti puede que hasta te guste que sea así.

Blakelock ha abandonado su posición junto al atril y se ha acercado a mi silla, como si fuera a examinar un espécimen curioso. Yo suspiro, y no hago nada por disimularlo.

—Tal vez creas que ése es el papel que debe desempeñar un hombre. Un macho, ¿no es ésa la palabra? Con tu pelo rubio y ondulado, y tus ojos tan tan azules. ¡El prototipo del héroe americano de las películas de Will Rogers! Con todo, ¿no esconde esa máscara algo rapaz y hambriento? Yo lo sé, lo sé porque lo he utilizado para mis propios fines, ¡y que Dios me perdone! Quizá toda tu generación sea así. Dios está muerto, ya no hay una frontera que conquistar ni guerras en las que combatir, pero los hombres deben seguir utilizando sus dientes y sus uñas. Después de todo, ¿qué sería esta vida sin un poco de diversión?

—Mire usted, Mr. Blakelock… —Nunca he podido tutearle, aunque él me lo ha pedido muchas veces—. No tengo la culpa de que el precio de las acciones esté tan bajo, ni tampoco de que haya empresas que aprovechen la situación del mercado para comprar otras empresas. Yo creía que era usted partidario de la economía libre.

—Y lo soy; lo soy.

—Pues bien, nos estamos adaptando a ese tipo de economía, eso es todo. Y ayudamos a nuestros clientes a que también se adapten. ¿Por qué hacer un mundo de esto?

—¡Porque todo esto no parece sino una parodia del «sueño americano»! —Ahora se pasea otra vez por el despacho, el gran profesor en su estrado, contemplando un futuro brumoso desde la perspectiva de un pasado lóbrego—. Los ladrones magnates de antaño al menos llenaron nuestra tierra de ferrocarriles y fábricas, pero sus sucesores no hacen sino devorarse los unos a los otros. Y puede que todos acabemos en los vientres hinchados de unos pocos titanes soñolientos que se mirarán por encima del desierto de nuestra miseria como Budas gigantescos, demasiado ahítos como para hacer otra cosa que contemplar con ojos turbios sus propios ombligos.

—Olvida usted la legislación antimonopolística.

—Su aplicación es muy elástica en la actualidad. Todo favorece las uniones. Hasta el ordenador, que no es más que un instrumento para volver a considerar lo que ya tenemos. Nuevas maneras de

mirar lo antiguo. Nuestro futuro ha quedado reducido a un cambio de etiquetas.

—Lo cual me recuerda que debo ponerme a trabajar en el cambio de etiqueta de Shaughnessy Products.

—¡Muy bien, muchacho! ¡Haz callar al viejo bocazas! Sabes que a pesar de toda su chachara, también él está metido hasta el cuello en este negocio.

El ataque contra Shaughnessy le resultaba particularmente desagradable a Blakelock porque Albert Lamb, el presidente de «la presa», era uno de sus compañeros de golf de los sábados, en el Antlers Club de Rye. Y Blakelock, a causa de la férrea reserva que debe rodear los preparativos de una absorción, no había podido hacer la menor advertencia a su amigo. Y no sólo eso, sino que había tenido que cuidarse de que ningún cambio en su comportamiento habitual o en su actitud dejara traslucir el peligro. Hasta una no comparecencia en el primer *tee* de la mañana del sábado podría haber sido interpretada como un signo de turbación o de incomodidad ante sus compañeros de juego, y Lamb muy bien podría haber hecho conjeturas sobre la causa de tal incomodidad.

Puedo imaginarme hasta en sus menores detalles la mañana del último sábado antes del ataque final. Las bajas, onduladas y arboladas colinas, con su mezcla otoñal de amarillos, pardos y rojos; alguna que otra nubecilla en el cielo azul; la extensión verde amarillenta del campo de golf, y los cuatro vejetes, con sus chaquetas de tweed, charlando despreocupadamente (todos menos Mr. Blakelock) sobre todos los lugares comunes a los que son tan aficionados, felices y seguros en su masculina solidaridad, lejos de las palabras insidiosas y los posesivos afectos del sexo opuesto.

Quizás hablaran de la guerra de Afganistán, que acababa de comenzar. Todos, y muy especialmente Mr. Blakelock, debieron de manifestar su indignación ante el proceder de los rusos.

—Lo peor de la bomba de hidrógeno es que ya no podemos permitirnos hacer lo que deberíamos hacer. Es demasiado peligroso. Pero a veces pienso que si no nos arriesgamos nos condenaremos, como se han condenado los soviéticos.

—¿Y qué sugiere usted, Branders? —Esto posiblemente lo diría Lamb, un hombre de pelo gris, mandíbula cuadrada y espaldas anchas; el típico ejecutivo que aparece en la portada de *Fortune*—.

¿Enviaría usted soldados nuestros desde Pakistán, diciendo que son «voluntarios»?

—¡Maldita sea, Al! Pues sí, creo que lo haría.

—Y entonces los rojos mandarían diez hombres por cada uno de los nuestros. Estaríamos metidos de nuevo en otro Vietnam, pero con un enemigo mucho más poderoso. ¡No tiene con qué luchar, Branders!

—Las Escrituras dicen que Sansón venció al enemigo con la quijada de un asno. —Me parece oír la risa aguda y arrogante de Blakelock—. Así pues, mi querido Albert, nos hará un favor si envía su maxilar inferior al Departamento de Defensa…

Pero Blakelock estaría yendo ahora demasiado lejos. No hablaría con tanta aspereza si no le remordiera la conciencia. Él sabe que dentro de uno o dos días se lanzará contra Shaughnessy Products un ataque, que muy probablemente provocará la caída de su compañero de golf de una posición que luchó toda su vida por alcanzar. ¿Y qué pensará Lamb de él cuando sepa que aquella hermosa mañana en el campo, mientras le daban a las pelotas de golf y hablaban de la heroica resistencia en Asia, su supuesto amigo conspiraba activamente para llevar a cabo la operación que le ha destruido? Y debo decir aquí que Albert Lamb se puso realmente furioso, y que acabó abandonando el grupo de golf de los sábados. Pero a Blakelock no le importa mucho lo que Lamb piense de él; es un hombre demasiado grande para eso. Lo que verdaderamente le preocupa es el concepto que él pueda tener de sí mismo. ¡Que él, Branders Blakelock, uno de los dioses de la Irving Association, un hombre de buena voluntad, portador de la antorcha de la amistad y el humanitarismo, se encuentre en una posición que en los viejos y buenos tiempos hubiese sido descrita como propia de un inmundo reptil!

Sí, le tengo lástima. De verdad. Pero no puedo dejar de pensar que es él mismo quien se coloca en una situación insostenible. Quiere ser un líder de la abogacía, y al mismo tiempo conciliar sus acciones con el código ético de una sociedad *désœuvré* de aristócratas del siglo pasado. Y es evidente que eso no es posible.

III

La reacción de Alice fue muy distinta de la de Mr. Blakelock. A él le preocupaba mi ética, y a ella la relación con mi jefe.

—¿Por qué tienes que ser más papista que el papa? —me preguntó—. Si a él no le gusta, ¿por qué no renuncias a utilizar esa información?

—Porque quiero que esta absorción se realice.

—¿Pero eso no es problema de Blakelock? Todavía no eres socio del bufete.

—No, no lo soy, y me pregunto si quiero ser socio de un bufete que no tiene agallas suficientes para hacer su trabajo.

—¿Agallas? Es la primera vez que acusas a Mr. Blakelock de no tener agallas.

—Llámale un exceso de delicadeza, si quieres. Tiene el olfato demasiado sensible. Un poco de mal olor, y le dan náuseas.

—¡Revolvéis en los cubos de la basura, y me hablas de *un poco* de mal olor!

—Claro, a ti te asusta ese aspecto de la cuestión. Pero si aceptas que hay que obtener información, también tienes que aceptar que hay que buscarla donde se encuentre.

—Creo que no acepto que haya que obtenerla.

—Claro, tú no eres abogado. Deja pues la práctica del derecho a quienes lo son.

—¡Si es lo que hago! ¡Se la dejo a Mr. Blakelock! Y en tanto sigas su ejemplo, me sentiré más que satisfecha. Pero yo diría que has dejado de hacerlo.

¿Qué hombre que se considere tal no se habría enfurecido? ¡Me

estaba diciendo que mi jefe no era solamente mi jefe, sino también mi mentor, y que yo, tal como estaban las cosas, necesitaba que me guiaran! Mientras contemplaba a Alice, tan alta, delicada, orgullosa y morena, se me ocurrió que ella y Blakelock actuaban como si hubieran formado una alianza secreta para controlar a un niño travieso.

—Será mejor que comamos —dije para terminar con aquella conversación—. ¿Está lista la cena?

—Lo estará en diez minutos. Quiero que sigamos hablando. Bob, has cambiado.

—Quiero cenar, y en eso no he cambiado.

—Ya te he dicho que cenaremos dentro de diez minutos.

Alice era la esposa perfecta. Se enorgullecía de tenerlo todo preparado cuando yo llegaba a casa y de estar siempre dispuesta a atenderme. Nuestras dos hijas ya habían cenado y estaban haciendo los deberes en su habitación. Audrey, que tenía once años, a veces cenaba con nosotros, pero no lo haría esa noche. Alice, como de costumbre, se habría ido de su despacho a las cinco, y habría venido a casa para relevar a Norma, nuestra asistenta y cocinera negra, que se marchaba a las seis después de preparar la cena. Alice sólo tenía que calentarla. Cuando no me quedaba a trabajar por las noches, yo llegaba a las siete, y Alice me esperaba vestida con una bata larga muy ajustada en la cintura, que destacaba admirablemente su silueta alta y plena. Mi esposa era una belleza morena de tez pálida y ojos que hubieran sido risueños, de no haber estado ella tan decidida a ser una persona muy seria.

Nuestro salón era más el producto de la seriedad de Alice que de su buen gusto. Pienso que ella consideraba la decoración de interiores como una frivolidad. Había demasiado azul en el tapizado de sillas y sofás, y Alice tenía una vitrina que le había regalado su madre, una mujer de gustos pequeñoburgueses, con figurillas de animales y de aves. De las paredes colgaban dos grabados de Piranesi que habían pertenecido a sus abuelos. Era sorprendente que una mujer de tanto carácter pudiese haber producido una sala tan vulgar, pero Alicia, después de todo, era una mujer «literaria»; su dominio eran las palabras.

—Bob, tú crees que eres el mismo de siempre, pero poco a poco estás cambiando.

—¿De qué manera?

—¿Puedo hablarte francamente?

—¿No lo haces siempre?

—Te estás endureciendo, Bob. O quizá debería decir que tratas de convertirte en un hombre duro. Como si creyeras que es conveniente ser frío y distante, y mirar desde las alturas a los pobres e insignificantes mortales.

—¿Y te parece que no lo es?

Pero me había herido cruelmente, aunque yo lo disimulara con mi alegre tono de voz. ¿A quién le gusta que le crean un tipo duro?

—¡No! A veces me pregunto qué se hizo del chico risueño de ojos azules que se sentaba junto a mí en Columbia; el que coleccionaba versos famosos de la literatura inglesa y los hacía rimar absurdamente.

—*My heart is like a singing bird* —cité de inmediato.

—*Whose nest is in a watered shoot* —me siguió Alice.

—*Match me such marvel save in Eastern clime*.

—*A rose-red city half as old as time!* [1]

—Podría seguir.

—¿Estás seguro, Bob? Cuando te veo absorto día tras día y noche tras noche en esas horribles batallas entre empresas, me pregunto si todavía eres el mismo.

—Es mi trabajo. La única diferencia entre ahora y cinco años atrás es que, actualmente, yo mismo tomo algunas de las decisiones. Cuando comencé como pasante yo no tenía ninguna responsabilidad; hubiera dado lo mismo que manejara el ascensor o que hiciera cualquier otra cosa. Nadie lo hubiese notado. Pero siempre supe que llegaría un día en que una parte del negocio me pertenecería, ¿para qué, si no, trabajaba como un esclavo?

—¿De veras fue así? Quiero decir, ¿siempre pensaste que algún día harías esta clase de trabajo? ¿Y que te gustaría?

—Bueno, yo no sabía que iba a llegar a ser un especialista en absorciones. Pero sabía que me dedicaría a alguna rama del derecho mercantil. Lo que hago es, simplemente, ejercer la abogacía.

—¿Incluidas las jugadas sucias?

—Incluidas las que tú llamas jugadas sucias. Lo malo de ti y de Blakelock es que ninguno de los dos comprende en absoluto el clima moral en el que actualmente vivimos. Todo es un juego, pero

un juego con reglas muy estrictas. Tienes que mantenerte meticulosamente dentro de la ley; si te pillan, el menor tropiezo supone un castigo inmediato. Pero incurrir en falta no es una afrenta moral, como tampoco lo es estar fuera de juego en un partido de fútbol. Nadie que no sea un romántico desprecia a un hombre que haya aprovechado una información confidencial para comprar o vender acciones, que haya mentido sobre sus bienes para obtener un crédito, o puesto a su novia en la nómina de la empresa. Le han pillado, eso es todo. Hasta la opinión pública lo comprende. Watergate lo ha demostrado; si violas la ley, pagas la multa y vuelves al juego. Albert Lamb le haría a cualquiera de los directivos de Atlantic lo que yo propongo que le hagamos a él. Y, si no fuera así, habría que retirarle del juego.

—Entonces, crees que hay que retirar también a Mr. Blakelock.

—Desde luego que he comenzado a pensarlo.

Alice era lo bastante razonable como para reflexionar unos instantes sobre lo que yo había dicho. Pero luego, de manera muy femenina, volvió sobre el aspecto personal de la cuestión.

—Creo que lo que realmente me preocupa es el entusiasmo que despierta todo esto en ti. Sería otra cosa si para ti sólo fuera un trabajo más; después de todo, no tienes la culpa de que los hombres de negocios americanos sean unas fieras tan rapaces. ¡Pero husmeas con tanto júbilo los cubos de basura! ¿Por qué quieres hacer mucho más de lo que Mr. Blakelock se atrevería a hacer?

—Ya te lo he dicho. Él es un hombre chapado a la antigua. Y yo tengo que salir adelante en la vida.

—¿Es una necesidad tan apremiante?

—¿Acaso piensas que mi familia no me cuesta un dineral? Está muy bien que tú pases los días con tus poetas, y que tengas pensamientos nobles y elevados, pero observo que cuentas con que las niñas vayan a escuelas privadas, y te gusta viajar y…

—¡Claro que sí! Pero no necesitas ser un gigante de las finanzas para tener esas cosas.

—Pues si tengo que ser algo, seré un gigante. Para mí no hay medias tintas.

Alice suspiró.

—Es así, entonces. Deseas ser eso en lo que te estás convirtiendo. Es una elección libre.

—Y lo ha sido siempre. Yo no he cambiado, y es ahí donde te equivocas. Mis escritos te lo pueden demostrar.

Ella se estremeció visiblemente.

—¿Quieres decir que me permitirás leerlos? ¿Después de tantos años? No sé si lo deseo.

—¿Porque quizá te muestren que te has casado con quien no debías?

Nos miramos a los ojos.

—Quizá. Quizá sea eso lo que temo.

¡Si tan sólo se hubiese echado a llorar! No hay nada que yo no hubiera hecho por una Alice llorosa. Tengo un sueño que se repite: Alice, apenas cubierta con un harapo que permite ver sus piernas y brazos desnudos, sufre un cruel e inmerecido castigo; se retuerce, aturdida, mientras llueven sobre su espalda desnuda los golpes que le propina su feroz torturador. Alice herida, aterrorizada, suplicante, desesperada… Me despierto y grito ante esta imagen, tan intensa y realista como la de una mártir cristiana en una pintura académica del siglo XIX. En esos instantes amo tan apasionadamente a Alice que me imagino arrojando mi estandarte y saltando al foso, como el oficial romano de *El signo de la cruz*, para enfrentarme a los sanguinarios leones junto a mi amada. ¡Una muerte feliz!

Pues no. Alice siempre tiene que estar por encima de mí; tiene que ser un ángel de luz. Parece como si fuera capaz de adivinar el empuje de mis emociones, y estuviese ansiosa por atajarlo. Supongo que las desdeña por sentimentales. Pero el amor es el amor en todas sus formas. No hay que rechazarlo tan a la ligera.

IV

Alice piensa que nos hemos ido alejando el uno del otro. Y no es así, es ella quien se ha alejado de mí. Y también piensa que hemos empezado a perder las ilusiones que teníamos con respecto al otro. Y tampoco es así, es ella quien se siente desilusionada por mí. Tengo de ella la misma opinión que cuando nos casamos, y sigo creyendo que esta opinión es justa. Y esto no es así porque yo sea más perspicaz que Alice. Sucede simplemente que, a diferencia de lo que le ocurre a mi esposa, la necesidad de idealizar a la gente no altera mi visión. En esto Alice no es muy distinta de Blakelock. En realidad, no es muy distinta de casi toda nuestra clase media. Sus padres tenían la misma flaqueza y se la transmitieron a su hija. Mis padres también lo intentaron, pero eran muy malos maestros; cualquier niño hubiese podido adivinar sus intenciones.

Cuando Alice y yo vamos a un cóctel, todos nos ven como a una espléndida y joven pareja americana cuyos miembros muy probablemente alcanzarán la cumbre en sus respectivas carreras, o al menos llegarán muy alto, sin perder un ápice de su elegancia.

«¡Qué pareja tan guapa!», exclama la gente. Ambos somos altos, bien formados y nada gruesos; Alice tiene una cabellera negra y espesa, el rostro anguloso, el cutis perfecto, y en sus ojos, muy separados, hay una expresión que combina, de manera encantadora, una cálida sinceridad con una tenue y alegre sorpresa de que todo el tiempo le están ocurriendo cosas maravillosas. Y yo, claro está, como a menudo lo he confiado a estas páginas, soy el modelo del chico americano —aunque el chico tenga ya más de treinta años—, que parece que lo único que quisiera es escaparse de la casa para

jugar al fútbol con los hijos de su anfitrión, y que cuando tenía la edad de los niños, posiblemente era pecoso. La gran diferencia entre nosotros es que Alice piensa que esta impresión que damos tiene alguna relación con la realidad. Yo, en cambio, sé que es una representación, similar a la representación de otras personas. Y esto no la convierte en algo siniestro. ¿O acaso los otros son seres siniestros?

Si yo le dijera a Alice que la quiero tanto como el día en que nos casamos, ella probablemente me replicaría que, en ese caso, no la he querido nunca. Pero ¿sería cierto eso? ¿Qué es el amor? Ella continúa pareciéndome físicamente atractiva, me encanta su sentido del humor y respeto su inteligencia, cuando no la obnubilan ilusiones sobre el deber y el amor. Si Alice fuera un poco más honesta consigo misma, sería casi perfecta. Ella se queja de que no la echo de menos cuando me voy en viaje de negocios, y es verdad, pero también lo es que jamás echo a nadie de menos cuando sé que volveré a verle a su debido tiempo. Y a todos nos sucede lo mismo, excepto a aquellas personas neuróticamente dependientes, pero a uno no le quieren más por decirlo. Alice hace un mundo de lo mucho que me echa de menos, pero es porque *quiere* echarme de menos. Ella piensa que no sería una persona «profunda» si no echara de menos al hombre que ama. O que debiera amar.

Porque el amor, para Alice, es muy importante. Ella cree que aquellos que no lo tienen se han perdido lo mejor de la vida, y no se da cuenta de que *todos*, de una manera u otra, lo tienen. Si lo advirtiera, el amor le parecería algo demasiado fácil. Y según ella, tiene que estar fundado en un sólido pedestal de honor; en el libro de Alice, el amor verdadero sólo existe entre dos personas de moral íntegra, y que confíen la una en la otra; además, deben tener puntos de vista humanitarios e ideas políticas progresistas. Yo no llegaría a afirmar que para Alice el amor verdadero sólo es posible entre demócratas o republicanos liberales que estén de acuerdo con los editoriales del *New York Times*, pero si lo dijera, habría algo de verdad en mis palabras. Puede haber amor verdadero entre Romeo y Julieta, pero es imposible que lo haya entre Macbeth y su esposa. Y si Alice ha comenzado a considerarme moralmente indigno de una gran pasión, es porque está preparando una justificación para nuestro fracaso. No puede ser que ella haya fracasado en el reto del

amor. No podría soportarlo.

Alice y yo somos hijos únicos. Los hijos únicos tienden a ser extremadamente realistas, o idealistas igualmente radicales. Es evidente que nosotros dos somos un ejemplo de ambas posibilidades. Y las razones no son menos evidentes. El padre de Alice se consideraba un fracasado, cuando en realidad era más bien un triunfador; mi padre pensaba que era un triunfador cuando en realidad era un fracasado. Y sus descendientes reaccionaron de la manera que lo hicieron para evitar una repetición de las ilusiones —o engaños— paternos.

Los padres de Alice —los Norton— vivían en la misma calle que nosotros, en la ciudad de Keswick, condado de Westchester. Alice y yo fuimos compañeros de clase en el instituto, y más tarde en Columbia, donde nos prometimos cuando estábamos en el último año. Éramos novios desde la infancia, y Jock Norton, medio en broma medio en serio, decía siempre que esta clase de noviazgos eran la «pesadilla americana». Jock era un escritor independiente y siempre había pensado —según Alice, pues él era demasiado señor para decirlo— que si no hubiese cargado con una esposa, una hija y una costosa casa en los suburbios, podría haber sido un novelista de primera fila. Nunca advirtió que tenía talento justamente para el tipo de obras que escribía: brillantes cuentos cortos, agudos poemas satíricos y mordaces críticas de películas, que le proporcionaban unos ingresos modestos pero regulares. Estoy seguro de que se sentía más cómodo añorando una carrera como novelista nunca emprendida que plantando cara a su fracaso. Isabel, su esposa, no sabía si la constante afición de Jock a la bebida o sus esporádicas infidelidades se iban a desmandar, y la ansiedad que esto le producía la salvaba del aburrimiento de la vida en los barrios residenciales. Pero Jock Norton sabía muy bien lo que hacía, y nunca se pasaba de la raya. Era como un comicastro a quien le avergüenza serlo pero puede soportarlo. Tenía incluso la delicadeza de avergonzarse un poco por lo bien que interpretaba el papel de padre adorado de una hija que le amaba acaso demasiado sinceramente.

La fatuidad, por otra parte, era la clave de la vida de mi padre. Jason Service era —y todavía lo es, a los setenta años— pasante en Burr y Doyle, un gran bufete de Wall Street. Cuando mi padre

comenzó a trabajar, a fines de la década de 1930, este bufete tendría unos cincuenta abogados; ahora tiene trescientos. La figura alta y de andares lentos de papá, su calva reluciente y elevada como una cúpula, su gran nariz y los ojos legañosos son poco menos que una marca de fábrica de esa organización. Todos lo conocen, todos lo respetan, todos se compadecen de él. ¿Por qué no se fue del bufete hace treinta años o más, cuando no consiguió que le hicieran socio? Porque tenía una especialidad, las patentes, y una posición poco importante pero segura, y él siempre ha afirmado que no le interesaba «esa feroz competencia para llegar a ser socio», y que en el trabajo bien hecho ya había suficiente dignidad y satisfacción. Mi padre ama, o pretende amar, su rinconcito en la jurisprudencia, e insiste en que para él es un alivio no tener que molestarse con problemas administrativos o con lo que gusta de llamar, con sorna, la «caza de ambulancias», expresión que utiliza para referirse a la adquisición de la lista de clientes necesaria para el ejercicio de la profesión. Papá siempre ha ganado un buen sueldo, y nuestra casita en Keswick, de estilo Reina Ana y con un acre de terreno, está situada en una calle muy agradable, y alejada del mundanal ruido. Pudo permitirse pagar mi último año de instituto en la Haverstock Academy, de modo que yo ingresé posteriormente en la Universidad de Columbia con el aplomo de quienes se han educado en costosas escuelas privadas. Y la pobre mamá, enjuta, delgada, angulosa y aprensiva, se ha mostrado siempre tan ferozmente protectora para con mi padre, que pienso que ha sentido miedo de que mi éxito incipiente pudiera abrirle a él los ojos sobre su propia carrera, sobre lo que hubiese podido ser y no fue. Pero ella no tiene por qué preocuparse. En el fondo, él lo sabe. La gente siempre lo sabe.

Mi reacción ante la posición de mi padre en Burr y Doyle era de profunda humillación, agravada por el hecho de que yo reconocía que lo único realmente vergonzoso eran mis sentimientos al respecto. Papá y mamá estaban muy bien considerados en Keswick; mi actitud hubiese escandalizado a sus amigos y vecinos. Pero mis preocupaciones habían comenzado a los doce años, cuando tuve la mala suerte de ver a mi padre con los ojos del presumido hijo de uno de los principales socios del bufete. Mr. Doyle y mi padre tenían exactamente la misma edad, y habían empezado a trabajar en el bufete —que por entonces se llamaba Burr y Hutchinson—

apenas salieron de la universidad. Al principio, hasta compartían un despacho. El ascenso de uno a la categoría de socio, mientras que el otro continuaba siendo un pasante a sueldo, produjo cierta tensión entre ellos; pero Doyle no era de aquellos que dejan que esas cosas se noten demasiado, y cuando mi padre y él se encontraban, su actitud era de una estudiada cordialidad. En una ocasión fuimos invitados con todos los del bufete a la finca de Doyle en Roslyn, Long Island, y Tom, su hijo, se encargó de llevar a pasear a los hijos de los demás abogados por el bosque. Cuando marchábamos juntos a la cabeza del grupo me preguntó mi nombre.

—¡Ah, sí! Tú eres el hijo del bueno de Jake —comentó cuando se lo dije—. Papá dice que tu padre es uno de sus mejores empleados. «Ya no hay hombres como el bueno de Jake», dice siempre. «Después de hacerlo a él rompieron el molde».

¡Ah, los cumplidos de los niños! Este partió mi vida en dos. Desde ese instante pensé en mi padre como en una especie de Tío Tom, y no me habría sorprendido enterarme de que Mr. Doyle, por lo general benévolo, hubiese azotado las cargadas espaldas de su fiel servidor tras sorprenderlo en falta. Ante la consternación de mis padres, no quise salir nunca más con los del bufete, y me ponía poco menos que histérico cuando me apremiaban para que lo hiciera. Y cuando me recibí de abogado ofendí profundamente a mi padre al no aceptar ni siquiera una entrevista para un empleo en Burr y Doyle, a pesar de que Mr. Doyle, impresionado por mis notas y mi trabajo como director de la *Law Review,* estaba realmente ansioso por ofrecerme un puesto en el bufete. Pero yo sabía que David Burr, hijo, acababa de ingresar como socio, y me hubiera muerto antes de dar a la gente la posibilidad de mofarse diciendo que Burr y Doyle es el único bufete de la ciudad que tiene padre e hijo entre los socios y padre e hijo entre los pasantes».

¿Y a quién se le hubiera ocurrido algo así? A nadie, probablemente. Pero que sólo yo supiera que mi alma sangraba no hacía que el sufrimiento fuese menos intenso. Por cierto, lo único que hubiera podido hacerme sufrir *aún más,* hubiera sido precisamente que otros lo sospechasen. Por ejemplo, Alice. Puede que me hubiese dejado si hubiese sabido que yo estaba avergonzado de mi padre. Ella lo adoraba. Claro está que la mente de Alice es tan diferente de la mía como el día de la noche. ¡Ella quizá ni siquiera

se da cuenta de que papá *no es* socio!

V

La tentativa de Atlantic Rylands para absorber a Shaughnessy Products ha fracasado, y aunque la compañía ha ganado millones con este fracaso a causa del aumento de precio de las acciones de Shaughnessy que había tenido que comprar, sus directivos están resentidos. Este es un ejemplo de que el dinero no da la felicidad; la victoria puede ser más codiciada que los beneficios. Un vicepresidente llegó a insinuarme que la agresividad de Blakelock había disminuido notablemente a causa de su amistad con Alfred Lamb. ¡Y qué no habría dicho este ejecutivo de haber conocido la oportunidad que nos dio el hermano de Lamb, y que no utilizamos!

—Francamente, Bob —me dijo—, algunos de nosotros, y no me importa decirle que entre ellos está el presidente de la junta directiva, hubiésemos querido que usted estuviera al mando de la operación.

—¡Vamos, hombre! Branders Blakelock es, indiscutiblemente, uno de los principales abogados de Nueva York. Me ha enseñado todo lo que sé, y todavía tengo mucho que aprender.

Fue muy leal de mi parte decir esto, y la lealtad es una virtud muy estimada en los círculos empresariales. Un joven que traiciona a un jefe, en el futuro puede traicionar a otros.

—Quizá fuera el líder del viejo cuerpo de abogados, pero esto de ahora es nuevo. No creo que los hombres de su generación tengan lo que se necesita para este tipo de trabajo. Están demasiado atrapados en la antigua noción de *politesse*. Como aquel oficial francés de los manuales de historia, que invitó al enemigo a disparar primero.

—Bueno, supongo que hay que haber nacido después de la Segunda Guerra Mundial para ser un verdadero canalla.

Mi amigo dejó oír un gruñido de aprobación.

—Y yo supongo que para luchar contra un canalla hace falta otro.

Estoy estudiando muy seriamente si Hoyt, Welles y Andrews es el bufete que me conviene. He recopilado estadísticas; he clasificado a los socios según la edad, clase social, religión, riqueza heredada, la universidad donde se graduaron, capacidad y área de especialización. Y me inquietan especialmente sus edades. Diecinueve de los treinta y seis socios tienen más de cincuenta años, y seis, más de sesenta y cinco. Esto significa que los directivos de la próxima generación ya serán viejos cuando asuman la dirección del bufete y que carecerán de la energía y el entusiasmo necesarios para disputar pleitos cada día más arduos y complejos. No sería razonable esperar que yo, uno de los socios más nuevos, tuviera peso alguno en las decisiones de la dirección antes de —por lo menos— diez años, y el bufete podría hundirse en ese tiempo. Porque hemos visto arruinarse bufetes antiguos y acreditados; no es algo excepcional.

¿Y cómo me siento mientras escribo esto, mientras me enfrento al hecho de que quizás haya desperdiciado ocho años de trabajo agotador en un bufete que no me conviene? ¡Pues creo que lo que siento es algo muy parecido al entusiasmo! ¿No se trata acaso de un gran desafío? Un desafío al que ya empiezo a hacerle frente. Al menos es mucho más interesante que gran parte de lo que compone mi rutina cotidiana. ¿Y suponiendo que fracase? Pero no fracasaré.

Glenn Deane será la pieza clave en mi solución al problema. Glenn tiene treinta y cinco años y todavía es pasante. No es que le hayan dejado atrás, sin embargo, pues comenzó muy tarde a trabajar de abogado en el bufete. Antes era contable, y estudiaba derecho por la noche. Es un hombre muy capaz, pero no es seguro que llegue a ser socio, pues algunos miembros del bufete piensan que no es «atractivo». Y la verdad es que no lo es. Es alto, más bien gordo y nada guapo, con una nariz de boxeador, torcida hacia la izquierda; las mejillas marcadas por el acné; la barbilla ovalada y los ojos, pequeños, inteligentes y burlones, de un color castaño verdoso, bajo una frente despejada y con un comienzo de calvicie.

Con todo, Glenn maneja su falta de atractivo con tal descaro e ironía, que la ha convertido en una suerte de tosco *sex appeal.* Sabe muy bien cuándo hay que halagar y engatusar, y cuándo hay que ser brutal, y hasta un poco matón. Es absolutamente indigno de confianza, y capaz de una autocompasión sensiblera; pero también puede ser perversamente divertido, y en las reuniones de fin de semana en su casa de Chappaqua es el alma de la fiesta, salvo para aquel invitado al que literalmente despedaza, aguijoneado y aplaudido por su regordeta y fiel esposa, a quien engaña con metódica regularidad. Glenn ha trabajado conmigo en operaciones de absorción, y es imaginativo, está lleno de recursos y más que dispuesto a usar cualquier arma que tenga a mano. Con alguien como yo, con bastante «finura» como para compensar la que le falta a él, Glenn puede llegar muy lejos. Así que ya veremos.

Él y Lynne, su mujer, nos han invitado a pasar la noche del sábado en su casa de Chappaqua. Van a dar una fiesta, y han insinuado que tal vez no tuviéramos ganas de conducir de vuelta a la ciudad esa misma noche. Lo hemos arreglado con Norma para que se quede con las niñas, y Alice, de mala gana, ha aceptado la invitación. De mala gana porque, como es comprensible, no le gustan los Deane. Pero Alice siempre se comporta como una buena esposa cuando se trata de mi carrera.

Desde el fracaso de la tentativa de Atlantic, mi mujer ha estado en plan «esposa encantadora». Creo que hasta ha sido capaz de comprender lo grave que es, en estos asuntos, que un cliente quede insatisfecho, y teme haber ido demasiado lejos al criticar mis tácticas «agresivas». Y desde luego que fue demasiado lejos. Me frenó cuando yo intentaba ganar el dinero que a ella le gusta tanto gastar. Pero puedo pasar esto por alto porque quiero a Alice, y pienso que es una esposa con mucha personalidad y encanto. Ella es como un activo en mi vida, mi carrera y mi cama, y supongo que hasta en mi alma, si es que la tengo. Pero también debo dejar constancia de que le llevo ventaja a Alice si me abstengo de hacerle ninguna recriminación directa, y dejo que sus sentimientos de culpa actúen a favor mío. Y una ventaja sobre el cónyuge es algo que siempre se puede usar. Ocasiones no faltan.

Ya ha pasado el fin de semana de la fiesta en casa de los Deane.

La finca que tienen en Chappaqua es una antigua casa de

labranza, confinada en medio acre de terreno por culpa del barrio que se ha levantado a su alrededor, y con bastantes dormitorios como para albergar a cinco pequeños Deane. Lynne Deane es una rubia corpulenta y ruidosa; competente, franca, poco imaginativa y quisquillosa, sumida con frecuencia en la desesperación por su inteligente pero maligno esposo, a quien ella adora con rencor. Lynne, a diferencia de Alice, que se mantiene apartada de los chismes del bufete, lo sabe todo sobre todos, y les ama o les odia según representen una ayuda o un obstáculo para la carrera de su marido. De más está decir que esta mujer es un verdadero pozo negro de chismes, y a veces Glenn se enfurece con ella porque habla demasiado. «¿Quieres hundirme, mujer?», ladra él. Lynne le responde chillando, y después sale corriendo de la habitación hecha un mar de lágrimas.

La mitad de los invitados al cóctel, que duró cuatro horas, eran del bufete, y la otra mitad, del barrio. Los del bufete hablaban solamente con sus compañeros, y otro tanto hacían los vecinos. Formábamos dos grupos separados, ambos perfectamente satisfechos. Alice, siguiendo su anticuada idea de que una invitada debe ayudar a la anfitriona departiendo con desconocidos, hizo todo lo que pudo para hablar con los vecinos, uno tras otro. Estos la miraban con cierta desconfianza, y continuaban chismorreando entre ellos. Alice se dio al fin por vencida y volvió a mi lado, tal como las otras esposas del bufete que, sea por timidez, aburrimiento o falta de iniciativa social, permanecieron pegadas a sus maridos toda la noche.

Para congraciarme con Alice, siempre me muestro de acuerdo con ella en que estas fiestas son una pesadez, e insisto en que sólo voy por compromiso, porque hay que mantener relaciones cordiales con los compañeros de trabajo. La verdad es que me encantan. Me gusta beber, y la bebida no se me sube a la cabeza; disfruto con el leve aleteo que siete u ocho ginebras provocan en mis sienes. No me impide nunca concentrarme en las revelaciones que mis colegas, habitualmente reservados, hacen cuando se emborrachan. Esto suena como si yo los espiara, pero es más que eso. Si te entregas a tu trabajo —y hay que hacerlo para llegar a algo— el bufete se convierte en parte fundamental de la vida de uno. Y es de sentido común querer saberlo todo sobre la propia vida. En esas reuniones

siempre empezamos hablando del trabajo, pero después de unas copas las conversaciones se vuelven más personales, y es entonces cuando yo me entero de cosas. ¿Y por qué no enterarme? ¿Qué clase de idiota querría pasarse la vida en el foso de la orquesta, frente a un escenario iluminado, sin ir jamás a ver lo que sucede entre bambalinas?

Glenn por fin se me llevó a Alice a otra habitación. Él había bebido mucho; puede que intentara meterle mano, no lo sé. A Glenn le gusta Alice, pero ella sabe arreglárselas sola, y nunca me molesta con esa clase de problemas. Pero cuando por fin los invitados se hubieron marchado, y los Deane y los Service nos sentamos frente a unas hamburguesas y unas copas de vino tinto, Lynne obsequió a mi pobre esposa con unas miradas mortíferas que Alice, por cierto, no se merecía.

El tema de la conversación fue Paul Merton, un socio del bufete especializado en asuntos tributarios. Merton es un hombre guapo, de poco más de cincuenta años y aspecto juvenil, de quien se dice que al abandonar a su esposa por una joven pasante, ha puesto en peligro la carrera que inició hace veinte años casándose con la hija de uno de los socios más antiguos del bufete. La desdichada esposa es objeto de compasión por parte de los socios, y blanco de las burlas de pasantes y empleados. El tema es de un interés inagotable para toda la familia del bufete, con una sola excepción: Alice.

—Esto demuestra que, después de todo, hay algo más fuerte que la ambición —observó Glenn—. Cuando Merton era joven tragaba cualquier cosa con tal de salir adelante, pero el gran culo y las tetas caídas de Eleanor resultaron al final insoportables hasta para él. Tuvo que buscarse algo más apetecible.

Yo no me atrevía a mirar a Alice; Glenn siempre ha sido ordinario, pero cuando bebe se pone imposible.

—¿Fue porque su ambición tenía límites? —pregunté—. ¿O simplemente porque ya había conseguido lo que se proponía? Porque ¿qué podrían hacerle ahora sus superiores, los amigos de su suegro?

—Pueden impedirle que ascienda a socio principal.

—Me extraña. ¿Cuánto tiempo se recuerdan esta clase de asuntos? Además, la señora Merton es una perdedora nata. La gente no se compadece eternamente de los perdedores.

—Ella ya ha servido para el caso, y ahora es materia desechable —comentó con severidad Lynne Deane—. Merton es como un marido de la antigua China que elige una concubina. Supongo que su mujer ha tenido suerte de que no la tirara a un pozo.

—Hasta la hizo ir a Reno para conseguir el divorcio —agregó su marido—. Él está demasiado ocupado para perder el tiempo. Eso sí que es no ahorrarle humillaciones a la pobre chica.

—¿Y por qué lo acepta ella? —preguntó Alice indignada—. ¿No tiene amor propio esa mujer? Y si se van a divorciar, ¿por qué no pide ella el divorcio aquí, y por adulterio?

—¡Es lo que yo haría si estuviera en su lugar! —exclamó Lynne mirando a su marido.

—¡Cómo, Lynne! —la reconvine amablemente—. ¡Nosotros pensábamos que apoyabas a Glenn en todo!

—¡En estos asuntos, no! Cuesta creer que una mujer pueda caer tan bajo. ¿Creéis que Merton tiene algo que utilizar en su contra?

—¿Que ella tenga un amante, quieres decir? —preguntó Glenn con una risotada—. ¿Otro pasante con aspiraciones? Eso reavivaría mi alicaída fe en la suprema fuerza de la ambición. Si hace veinte años Paul tuvo que esforzarse para meterse en la cama con ella sin que le dieran náuseas, ¡calculad qué clase de bestia haría falta para montarla en la actualidad!

—¡No, no! La señora Merton cedió por el bien del bufete —me apresuré a explicar, consciente de que Alice estaba peligrosamente a punto de estallar—. La buena señora no quería que la sociedad que lleva el digno nombre de su padre se viese envuelta en un sórdido juicio por divorcio.

—Así pues, ¿es demasiado orgullosa para luchar? —preguntó Lynne despectivamente.

—O quizá fue para cargarse al borde de su marido —sugirió Glenn—. ¿Qué podía conmover más a los ofendidos socios del bufete que el espectáculo de una esposa maltratada que soporta dignamente y en silencio su infortunio? ¿Y que no se rebaja a mancillar el bufete que ellos adoran? ¡Dios me guarde de la mala leche de una puta santurrona!

—No puedo quedarme sentada tranquilamente mientras decís esas barbaridades de la pobre señora Merton. —Alice, por fin, había estallado; estaba más pálida que nunca, pero sus ojos echaban

chispas—. Siempre he pensado que ella es demasiado buena para esos abogados con los que le ha tocado vivir. Me impresiona como persona espiritual y noble, una especie de princesa romana de los últimos tiempos del Imperio. Puede que hubiera tenido que dar su mano a un jefe bárbaro, un Atila o un Alarico, para complacer a su imperial padre, que necesitaba la sangrienta espada del bárbaro para reforzar su trono tambaleante. ¡Sí, muy bien! ¿Pero qué recibe ella a cambio? ¡Lo que se podía esperar de un asesino vulgar y despiadado!

Alice parecía exaltada; incluso ella, habitualmente tan sobria, estaba experimentando los efectos de ese cóctel interminable.

—De modo que es así como nos ves —dijo Glenn con aire reflexivo—. Como a una horda de bárbaros. Bueno, supongo que nos lo merecemos.

—¿Es que os merecéis otra opinión? —continuó Alice, decidida —. ¿Os preguntáis alguna vez si hay vida fuera de los confines del bufete? Y cuando lleguéis a la edad de Merton, ¿tendréis algo más que una jovencita mona?

—¡Pues Glenn, de eso, nada! —exclamó Lynne con voz áspera.

—¡Quisiera saber quién me lo va a impedir! —rugió su marido —. Si ésa es la recompensa, que me maten si no la disfruto. Pero no te preocupes, Lynne, que a ti te conseguiremos un joven gladiador. Ya hemos visto que esos bárbaros tragan cualquier cosa. —Esto último lo dijo entre carcajadas, y su pobre mujer se vio obligada a aceptarlo como una broma—. Con todo, ¿qué tenían de grandioso tus romanos, Alice? ¡Acuérdate de esos banquetes y esas bacanales!

Cuando Alice, sin querer, dirigió su mirada hacia el salón donde aún estaban los del cóctel, Lynne advirtió que había encontrado algo sobre lo que descargar su ira y exclamó:

—Alice, ¿estás comparando nuestra fiesta con una bacanal romana?

Pero Alice no tuvo necesidad de responder. Glenn, que ya hacía rato que estaba irritado con su mujer, se decidió a atacar.

—¡Por Dios, Lynne, no te atrevas a comparar tu miserable fiestecita de barrio con la gloriosa decadencia de los señores de la antigüedad! ¡Espabílate, mujer, y trata de comprender el aburrimiento que tengo que aguantar día tras día! Perdonadme, amigos, si os resulto violento, pero a veces no puedo sino maldecir

nuestra época y sus costumbres, que permiten a mi mujer conservar intacta su infinita mediocridad de clase media.

Lynne huyó de la habitación tapándose la boca con la mano, y oímos sus pisotones y lloriqueos mientras subía la escalera.

—Ahora se irá a dormir la mona, y mañana estará bien —afirmó Glenn despreocupadamente.

Alice, muy molesta por lo sucedido, se fue a la habitación de los invitados, tras declarar que ella también estaba cansada.

A Glenn le encanta quedarse levantado hasta tarde, bebiendo whisky, y yo me quedé con él. Además, yo tenía un plan. Mientras le contaba los resultados de mi análisis del bufete, sección por sección, él me escuchaba muy serio y callado. De vez en cuando su mano acercaba la oscura bebida a sus labios, en un gesto mecánico.

—¿Y qué deduces de todo esto? —me preguntó por fin Glenn.

—Que el bufete va cuesta abajo; y el proceso es con toda probabilidad irreversible a menos que la actual dirección, y la que debería sucederle, sean destituidas. Y los directivos nunca están dispuestos a destituirse a sí mismos. Claro está que la decadencia podría durar bastante. Como la del imperio romano del que hablábamos antes. Aunque a veces la decadencia encuentra el modo de precipitarse.

—¡Ya lo creo que sí! Y cuando tú y yo seamos socios, hará tan poco tiempo de ello que no podremos detener la que se avecina.

—Exactamente.

—Así pues, estamos en un bufete que no nos conviene. ¡Qué maravilla! ¿Y adónde nos vamos ahora? Los bufetes importantes no dan trabajo a gente como nosotros; les gusta formar a sus propios socios. Supongo que podríamos encontrar alguna sociedad anónima, o incluso un bufete más pequeño.

—O establecernos por nuestra propia cuenta.

Glenn respiró hondo; estaba demasiado preocupado como para soltar un taco.

—Continúa.

—Hay quince abogados trabajando en el caso Celebes, y la sentencia se dictará de un momento a otro. El bufete no los despedirá; eso sería indigno de caballeros, pero tú y yo sabemos que no hay suficiente trabajo para todos ellos, y algunos comenzarán a buscarse la vida en otro lado. Pienso que podríamos reclutar a todo

el grupo.

—¡Y son la flor y nata del bufete!

—Sin contarnos a nosotros.

—Pero ¿y lo que cuesta poner un bufete? La biblioteca, los ordenadores, el local. ¿De dónde sacamos el dinero? ¿De un banco?

—No. De Peter Stubbs. Suponiendo que se una a nosotros, y creo que lo hará. Heredó varios millones de su padre, y estoy seguro de que nos financiará.

—¡Caray! ¡Lo has calculado todo!

—Pero no le he dicho nada a nadie. Tú eres el primero. Quiero que esta semana te lo pienses bien. Si decidimos dar el golpe debemos planearlo de antemano: qué abogados se vendrán con nosotros, y qué clientes nos llevaremos. Pero te voy a adelantar algo. Me parece que podemos empezar con la promesa de un importante pleito contra Atlantic Rylands. Tendríamos para pagar el alquiler de dos años.

Glenn silbó.

—¿Qué dirá Blakelock? No me gustaría tener que lavarle los calzoncillos cuando él se entere del asunto.

—Blakelock va a gritar hasta quedarse ronco. Se pondrá a despotricar y a dar voces sobre el honor y la traición. Y no sólo él. Pero ellos ya han tenido todos su oportunidad. Se apoderaron de nuestras vidas durante ocho años, noche y día, y ahora van y nos ofrecen un lugar en el puente de un barco que se hunde. Aun así, si nos permitieran ser los pilotos, tal vez me quedara. Pero no; debemos hundirnos con ellos. *Sauve qui peut!*

—No tomes a mal lo que voy a decirte, compañero —dijo Glenn, y se levantó para volver a llenar su vaso—. Esos carcamales no me preocupan en lo más mínimo, y estoy de acuerdo en que, suceda lo que suceda, se lo han buscado. Pero tú, a menos que ande muy equivocado, tendrás una buena pelea con Alice. Ella adora al viejo Blakelock. Me lo dijo esta misma noche.

—Sí; Alice será un problema. Pero será *mi* problema, y probablemente el único. Y al final, tendrá que aceptar mi decisión. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Glenn y yo discutimos los pros y los contras de nuestro proyecto hasta la madrugada. La perspectiva continuaba produciéndome un intenso placer. Estaba tan alterado que, en un momento dado, tuve

que salir a la galería a refrescar mi semblante encendido en el aire nocturno. Ahora bien, ¿por qué gozaba tanto ante la posibilidad de poner en marcha un plan que podía volverse en mi contra, y hacer que me encontrara no sólo sin empleo, sino también sin posibilidad alguna de volver a trabajar? ¿Acaso me ha gustado alguna vez correr riesgos? ¡Nunca! Al menos, si hay peligro de muerte. Cuando era un chaval, una de mis pesadillas era que me tocaba vivir en la época de los duelos, y que tenía que pasar una noche en vela para luego enfrentarme a mi adversario, al alba, en un parque desierto y arriesgarme a que un balazo me atravesara el corazón porque él había malinterpretado una broma inocente durante una fiesta. Cuando las cosas me van mal en la vida real intento consolarme pensando que al menos no me están quemando en la hoguera, ni me devoran los leones en la arena del circo, ni tiemblo en una trinchera, lleno de sabandijas, en medio del infierno de la Primera Guerra Mundial. Mi imaginación se inflama con facilidad ante el horror. Pero apostar fuerte es una diversión muy estimulante cuando uno no arriesga el pellejo y hay una razonable posibilidad de que gane el jugador más hábil.

Cuando finalmente me fui a acostar, Alice todavía estaba despierta, leyendo.

—No podía dormirme —dijo—. Creo que he sido injusta contigo. Trabajas todo el día, y luego vuelves a casa y tienes que escuchar mis sermones. Y cuando salimos y tenemos que soportar una fiesta horrible, como ésta, no sé por qué doy por sentado que es mucho más penoso para mí que para ti. ¡Si ya sé que son cosas de la oficina, y que te disgustan tanto como a mí! Pero tienes la paciencia de un santo, y nunca eres grosero con Lynne Deane.

Mientras iba al baño a ponerme el pijama, pensé que lo último que haría sería reconocer ante Alice que me había divertido en esa «horrible» fiesta. Iba a necesitar todo el crédito que tuviera con ella, y no podía permitirme desperdiciar ni un céntimo.

—No te preocupes por Lynne —le dije cuando salí del baño—. Dios sabe que esa mujer es insufrible, y has tenido mucha paciencia con ella. Y has estado bien con Glenn; él te estuvo comiendo con los ojos toda la noche, y por eso Lynne se puso furiosa.

—Él es mucho peor que ella, de veras. Lynne es vulgar y tiene mal genio, pero sin mala intención. Él, en cambio, es un mal tipo,

puedes estar seguro.

—De todos modos, tú estabas espléndida. Eras la reina de la fiesta.

—¡Querido, estás diciendo tonterías! Pero me encantan.

Alice estaba en uno de sus momentos tiernos; deseaba compensarme por sus críticas, y buscaba ahogar sus dudas y temores con respecto a mí en el recuerdo del idealista de ojos azules con el que creyó casarse. Me di cuenta de que tendría que hacerle el amor, y aunque me sentía cansado y lo hubiese querido dejar para la noche siguiente, ella estaba sin duda muy hermosa, y tan dispuesta para el amor que no se iba a decepcionar por una actuación un tanto desmejorada por el whisky.

Así pues, hicimos el amor, y no estuvo del todo mal. ¿Por qué piensa Alice que yo soy poco afectuoso y frío porque la comprendo, mientras que ella, al no entenderme, se cree maravillosamente apasionada? Si tan sólo se detuviera a reflexionar sobre la naturaleza del amor, se daría cuenta de que la amo. Y también de que tal vez sus sentimientos por mí son bastante más inciertos.

VI

Glenn y yo convinimos en que teníamos que actuar deprisa para conquistar a los cuatro hombres clave del grupo de quince abogados que planeábamos llevarnos del bufete. El proyecto ya habría comenzado a divulgarse en cuanto nos hubiéramos asegurado ese cuarteto vital, y era fundamental tener un plan a toda prueba, incluida la financiación, antes de que la empresa contraatacase.

Hasta ahora, todo ha marchado con una velocidad y buena suerte sorprendentes. Atlantic Rylands me ha prometido confidencialmente un considerable anticipo, y Glenn ha conseguido encargos de dos corporaciones importantes. Tres de nuestros cuatro hombres clave han respondido con entusiasmo, y Peter Stubbs, el cuarto, ha aceptado considerar seriamente la proposición. Stubbs, claro está, es la piedra angular de mi proyecto. Hace poco ha heredado de su padre, un fabricante de juguetes, cuatro millones de dólares, y Glenn y yo hemos decidido que sea nuestro banquero.

¿Y qué decir sobre la moralidad de nuestra conquista de clientes, mientras actuamos como empleados —se supone que fieles— de nuestro antiguo bufete? Sin ninguna duda, es una conducta incorrecta, pero no me preocupa en lo más mínimo. Se hace en todas partes, y nadie que conozca la práctica de la abogacía en los Estados Unidos en nuestros días la criticaría. Se considera que está mal que lo haga un socio —aunque también esta ley se transgrede con frecuencia—, pero nosotros no lo somos. Es cierto que me han prometido hacerme socio, pero no es lo mismo; un compromiso no es un matrimonio.

Después de anotar lo de arriba he tenido una comida decisiva con

Peter Stubbs. También eso fue bien. Peter es un hombre bastante guapo; moreno y taciturno, contempla el mundo con ojos recelosos y se interroga sobre los motivos de todo y de todos. ¿Va la gente detrás de su dinero? ¿Le respetan realmente por lo que es? ¿No debería haberse mostrado más duro con aquel tipo, para que él no descubriera que es demasiado indulgente? Le sugerí que tomase un combinado, sabiendo que no lo haría. Pedí entonces uno para mí; me situaba así en un nivel más bajo. Deseaba que Stubbs se sintiera superior.

—Pete, si te hacen socio de Hoyt, Welles y Andrew —y estoy seguro de que así será—, todos dirán que lo has conseguido gracias a la herencia de tu padre. Si vienes con nosotros, en cambio, sabrán que es por tus propios méritos.

—¡Cómo va a ser cierto si me quedo con la herencia de papá! Sé sincero, Bob, ¿no es ésa la razón por la que me necesitáis?

—¡No! Deja la testamentaría en el bufete. Todos saben que Al Hoyt, además de abogado de tu padre, era su mejor amigo. No olería bien si se la quitásemos.

Peter permitió que una expresión de sincera sorpresa reemplazara en su cara a la seriedad y cautela habituales.

—¿Quieres decir que renunciarías a esos honorarios?

—Nuestro proyecto es organizar un bufete nuevo con nuevos asuntos. No necesitamos un montón de mohosas testamentarías y fideicomisos.

—¿Y me quieres a mí por… por…?

—¡Por ti mismo, chico, por ti mismo! —terminé yo la frase con entusiasmo—. Porque eres un picapleitos astuto y enérgico —dije, y le di una palmada en el hombro.

En verdad, fue demasiado fácil. El agradecimiento de Peter era casi patético. Ni siquiera voy a tener que pedirle que compre la biblioteca, o que pague los alquileres del primer año. Cuando le pida que firme, junto con los otros socios, la solicitud para el préstamo del Citibank, se dará cuenta al instante de que le conviene ser su propio acreedor.

—¡Bob, creo que llegaremos a ser todo lo que prometes! —exclamó—. Me parece que después de todo voy a tomarme esa copa.

Ya somos seis, contándonos a Glenn y a mí, los abogados de

Hoyt, Welles y Andrews comprometidos, y tenemos cubiertos los gastos del primer año. ¿Cuándo comenzará a saberse todo el asunto? Porque cuando esto suceda, la filtración se convertirá rápidamente en un diluvio que puede arrastrarnos antes de que hayamos alistado a los ocho abogados restantes. Pero, *Deo volente*, no será así. Suponiendo, claro, que Dios exista, y que desee lo mismo que nosotros.

Bien, el asunto ya es de dominio público. Todo ha ido bastante bien en un sentido, y horriblemente en otro. Horriblemente para mí, en todo caso.

El propio Blakelock me comunicó que nuestra «conspiración» había sido descubierta. Yo no sé cómo lo descubrió él, pero sospecho del bocazas de Glenn Deane.

Oí el chasquido de la puerta al cerrarse, un ruido poco habitual, y cuando alcé la vista vi a mi jefe de pie frente a mí. Tenía cara de cansancio, pero en su insistente mirada había un brillo extraño. Deduje que era un brillo siniestro.

—¿Puedo sentarme, Robert? —preguntó, y no esperó mi respuesta para hacerlo—. He venido a felicitarte por el establecimiento de tu nueva firma.

—Me pregunto si puede usted comprender por qué le he hecho esto, señor.

—Sí, Bob, creo que sí. —Blakelock se quitó los quevedos y se frotó los ojos con fuerza, como si intentara arrancar un objeto extraño que tuviera debajo de los párpados—. He pensado mucho en este asunto desde que me enteré, hace dos días, e incluso me tomé ayer un día libre para jugar solo al golf y meditar. He llegado a la conclusión de que vosotros, los jóvenes, debéis de considerarme no sólo como un hombre anticuado; también como un hipócrita. Me oís invocar los ideales del pasado mientras trato de recoger las ganancias del presente. Esta no es una imagen atractiva, y al principio me resistí a ella. Creo incluso que la rechacé hasta el final. Pero esto no tiene importancia; lo que importa es si vosotros pensáis sinceramente que soy así. Y he llegado a la conclusión de que así es. Y en consecuencia, la única conducta sensata para protegerte a ti mismo y a los demás, es organizar en secreto un nuevo bufete con nuestros empleados, mientras aparentáis trabajar lealmente para nosotros.

Yo ya había imaginado las diferentes reacciones que podía tener, o incluso fingir, aquel viejo taimado: virtuosa indignación, acusaciones malsonantes, sarcasmo mordaz, o silencio helado. No había previsto, sin embargo, este peculiar tipo de humildad, y el corazón se me detuvo en el pecho cuando me di cuenta de que eso podía presagiar un peligro real. Un Blakelock patético, y que se echara la culpa de todo, me podía hacer quedar muy mal en el mundo de los negocios. Si él lloraba y se golpeaba el pecho gritando «¡Mea culpa!» y «¡Mi hijo, mi hijo!», ¿no parecería nuestra tranquila retirada del bufete una despiadada operación de pillaje?

—Yo pensaba ir a hablar con usted cuando completásemos nuestro proyecto.

—¿Quiere decir cuando ya fuera demasiado tarde y yo no pudiese tomar medidas para impedirlo?

—Esa es una manera de decirlo. En realidad, me daba miedo su poder de convicción. Quizá le sorprenda oírme decir esto, pero pienso que estaré en deuda con usted toda mi vida por lo mucho que me ha enseñado.

—Sí, me sorprende. Estoy seguro de que no te enseñé a desintegrar un bufete que, ingenua y confiadamente, te había ofrecido ser uno de sus socios.

¡Ah, eso estaba mejor! Me pareció ver en aquellos ojos el resplandor de algo muy semejante al odio.

—No, señor; usted no me enseñó eso. Yo sólo hice lo que pensé que debía hacer, tal como lo ha dicho antes. Pero temía no poder resistirlo si usted me urgía a abandonar mis planes, tantos son mis compromisos para con usted, y el cariño y el respeto que le tengo.

—¿Cariño y respeto por mí, Service? —Blakelock comenzó a hablar con voz estridente, pero se contuvo de inmediato. ¿Me equivocaba al sospechar que había intuido mi deseo de que adoptara una actitud iracunda?—. Bueno, supongo que la gente tiene diferentes maneras de expresar estos sentimientos. Me figuro que algunos te criticarán, y con dureza, pero tú y yo sabemos que en esta ciudad las críticas se olvidan muy rápidamente, aun las más ásperas. Sobre todo, si tu nuevo bufete tiene éxito. Y estoy seguro de que lo tendrá.

—Así lo esperamos, señor.

—No lo dudo. Y, claro está, tú vigilarás de cerca a tus jóvenes

abogados. Ya sabes de lo que son capaces.

Sonreí cuando dijo esto, pero no me devolvió la sonrisa.

—Bien, observo que mis palabras suenan un tanto amargas, y no es eso lo que quiero —continuó Blakelock—. Ocupémonos de los aspectos prácticos de nuestra separación.

Pero por la noche, cuando volví a casa —eran cerca de las diez y mis hijas ya se habían acostado—, descubrí que mi vida, si bien había dado un gran paso hacia adelante en una dirección, en otra había llegado a un horrible callejón sin salida. Alice estaba sentada en el sofá del salón. No tenía ningún libro en las manos, ni tampoco una copa o un cigarrillo. Era evidente que estaba allí desde hacía rato, esperando a que yo llegara.

—¿Te ha llamado Blakelock? —aventuré.

—Fue a verme a mi despacho esta tarde. Sospechaba que tú no me habías contado nada; que tal vez no te habías atrevido. Quería que yo escuchara su versión de lo sucedido entre vosotros.

—¿Por si yo te adornaba los hechos?

—Nada de eso; quería que yo viera lo que has hecho desde la perspectiva más conveniente *para ti*. O quizá debería decir desde la menos inconveniente.

—¿Y con qué fin?

—Creo que temía que yo, después de oír tu relato, hiciera las maletas y te abandonase.

Alice estaba muy pálida y guapa, y hablaba con decisión, y comencé a sentir en mi pecho las vibraciones que me anunciaban un estallido de ira.

—¿Así que pretendía justificarme?

—Blakelock quería que yo viera en ti a un digno representante de tu generación; deseaba que yo comprendiese que lo que tú has hecho no es nada extraordinario para tus contemporáneos, ni tan sólo deshonesto.

—¿Y te ha convencido?

—No. Sigo pensando que has actuado como un canalla.

Cuando por fin hablé, no pude evitar que mi voz sonara áspera.

—¿Eso quiere decir que me dejarás?

Alice optó por no responder de inmediato a mi pregunta. Se puso de pie, fue hasta el hogar, y me señaló una silla situada frente a la que ella ocupó. De repente, aquello se había transformado en

una especie de entrevista formal.

—Necesito pensar, Bob. Tengo que pensar en nosotros, y muy seriamente. Ahora me doy cuenta de que lo he ido aplazando desde hace dos años, por lo menos. Desde hace tiempo sospecho que tú no eres el hombre que yo creía. No te echo la culpa, aunque tal vez hayas tratado de darme gato por liebre. Y me temo que todavía lo intentas. Pero ahora debo aprender a verte como alguien capaz de cualquier intriga con tal de deshacer el bufete de su confiado maestro y protector. Alguien que cree que es una buena jugada apartar de un puntapié la escalera que tan útil le fue para trepar. Un hombre que piensa que los cuchillos son para clavárselos a los amigos por la espalda, ¡y que se enorgullece de poder hacerlo!

En aquel momento Alice podría muy bien haber sido la encarnación del ángel vengador de mis pesadillas infantiles; severo, impasible y despiadado: una litografía de Gustave Doré. Parecía contemplar mi medrosa desnudez con ojos demasiado fríos para el desprecio, y tras su amplia y pensativa frente se congregaban las amenazas y exhortaciones de padres y maestros, toda una generación de antepasados y mentores. ¡Y cómo habían despreciado ellos mi vulnerabilidad, mi inferioridad sin remedio! Pero ya no era un niño. ¿Y qué habían hecho los trabajos y los días, sino darme armas contra la brutal injusticia de sus ataques? Y si yo era Satanás conspirando contra el anfitrión celestial, ¿no era ésta la confrontación que siempre consideré inevitable?

—No creo que sirva de nada defenderme ante un tribunal tan parcial. Estás tan ofuscada que es difícil encontrar un signo de inteligencia debajo de toda esa moralina. Alice, ¿cómo puedes ser tan burra? Eres como mi padre, un buenazo vencido por un sistema al que nunca pudo dominar, que ahora parlotea sobre la dignidad y el honor. ¡Como si él los tuviera! Si Blakelock creyese tan sólo en la mitad de lo que dice, sería el defensor del pueblo. Pero claro, él es *todo* lo que tú admiras. Lo contrario del pobre tonto de tu marido, que se desloma para ganar un dinero que tú te dignas gastar.

—Entonces, supongo que será mejor que deje de gastarlo —respondió Alice con firmeza—. Tengo que aprender a valerme por mí misma. Y si eso significa que debo vivir sola, pues viviré sola. Al menos por un tiempo.

—¿Adónde irás?

—Conseguiré una habitación en alguna parte. O estaré en casa de amigos.

—Y después, claro está, te buscarás un abogado listo que te consiga una espléndida pensión. —Aquí me detuve para tragar saliva; tenía la garganta seca y me latían las sienes—. Déjame que te diga una cosa, tía.

Sí, a pesar de lo agitado que estaba, recuerdo que me sorprendió oírme decir una palabra tan vulgar. Pero ya era demasiado tarde, y tenía que seguir adelante cuando advertí la mirada de desprecio en los ojos de Alice.

—Si crees que me sacarás un solo penique, prepárate para llevarte una sorpresa. —¿Cómo podía hablarle de esa manera? ¡Pero lo estaba haciendo!—. No tienes motivos para pedir el divorcio, o la separación. Nunca te he sido infiel; no te he pegado o maltratado, ni he dejado de mantenerte. He sido un buen padre y un buen esposo, y tú te vas porque quieres. No creo que consigas ni siquiera una pensión de alimentos mientras dure el litigio. Pelearé contra ti con uñas y dientes por mis hijas, por mi dinero y por mi casa.

—No te pediré nada. Me ganaré la vida yo sola.

—Pues verás que no es tan fácil —me burlé.

—Ya me las arreglaré. Supongo que te harás cargo de las chicas y que me dejarás que las venga a ver hasta que pueda pagarme un piso. Podemos llegar a un acuerdo sobre todo esto. Jamás he dicho que fueras un mal padre.

Durante un instante sentí que tenía el corazón destrozado. ¿Cómo era posible que hubiese perdido a esa joven maravillosa? Y si ella pensaba que yo era un buen padre, que lo era, y no un buen hombre, ¿no tendría ella razón? ¿Era demasiado tarde para desenredar este maldito embrollo?

—¡Alice, no seas tonta!

—¿Pero no acabas de decirme que lo soy?

—Si me dejas, me darás motivos para pedir la separación. No te coloques en semejante situación. Al menos, habla primero con un abogado.

—Agradezco tu consejo. Y me doy cuenta de que no es lo que habitualmente le dirías a un potencial adversario. Gracias. Pero no me preocupa darte ventaja. Ningún abogado tuvo nada que ver con nuestra unión, y si de mí depende, tampoco habrá abogados en

nuestra separación.

Su autocomplacencia encendió nuevamente mi ira. ¡Hasta me irritaba que diera por supuesto que no iba a tener problemas conmigo en tanto que padre! ¿Por qué daba por sentado tan suavemente que yo, pese a sentirme ultrajado, no iba a utilizar todas las armas de mi arsenal? De hecho, se comportaba como una madre irresponsable al arriesgar la custodia de sus hijas.

—Te lo advierto, Alice. Si abandonas este piso, estarás rompiendo el vínculo más sólido que puede existir entre un hombre y una mujer. Y, en consecuencia, no respondo de los cambios que yo pueda experimentar. Puede que me vuelva una persona aún más desagradable de lo que me consideras ahora. Puede que ante los tribunales te acuse de toda clase de cosas y reclame la custodia de las niñas. Quizás acabes sin dinero, y sin familia.

—Eso es ridículo; lo sabes. —Al momento, Alice se puso de pie, como para terminar la entrevista—. ¿Qué harías tú con dos hijas, trabajando como trabajas? Acabarías ofreciéndome un sueldo como institutriz. Entretanto, vendré todos los días después del trabajo, cenaré con ellas y las ayudaré a hacer los deberes. Más adelante podemos ponernos de acuerdo sobre los fines de semana. Quién sabe, tal vez esté de vuelta antes de un mes, rogándote que me perdones. Pero tengo que probar otra salida, Bob. Debo hacerlo. Bien, por esta noche ya hemos hablado bastante. Ha sido agotador.

—No se te nota.

—Hay muchas cosas que no se me notan. Quizá te sirva de consuelo saber que tengo un espantoso dolor de cabeza. Ahora me voy a dormir a la habitación de Norma. —Norma ocupaba la habitación de servicio durante las raras noches en que los dos salíamos—. Ya he llevado mis cosas.

—¡Alice!

—Bob, por favor, ya es bastante por hoy. De verdad.

Y así, en unos pocos e infortunados minutos, se puede hacer trizas toda una vida. Me fui con una botella de whisky a la extraña, hostil soledad de nuestro dormitorio.

VII

Con la organización del nuevo bufete mi vida se ha convertido en una vorágine tal de trabajo, que no me ha sido posible mantener mi reconfortante, mi consoladora costumbre de llevar un diario. Tengo la impresión de que últimamente no he salido de nuestras nuevas oficinas en Lexington Avenue, o de mi piso, donde trato de ver a mis hijas al menos una vez al día. He perdido la capacidad de pensar en nada que no sean los problemas de nuestra recién nacida empresa, afortunadamente próspera. Con todo, y a pesar de la enorme tensión nerviosa, a ratos me he sentido plenamente recompensado.

Algunas veces, ya de noche, cuando las chicas están haciendo los deberes y yo me permito un par de generosos whiskies, el corazón me late de júbilo. Lo estoy logrando. Estoy creando un nuevo bufete. ¡Por Dios que estoy triunfando de verdad!

Sin embargo, después de releer el último párrafo, encuentro que debo modificar esa frase acerca del júbilo. Está muy bien que un hombre hable sobre los placeres del amor paternal, pero se engaña a sí mismo si no puede reconocer que la prolongada compañía de dos niñitas, por inteligentes y encantadoras que sean, tiene su lado aburrido. Y, claro está, también es cierto que yo las aburro a ellas. Me escuchan de mala gana el tiempo que paso haciéndoles preguntas rutinarias sobre sus amigos y la escuela (saben que en realidad no me interesa), igual que yo les dedico con desgana el mismo tiempo que me roban a los asuntos del despacho. Las familias más unidas no son necesariamente aquellas que pasan más tiempo juntas.

Supongo que tengo que reconocer que Alice ha sido hasta tal punto el centro de nuestra familia, que cuando ella está ausente mis hijas y yo descubrimos que tenemos muy poco en común. Es Alice, después de todo, quien se interesa sincera y constantemente por todos los detalles de la vida cotidiana de las niñas, y la que hace chistes y anima la conversación cuando los cuatro estamos juntos. Yo nunca puedo acordarme de los nombres de sus amigos o de sus profesores. En serio, será mejor confesar de una vez que lo que me gusta es abrazarlas, besarlas, y olvidarme del asunto. O a lo sumo verlas jugar con sus amigos en el Central Park mientras yo estoy sentado en un banco con un libro en las manos. Quizás hubiera sido diferente si en vez de hijas hubiera tenido hijos, pero no puedo asegurarlo.

Por ejemplo, Audrey quería el otro día que yo leyera una redacción de una sola página, manchada de tinta, que había escrito para la escuela sobre Pizarro y los incas. Yo sabía que lo único que ella deseaba era mi aprobación. He aprendido que, con respecto a los deberes, los niños quieren que se los hagan sus padres o que éstos elogien lo que ellos han hecho. Y me temo que no hice ninguna de las dos cosas.

—Nunca he comprendido por qué les dedican tantas páginas en los libros de historia a los descubridores —dije—. Si ellos no hubiesen llegado a donde llegaron, algún otro lo hubiese hecho al año siguiente.

—A la señorita Lake no le interesan los descubridores ni los exploradores; les llama «explotadores». Dice que lo que Pizarro les hizo a los incas fue un crimen a sangre fría.

—Pues así es como hacían las cosas los españoles. Y si a la señorita Lake no le gusta, ¿por qué quiere leer trabajos sobre el tema?

—¡Porque eso es historia, papá! Y ella es profesora de historia. Ese es su trabajo.

—Bueno, yo no soy partidario de hacer juicios rápidos sobre personajes históricos. Tú no estuviste allí, y no conoces todos los hechos; no sabes más que una mínima parte de lo sucedido.

Audrey es tan bonita como su madre, pero su temperamento es muy convencional, y poco abierto a las ideas nuevas. Sally, dos años menor, es una chica muy realista y que piensa con la cabeza.

—No vale la pena comentar los deberes con papá —dijo de manera terminante—. Él no piensa como los profesores.

Casi siempre me las arreglo para no estar en casa cuando viene Alice; nuestras charlas son escasas y tensas. Me ha dicho que su agencia literaria va muy bien y que no necesita nada. Esto quiere decir que probablemente la están ayudando sus padres. Estoy empezando a darme cuenta de que si su ausencia es definitiva tendré que pasarle algún dinero, pero todavía tengo el convencimiento de que se verá obligada a regresar. Sé que sus padres no pueden mantenerla indefinidamente.

Al final mi madre ha arreglado las cosas. Anoche, cuando volví a casa, me encontré con que ella se había hecho cargo de todo, y mis hijas estaban cenando tranquilamente.

—Ahora déjalas en paz, Bob —me dijo mi madre con firmeza—. Sírvete una copa y escucha a tu anciana madre.

¡Mi madre, tan enérgica, y sin embargo tan gris, delgada y vulgar; inmortal a su manera, insensible a los embates del clima, del tiempo, de las emociones! Siempre me la he imaginado pesándome en una balanza y descubriendo que me faltaba algo, tal vez porque en algún sentido yo representaba una amenaza para mi padre, o al menos para la imagen que ella tenía de él. Con todo, nunca siento que mi madre me desapruebe o que no me quiera. Más bien es como si yo, por alguna extraña razón, fuera demasiado para ella, y mi madre, una mujer justa, pensara que la culpa de esto es suya antes que mía. Yo la dejo perpleja, y ella, con su expresión afligida, parece estar siempre preguntándose de quién es la culpa.

—No se puede vivir como tú vives. Es imposible que te hagas cargo de las niñas y que trabajes como trabajas. Tendrás que buscarte una habitación en otra parte y dejar que Alice vuelva al piso.

—¡Pero ésta es mi casa, mamá!

—Alice es una ganga. Cuidará gratis del piso y de tus hijas, y te ahorrarás el sueldo de un ama de llaves. Y no tienes que preocuparte por los aspectos legales. Tu padre, instado por Alice, ha preparado un documento por el cual ella renuncia a cualquier derecho que le otorgara tu abandono del piso, y también a reclamar una pensión. Tu padre no quería hacerlo, pero ella le obligó. Así que ya ves, nadie quiere engañarte, ni robarte nada. Lo único que

queremos es seguir viviendo con normalidad, eso es todo.

Sentí que me estaban poniendo en una situación muy apurada. Todos, según parecía, se preocupaban solamente por el bienestar de mis hijas, mientras que yo insistía en los mezquinos derechos que me otorgaba la ley. ¡Era a mí, sin embargo, a quien estaban dejando sin casa, sin mujer y sin hijas!

—No me parece que Alice, después de abandonarme, tenga derecho a un trato tan favorable.

—No tiene ningún derecho, y no espera nada. Soy yo quien lo ha arreglado todo. He hablado con tus hijas, y quieren que vuelva su madre. Ellas te quieren, Bob, pero tú nunca estás en casa.

—¿Acaso lo hago adrede? ¿Es culpa mía?

—¿Tuya? ¡Ah, vosotros, los abogados! Mira, hijo, tienes a cuatro mujeres en contra tuya, y no puedes ganar. Haz lo que te dicen, y da las gracias.

Mi madre tenía razón. Estaba aplastado, y supongo que me alegraba de ello. Hoy me he mudado al Stanford y Alice ha vuelto al piso. Supongo que será un alivio poder dedicar por fin todo mi tiempo al bufete. Dios sabe que es preciso. Y se han limado considerablemente las asperezas entre Alice y yo. Tal vez su regreso al piso prepare el terreno para nuestra reconciliación.

VIII

Ya han pasado seis meses desde que escribí por última vez en mi diario. La dirección de un bufete próspero y en rápida expansión se ha llevado casi todo mi tiempo, la mayor parte de mi energía, y prácticamente todo lo que quedaba de mi corazón. En el momento en que escribo esto, somos diecisiete socios y treinta y nueve pasantes, y necesitamos más espacio. Suponiendo que siga mi buena racha, con un par de años de trabajo duro podríamos convertirnos en uno de los bufetes corporativos más importantes de la ciudad. Cosas más raras se han visto.

Pero no ha sido fácil, y no se me pasan por alto los efectos devastadores que esto ha tenido sobre mi vida privada. En el despacho, lo más difícil ha sido consolidarme como director administrativo de la empresa. Los abogados no siempre reconocen la imperiosa necesidad de contar con un directivo firme. De alguna manera persiste la idea anticuada de que un abogado «verdadero» está tan concentrado en su trabajo que suele ignorar las normas y limitaciones impuestas por la dirección del bufete. Los abogados que desprecian los problemas administrativos por considerarlos insignificantes y ajenos a su verdadero trabajo se creen siempre seres más nobles y de miras más amplias que aquellos que se preocupan por semejantes pequeneces. En verdad, lo más probable es que sean *prima donnas* egoístas, indiferentes a la incomodidad y a los sufrimientos que causa al personal el caos administrativo.

Glenn Deane es mi principal adversario en estas cuestiones. Ha intentado crear su pequeño bufete dentro del bufete, obsequiando a los socios jóvenes y a los empleados que le son «fieles» con billetes

de avión en primera clase y viajes en cochazos; permitiéndoles arreglar los horarios de trabajo a su conveniencia y, lo que es peor, rodeándose de una corte en miniatura que festeja sus observaciones sarcásticas sobre el «sargento de instrucción Bob Service», el cual pretende convertir a un grupo de «pensadores liberales» en un ejército prusiano que marcha al paso de la oca. He discutido todo esto con él una y otra vez, pero Glenn se limita a reírse de mí o, lo que es peor, me promete unas reformas que no piensa llevar a cabo.

Yo, a diferencia de Glenn, nunca cometo el error de descuidar las relaciones con mis socios; ni siquiera con los más jóvenes. En cuanto a los pasantes, puedo permitirme un trato distante, simplemente cortés, puesto que nunca es demasiado tarde para conservar un trato más directo con los pocos que, con el tiempo, llegarán a ser miembros del bufete. Por cierto, del inesperado ofrecimiento de amistad de un socio antiguo, que hasta el «día de gracia» había sido figura remota, puede hallarse cierto provecho. Pero con los socios efectivos cultivo relaciones casi íntimas; voy a comer frecuentemente con cada uno de ellos, y me intereso por sus problemas laborales y domésticos. Cuento con que esto me será de utilidad en caso de que se produzca un enfrentamiento con Deane.

Y después de lo ocurrido en nuestra primera cena formal con la gente del bufete, este enfrentamiento, tarde o temprano, me parece inevitable. Habíamos reservado un comedor en el University Club para un grupo que incluía a todos los socios y pasantes más sus esposas o acompañantes. Quizá les sorprenda enterarse de que Alice me acompañó como «esposa» en dicha ocasión.

Las relaciones entre nosotros han sido mucho más amistosas en los últimos tiempos. He llevado a mis hijas a comer a Keswick en dos ocasiones; un domingo con mis padres y el otro con los de Alice, y algunos sábados por la tarde ella y yo hemos paseado con las niñas por el parque. Nuestra separación se ha convertido en eso que llaman «una separación civilizada», y esto quiere decir —al menos así lo espero— que a la larga, cuando Alice haya recobrado la cordura, volveremos a estar juntos. Alice incluso me ha ayudado a organizar la reunión con los del bufete, ha encargado el menú y las flores, y decidido la disposición de las mesas.

Esa noche, sin embargo, su amabilidad hubo de ser usada en exclusivo beneficio de su marido ya que Deane, que como de

costumbre había bebido demasiado, se burló de mi discurso de manera odiosa. Yo intentaba darle un tono de seriedad:

—Una reunión como ésta tiene que ser, claro está, la oportunidad de pasárnoslo bien, pero nadie dice que vayamos a dejar de ser buenos compañeros por ponernos serios un momento. Así pues, tengan un poco de paciencia con mi discurso. Somos un bufete joven. Nuestro abogado más viejo sólo tiene treinta y siete años. No «gozamos» de malos retratos de predecesores barbudos, ni tenemos sobre las fuentes inscripciones con ejemplos de la sabiduría del pasado. Pero, justamente por esta razón, debemos recordar de vez en cuando que somos parte de una gran tradición. He hablado con muchos de ustedes sobre la hipocresía de algunos respetables miembros de la profesión, que peroran sobre el servicio público mientras se embolsan suculentos honorarios, pero esto no significa que el servicio público no exista, o que nosotros no formemos parte de él. Yo pretendo que todos hagamos la parte de trabajo que nos corresponde *pro bono*. Espero que todos estemos a la altura de los ideales que hemos heredado.

—¡Por suerte esa clase de herencia no paga impuestos!

Se había bebido lo bastante como para que incluso los pasantes más circunspectos se rieran del exabrupto de Deane.

—Bromas aparte, creo que es necesario recordar estas cosas —repliqué con un tono cortante que devolvió, al menos parcialmente, el silencio a la sala—, por triviales que parezcan. Porque deberíamos servir tanto a la justicia como a quienes nos contratan; ser funcionarios de la curia tanto como portavoces del mundo de los negocios. Los más importantes bufetes de esta ciudad creen en algo más que en su lista de clientes, ¡maldita sea si nuestro bufete no llega a ser tan importante como el que más!

—¡Nuestro director gerente se verá obligado a maldecirse a sí mismo! —exclamó Glenn mientras se ponía de pie en medio de los aplausos que siguieron a mis palabras—. Porque ¿no nos juramos precisamente romper con la fatua pomposidad de los llamados «grandes bufetes»? ¿Y fue a Robert Service, buscador altivo de verdades eternas en el cerúleo cielo, a quien seguimos, o al veloz Bob, que supo muy bien cuándo clavar su daga en la espalda de Branders Blakelock?

También esto fue recibido con algunas risas, pero eran risas

nerviosas. Todos los que estaban en el salón advertían que nuestra discusión ya no era amistosa.

—¡Este no es un asunto que pueda tratarse a la ligera! —grité con ira.

—¡Claro que no! Te suplico que me perdones por violar la ley de la gravedad de Robert Service.

Después de la cena Alice vino a mi lado y me cogió del brazo para apartarme de los demás.

—¡Qué grandísimo cerdo es Glenn! —me susurró al oído—. Y tú, pobre, ¡te esforzaste tanto! Demasiado, quizá.

Me enfadaba y me dolía que fuera tan evidente que necesitaba compasión; aun así, no era poca cosa tener a Alice de mi lado. La ternura que había en su voz hizo que me preguntara qué importancia tenía nada de lo que pensaran los demás, si ella estaba de mi parte.

—¿Quieres que vayamos mañana a comer? —le pregunté—. ¿Te das cuenta de que todavía no has visto la nueva oficina?

—Me gustaría mucho, Bob. ¡Creo que me gustaría muchísimo!

Ahora, cuando parece que Alice comienza a pensar en volver a vivir conmigo, puedo juzgar con más frialdad su personalidad. No es que no quiera que regrese; sí que lo deseo. Pero tengo que ser coherente con mi antigua y firme decisión de ver las cosas tal como son.

Alice es una mujer maravillosa, puede que incluso extraordinaria. Es noble de espíritu, generosa y bella. Sométela a cualquier prueba, y siempre rezumará autenticidad. Mis padres, que hasta cierto punto también son «auténticos» conservadores, aunque bastante más toscos, la aprecian instintivamente, y están de su parte contra su propio hijo. Pero la diferencia fundamental entre Alice y yo no radica en que yo sea menos «puro», menos «bueno» que ella —aunque estoy dispuesto a admitir que es así—, sino en que Alice jamás reconocería en su naturaleza las taras y defectos que yo, de mala gana, admito en la mía.

La elección entre las almas que se salvan y las que son condenadas, si los «buenos» son los que creen serlo y los «malos» los que saben que lo son, es tan arbitraria como la concebida por los jansenitas. No hay ninguna razón legítima para que yo, con mis «relaciones públicas», eso sí, no parezca tan noble como Alice.

¿Acaso no podría haber yo demostrado que lo que movía a

Glenn era esa loca envidia causada por mi éxito? ¿Y no era esto, en realidad, lo que le impulsaba? ¿Y no podría haber presentado a Branders Blackelock como a un Drácula que les chupa la sangre y la vitalidad a sus jóvenes y guapos empleados? ¿Y no hubiera conseguido que Alice volviera conmigo si, como Ricardo de York, hubiera caído ante ella de rodillas, confesando haber destrozado mi antiguo bufete nada más que por ella? Y en cierto sentido, ¿no fue así? ¿Quién se beneficiaría más que ella de mis mayores ingresos?

Cuando estaba en Columbia escribí un ensayo sobre la narrativa de Ivy Compton-Burnett. Aquella solterona maravillosa se imaginaba a la humanidad dividida entre ovejas y cabras; las primeras son una mayoría sumisa y pasiva, las segundas, una minoría dominante y chillona. Las ovejas sólo tienen el ingenio y la ironía para resistir a la dictadura de las cabras, pero con frecuencia les basta con ello pues las pomposas cabras son extremadamente sensibles al ridículo. Aprendí de Ivy Compton-Burnett que los seres humanos suelen ser más apacibles y menos fervorosos que sus equivalentes en la ficción épica y en el teatro, y también que, a semejanza de los animales inferiores, son más fieles a su naturaleza de lo que suponen los idealistas. Si me toca ser una cabra, no debo permitir que me destruyan las púas —o las pullas— de las estúpidas ovejas.

Sin embargo, sentada al día siguiente frente al escritorio de mi nuevo despacho, Alice parecía completamente libre de púas. No escatimó elogios para las paredes color amarillo pálido, la moqueta verde esmeralda y las ocho grandes láminas con motivos florales.

—Son de Thornton, ¿verdad?

Por supuesto que lo eran. Me sorprendió su perspicacia, pero cuando los cuadros tienen un «matiz» literario, Alice suele dar en el blanco. Me encantaban esos grabados románticos. Las corolas de las flores eran llamativas y enormes, como cabezas de mujeres bellas y peligrosas, y en los fondos se veían paisajes remotos, adaptados al «temperamento» de las plantas. Un sarrillo venenoso se veía frente a unas cimas grises y escarpadas sobre las que caía la lluvia; crecían rosas ante un templo en ruinas de estilo muy dieciochesco y el cereus, que florece de noche, estallaba como una llamarada frente a una iglesia gótica recortada por la luz de la luna. ¿Y qué era yo sino un humilde mortal frente a la gloriosa planta carnívora de la ley?

Detrás de mi mesa había colgado el loto sagrado de los egipcios, una explosión de pétalos dorados contra un desierto lejano y sombrío donde se veían pequeñas pirámides, símbolos de la muerte.

—Te preguntarás por qué he decorado con flores un bufete —dije—. Las flores son a la vez la representación de lo civilizado y lo salvaje.

—Vamos a comer, Bob.

—¿Te molesta que hable un rato de mi filosofía del derecho? Tú nunca has pensado que la tuviera, ¿eh?

—¿Precisamente ahora?

—Sí. Quiero que escuches lo que tengo que decir antes de que te proponga formalmente que volvamos a vivir juntos.

Alice me dirigió una larga mirada en la que creí leer unas cuantas cosas. Y pienso que el consentimiento —o al menos el deseo de considerar esa posibilidad— era una de ellas. ¿O sólo estaba pensando que por el bien de las niñas, el mío, y probablemente el de ella misma, sería mejor que se conformara conmigo tal como yo era? Algo chiflado, de acuerdo, pero quizá no tan malo como ella, en su neurosis, suponía.

—Te escucho, Bob.

Le dije, hablando ahora muy serio, que estaba decidido a hacer de mi bufete un éxito, y no sólo financiero; también *moral*. Había resuelto que aquello iba a ser una unión de hombres y mujeres altamente capacitados y competentes que, dentro de la ley, harían por el cliente todo lo posible. Debíamos estar siempre preparados, y ser astutos, duros y tolerantes. No habría lugar para la sensiblería, y menos para las chapuzas. Se establecerían normas para el buen funcionamiento del bufete, que serían acatadas por todos y a rajatabla; se fiscalizarían rigurosamente los gastos generales. Socios y pasantes cobrarían según la calidad de su trabajo y los beneficios producidos. La perfecta organización del bufete estaría por entero al servicio de la pericia jurídica.

¿Y en qué emplearíamos esta pericia? Bueno, ante todo en beneficio de los clientes, para cuidar de sus intereses según todas las posibilidades que ofrece la ley, pero sin salirse ni un milímetro de ella. Y el cliente jamás tendría que soportar el menor consejo de carácter moral, pues estos asuntos son de su exclusiva competencia. Mi bufete sería como un arma afilada, lista para ser cogida y

utilizada. Las armas no predican, pero hay que pagarlas. Por otro lado, procederíamos con igual entusiasmo y rigor cuando actuásemos al servicio de los intereses públicos. (Yo estaba deseando comprometerme a destinar un buen número de horas a trabajos *pro bono*). Aunque se diera el caso de que nuestro mejor cliente, Atlantic Rylands, por ejemplo, se opusiera a una demanda que hubiésemos entablado —digamos que por una cuestión de medio ambiente—, se le diría cortésmente pero con firmeza que se ocupara de sus propios asuntos.

Cuando terminé, Alice se quedó callada. Después preguntó algo que yo no me esperaba.

—¿Ves alguna vez al señor Blakelock? Me gustaría saber qué piensa él de vuestros ideales.

—El caso es que comimos juntos la semana pasada, y le conté exactamente lo mismo que acabo de contarte a ti.

—¿Y qué dijo él?

Por un momento no supe qué hacer. Pero luego, en lo que considero un relámpago de inspiración del más puro estilo Service, me di cuenta de que era precisamente la verdad lo que podía traerla de vuelta a mi lado.

—No estuvo muy simpático. Dijo que lo que yo estaba haciendo era montar un bufete que otro Robert Service no pudiese destripar.

Alice se llevó la mano a la boca en un gesto mezcla de diversión y horror.

—¡Pero qué malo es el hombre! —exclamó. Se puso de pie y dijo—: Vámonos a comer, cariño.

¿Cariño? ¡Yo tenía razón!

—Estoy muerta de hambre. Y no te preocupes, yo estoy de tu lado. No volveré a hacer la idiota, al menos por un tiempo. ¡Ay, Bob, hace falta astucia en esta vida! ¿Verdad?

Cuando volví al trabajo después de nuestra larga y feliz comida —entre los dos nos bebimos una botella de Pouilly-Fumé—, decidí que si me volvía a vivir a mi antiguo piso, continuaría guardando este diario en el despacho. No pienso correr el riesgo de que Alice lea que me propongo deshacerme de Glenn Deane. Mi esposa todavía no ha aprendido a aceptar que es necesario librarse de las manzanas podridas, ni tampoco que «la buena vida» tiene un precio. Pero ahora estoy casi seguro de que Alice lo aprenderá antes de que

sea demasiado tarde. Después de todo, es una mujer muy inteligente.

Le he recomendado a Douglas Hyde que no le quite los ojos de encima a Deane. Douglas es mi «número dos» en el bufete, mi «brazo ejecutor»; un joven de rasgos marcados y pelo blanquísimo, que las mata callando, y sabe que es suficiente una sonrisa para que la vida sea divertida; un trabajador incansable y sospecho que un abogado tan ambicioso como yo mismo. Douglas me utilizaría sin reparos, pero sería para provecho de ambos. Él y yo formamos un equipo.

IX

Bien, lo que tenía que hacer, ya está hecho.

Glenn finalmente resultó culpable de algo que quebrantaba seriamente la política de nuestro bufete. Durante una reunión en mi despacho del consejo de administración —formado por Douglas Hyde, Peter Stubbs, Glenn y yo—, Glenn propuso que tres de *sus* pasantes recibieran una prima de cinco mil dólares por cabeza como recompensa por el *espléndido* trabajo que habían hecho para Ace Investors, uno de los clientes de Glenn. Y esta propuesta fue hecha a pesar de que abogados y personal ya habían recibido la comunicación sobre la paga extra de Navidad.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamé—. Sería arrojar todo nuestro sistema de recompensas por la borda. ¿Cómo se te puede ocurrir una cosa así, Glenn?

—Lo que se me ocurre es que tres abogados de primera categoría se han roto los cuernos trabajando, y merecen que se les premie por los apéndices que han perdido.

—Aquí todos nuestros empleados trabajan duro.

—No como los míos, chiquillo; no como los míos.

—¡Eso es ridículo! Y aunque así fuera, no es razón suficiente para hacer distinciones odiosas. Es imposible dirigir un bufete si cualquier socio pide un tratamiento especial para sus subordinados.

—¿Cualquier socio? ¿Yo soy un socio cualquiera?

—Está bien. Uno de los socios más antiguos.

—Todo esto es pura hipocresía, Bob, venga ya. Los socios que traen la pasta tienen derecho a que sus pequeñas solicitudes les sean concedidas sin tanto regateo. ¡Mierda, yo votaría a favor de un plus

similar para tu gente!

—Pero yo nunca lo pediría. Esa es la diferencia, Glenn. Este jaleo de bufetes dentro del bufete, de socios que cabildean a favor de sus propios departamentos, se acabó, Glenn. ¡Deja de comportarte como una gallina con pollitos, que esos «pollitos» no son más tuyos que de Peter, o de Doug, o míos!

Ahora bien, ¿por qué fui tan grosero? ¿Estaba tratando de provocar una pelea? Exacto. Presentía que era inevitable un enfrentamiento entre los dos, y que era mejor pasar a la ofensiva mientras yo tuviera la ventaja de mi parte.

Tengo que aclarar que Glenn me parecía por entonces la encarnación misma de todo lo que estaba mal en nuestro mundo. Era violento e indisciplinado, se apropiaba de lo que se le antojaba. Y puesto que carecía de ética o de principios que justificaran su conducta, se protegía de la única manera de que es capaz un ser de esa calaña. Con una guardia personal de subordinados incondicionales. ¿No estaban predestinadas a terminar así todas las civilizaciones, con Atilas y Alaricos al frente de bandas de rufianes leales hasta la muerte, a los que incitaban a luchar feroz y despiadadamente entre sí; cuando la lealtad de los brutos menos poderosos hacia los más fuertes era la única cualidad que podía parecerse a una virtud?

De todos modos, Glenn pidió que se votara, pese a que, como comité, siempre habíamos procedido por consenso. Perdió por tres a uno, y entonces anunció furioso que plantearía la cuestión ante el bufete en pleno, cosa que hizo en la siguiente comida quincenal. Estas comidas, a las que concurrían puntualmente todos los socios del bufete, a menos que estuvieran en los tribunales o en la sesión de cierre de la bolsa, las hacíamos en el salón privado de un club especializado en «comidas de trabajo». Después de un primer plato de charla sobre temas generales, yo llamaba al orden e iniciaba la discusión de asuntos concretos. Así fue como respondí a la demanda que Glenn había hecho sobre las tres pagas extraordinarias, y que el consejo había denegado.

—Caballeros, ante todo quiero decirles que considero la cuestión de esta clase de compensaciones como de exclusiva competencia del consejo de administración. Las decisiones de este consejo no pueden ser revocadas. Lo único que se puede hacer es destituir al consejo y

nombrar otro en su lugar. Un voto a favor de la moción del señor Deane es en realidad un voto por la anulación del consejo.

—Me importa un rábano cómo consiga mi paga extra en tanto la consiga —replicó Glenn con su tono más irritante—. Y si tenemos que destituir al consejo de administración para que este bufete sea dirigido con eficacia, pues destituyámoslo. —Glenn miró retador a todos los que estábamos alrededor de la mesa—. En efecto, he hecho una moción y la mantengo. ¿Tú la apoyas, Lew?

—Sí, Glenn; apoyo tu moción.

—¡Por favor, diríjanse a la presidencia! —reclamé.

—Apoyo la moción de Glenn, señor Service.

Lew Pessen era el compinche preferido de Glenn.

—Muy bien, la moción ha sido hecha y apoyada —anuncié con aspereza—. Antes de la votación pido a los socios que piensen detenidamente en las consecuencias que este procedimiento tendrá sobre el futuro del bufete. Habrán de decidir si quieren una directiva que atienda a normas, o bien a caprichos; si desean que las decisiones de los directores que han elegido puedan ser revocadas por cualquier socio malhumorado que desee un tratamiento de privilegio.

—¿No podemos limitarnos a votar si se concede o no una simple prima, sin necesidad de provocar toda esta conmoción? —exclamó Glenn.

—Deseo terminar lo que estoy diciendo, señor Deane. Quiero subrayar la especial importancia que tiene esta votación para la prosperidad y el porvenir del bufete. —Aquí hice una pausa de varios segundos—. Muy bien, que quienes estén a favor de la moción levanten la mano.

Además de la de Glenn, se alzaron de inmediato otras tres manos. La moción había sido derrotada. Cuatro, sin embargo, era un número peligrosamente alto de disidentes. Decidí que la guerra con Deane tendría que ser a muerte. Y como él era inconstante y yo muy paciente, no pasaría mucho tiempo hasta que yo encontrara la causa y el momento oportunos.

En efecto, mi oportunidad llegó antes de lo que había esperado. Apenas una semana después de la turbulenta comida de trabajo con los socios del bufete, hice un importante descubrimiento cuando hablaba con Douglas Hyde sobre el efecto de la paga de Navidad,

que ya había sido entregada. La reacción había sido entusiasta, sin excepciones.

—¿También el trío de Deane? —pregunté, mordaz.

—También ellos. No parecen en absoluto decepcionados. En realidad, he oído decir que presumen de estar más contentos que nadie.

Me puse en pie de un salto.

—¡Ya sé lo que ha pasado! —exclamé.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado? —preguntó Douglas.

—¡Que han recibido sus cinco grandes!

—¿Quieres decir que Glenn se los pagó de su bolsillo?

—No, eso no lo haría jamás. ¿Desembolsar Glenn quince mil dólares? Ni soñarlo. Los tiene que haber pagado Ace Investors.

—¿Están tan contentos con nuestros servicios que priman a nuestros empleados?

—Difícil. Lo deben de haber deducido de nuestros honorarios.

—Pero ¿cómo podrían hacer algo así?

—Es muy sencillo. Rebajan esa cantidad de nuestra cuenta.

—¡Pero nos hubiésemos enterado!

—No, a menos que Glenn nos lo hubiese dicho. Espabila, Doug.

—¡Ah, sí, ya veo adónde quieres llegar! Glenn hizo una minuta por quince mil dólares menos, y le pidió al cliente que pagara directamente a sus tres pasantes.

—Exactamente. Los de Ace Investors tienen que haberlo considerado ilegal, pero Glenn habrá insistido en que era muy importante para la moral de sus tres empleados que el cliente les demostrara su satisfacción. Y, claro está, les habrá asegurado que contaba con la aprobación del bufete. Y la operación se llevó a cabo. ¡Glenn Deane roba a sus socios para pagar a sus favoritos!

—¿Y cómo podemos probarlo?

—Doug, te sugiero que llames a alguno de tus amigos de Ace Investors. Dile que tenemos un problema con la contabilidad, y pregúntale si el pago a nuestros empleados fue de cinco mil o de dos mil quinientos dólares.

—¿Y no les parecerá sospechoso?

—¿Por qué, si Glenn les dijo que el bufete aprobaba estas pagas extraordinarias?

Así fue como descubrí que las recompensas habían sido pagadas.

No había tiempo que perder. Douglas confirmó mis sospechas un lunes; al día siguiente tendría lugar la comida de los socios. Llegué a preguntarme incluso si debía esperar tantas horas. ¿No sería mejor convocar una sesión especial esa misma tarde, en la sala de juntas del bufete? Si Glenn descubría que yo estaba enterado de todo, tendría ocasión de dirigirse a cada uno de los socios, e intentar ganarlos para su causa. Y yo entonces habría perdido dos factores muy necesarios, la sorpresa y el escándalo.

Y justamente cuando todavía estaba cavilando sobre cuál sería mi línea de acción, Glenn vino a verme. Siempre me doy cuenta de cuándo Glenn sabe que está en dificultades, porque se vuelve más insoportablemente untuoso que nunca. Es como si, con su desprecio por el mundo que le rodea, quisiera convencerse de que puede persuadir a su adversario a pesar de la pésima opinión que éste tiene de él. Es como si estuviera diciendo: «De modo que piensas que soy un hipócrita. ¡Por supuesto que lo soy! Y un hipócrita tan brillante como yo puede vencer a un idiota como tú con todas sus cartas boca arriba».

—Últimamente no nos vemos mucho, Bob —comenzó a decir con una sonrisa maliciosa—. No me explico por qué. Después de todo, nosotros somos el papá y la mamá de este bufete, ¿no?

—¿Y quién es el papá?

—¡Tú, muchacho, tú! Yo, con mis grandes pectorales y mi trasero, podría ser la vieja madre que los amamanta, ¿no crees? ¿Cuándo iremos a comer juntos?

—¿Qué te parece el miércoles?

—¡De acuerdo; ya estás comprometido, chaval! Dicho sea de paso, no te pongas muy nervioso si tropiezas con alguna pequeña irregularidad en las primas de mis empleados. Si alguien me echa la culpa de algo, puedo arreglarlo. De mi propio bolsillo, si fuera absolutamente necesario.

—¿De qué clase de irregularidades estás hablando?

—Nada importante, amigo. Pequeños detalles, solamente pequeños detalles. Ya hablaremos el miércoles.

Cuando se fue de mi despacho suspiré aliviado. ¡Glenn confiaba realmente en que me iba a esperar! Un signo de debilidad, sin duda. Bueno, lo que yo debía hacer al día siguiente me alegraba de antemano. ¿Y por qué no? Glenn ya me había humillado bastante.

Yo le había ofrecido una oportunidad tras otra. Ahora sólo me quedaba destruirlo. ¡Y disfrutar haciéndolo!

En la comida del martes con los socios esperé hasta que, como era habitual, llegó el momento de hablar de los asuntos del bufete. Entonces me puse de pie.

—Tengo que comunicar algo de suma importancia —me dirigí a los comensales, un silencio ominoso siguió a mis palabras—. Después me veré obligado a pedir la dimisión de uno de los socios. Si éste se niega a dimitir, haré una moción para que nuestra sociedad se disuelva y vuelva a organizarse sin él. Si el bufete rechaza mi solución a esta crisis, presentaré mi propia dimisión.

—¿Quién mierda te crees que eres? —me gritó Glenn, que había bebido bastante más de una copa antes de la comida—. ¿Tengo ante mí a Robert Service, o a Robespierre pidiendo la cabeza de Danton ante el Comité de Salvación Pública?

—No tienes más que escuchar, Glenn; luego juzga por ti mismo —le contesté con calma—. En efecto, lo que estoy pidiendo es tu dimisión. Aduzco que has rebajado la minuta de Ace Investors en quince mil dólares, tras haber acordado que serían extendidos cheques de cinco mil dólares a los tres pasantes que tú señalaras. Y no necesito decirle a nadie en esta sala quiénes fueron esos tres pasantes.

—¡Lo niego terminantemente!

—¿Cree que no lo he comprobado con su cliente? No estoy loco, Mr. Deane.

—Y ustedes, ¿se van a quedar sentados aguantando todo esto tan tranquilos? —dijo Glenn casi gritando—. ¡Bájate los pantalones, Service, y déjales que te besen el culo!

De inmediato me acribillaron a preguntas.

—¿Qué coño pasa aquí?

—¿Para qué eran los cheques?

—¿Por qué ha estado espiando a Glenn?

—¡Señores, señores, por favor! —llamé al orden—. Se trata de un asunto muy simple. Glenn Deane decidió unilateralmente que tres de sus empleados no habían recibido una recompensa adecuada. Él había pedido una prima para ellos, solicitud que el consejo de administración rechazó por entender que alteraba nuestro sistema de compensaciones, podía dar lugar a distinciones

odiosas, y generar descontento entre el personal del bufete. Acto seguido, Mr. Deane decidió asumir los poderes del consejo de administración; rebajó una minuta del bufete tras haber acordado con el cliente que éste emitiría cheques a favor de los tres abogados involucrados en este caso por una suma equivalente a la descontada en la minuta. ¿Continúa negándolo, Mr. Deane?

—No voy a contestarte, mierdoso.

—Mr. Deane ha desviado fondos del bufete para sus propios fines —continué dirigiéndome a los comensales con una calma triunfal—. Se trata, pura y simplemente, de un desfalco. No sé ustedes, pero yo no continuaré ejerciendo mi profesión en el mismo bufete que un hombre que ha procedido de esa manera.

Hubo bastantes gritos y chillidos tras mis palabras, y finalmente estuvimos de acuerdo en que se daría a los socios más tiempo para reflexionar sobre el asunto. La semana que siguió fue frenética, y recibí continuamente las visitas de distintos grupos que me ofrecían diversas componendas. Deane, me aseguraron, no volvería a hacer algo semejante nunca más. Deane devolvería con mucho gusto los quince mil dólares al bufete. Deane estaba de acuerdo en dimitir del consejo de administración, y no entrometerse más en la dirección del bufete.

Pero yo me mantuve firme. Sabía que nunca se podría confiar en Glenn. Aseguré a los socios, uno por uno, que yo no iba a trabajar otra vez con él. ¡Y lo bueno es que ellos sabían que era en serio! Sabían que, si era necesario, me iría solo del bufete, y que me llevaría conmigo a algunos clientes de vital importancia. Además, no era una deshonra ponerse de mi lado ni siquiera para los que pensaban que yo era severo y dictatorial. Glenn Deane les había estafado; yo, no. Puede que lamentaran mi falta de compasión, mi crueldad, pero tenían que reconocer que yo no hacía sino vivir con arreglo a esos principios que tantas veces había enunciado.

Glenn finalmente dimitió y se fue a trabajar a Ace Investors. Sólo un socio, Lew Pessen, se marchó con él. ¡Y Ace continuó siendo nuestro cliente! Me daba perfecta cuenta de que, durante algún tiempo, mi autoridad no sería muy bien vista. Pero había quedado demostrada, y eso era lo importante. Ahora podría permitirme ser indulgente, al menos hasta que hubiera remendado nuestra desgarrada unidad. Yo había hecho lo único que podía hacer; eso lo

sabía bien. Los remordimientos no me quitaban el sueño.

Pero ahora vienen los demoledores e inesperados efectos secundarios del incidente: Lynne Deane fue a ver a Alice a su despacho y me llamó de todo menos guapo. Y al siguiente encuentro entre Alice y yo, ella —con una expresión helada y distante— me hizo saber que no había acuerdo posible en cuanto a nuestra reconciliación. Las negociaciones habían concluido.

X

—Hubiera jurado que los insultos de Lynne eran para ti la mejor recomendación —protesté ante Alice—. Después de todo, ella nunca fue una de tus amigas preferidas.

—¿Entonces, no niegas que echaste a Glenn del bufete?

Con paciencia, aunque ya un poco harto, volví a contar todo lo sucedido.

—¿Y no le diste una segunda oportunidad?

—¡Claro que no! Si lo que yo quería era precisamente deshacerme de él. La ocasión era única, y no se me hubiera presentado otra vez; Glenn es demasiado listo.

—¡Dios mío, entonces lo habías planeado todo! Robert, Robert, ¿no ves en qué te estás convirtiendo?

—¿Cómo puede uno dejar de convertirse en lo que piensa, sea lo que sea, si tu mujer te abandona nada más que por cumplir con tu obligación?

—¿Entonces tú *también* te das cuenta?

—Yo lo que veo es lo que tú crees ver. —Me aparté de ella desesperado—. ¡Estoy harto de tus fantasías, Alice! Crees que eres la novia de Scrooge en *Un cuento de Navidad*, que lo abandona porque cree que el corazón de él se está volviendo de oro. ¡Tan noble, tan triste, tan decidida! Pero todo eso no es más que un montón de idioteces. Cien personas viven de mi trabajo, y antes de que me retire, esa cantidad puede haberse quintuplicado. ¡Y tú todo lo que ves es que se la he jugado a un hijo de perra que no se merecía otra cosa! Está bien, no hablemos más de reconciliación. ¡Qué otra cosa puedo decir!

Tenía que abandonar toda esperanza de conseguir que Alice comprendiera algún día que yo no era un inmoral. Yo simplemente aceptaba la codicia y el egoísmo de los seres humanos, y reconocía que éstos siempre actuarían movidos por sus propios intereses, a lo cual no cabía oponerse, excepto cuando ese proceder constituyera un delito contra la persona o contra la propiedad. El único imperativo moral era evitar que se quebrantara la ley, y eran los hombres mismos quienes se lo habían impuesto, no Dios. Sin embargo, de este imperativo dependían «la ley y los profetas». Uno podía llegar hasta el umbral del crimen, pero ni un paso más. ¡Ni siquiera medio paso! Para Alice, era inconcebible que esto fuera un código ético. Y para mí es el único que vale. Todo lo demás es pura palabrería.

Es posible que mis divergencias con respecto al código de Alice surjan de una dicotomía entre yo y la cultura en la que ambos fuimos educados, lo cual fue probablemente un factor decisivo en la formación de mi personalidad. Los ídolos a los que mis mayores respetaban, o fingían respetar, nunca fueron auténticos para mí. No sólo estaban huecos, sino que *se notaba* que lo estaban. Y si había alguna duda, bastaba con darles un golpecito. Lo que me desagradaba no era sólo que mi padre estuviera orgulloso de su humilde posición en el bufete. Aquello no había sido más que el punto de partida de mis especulaciones. Yo advertía también que en la iglesia donde él pasaba el platillo, los feligreses estaban pensando en otra cosa, o se atormentaban con las más negras dudas. Estaba convencido de que no creían en la eficacia de sus plegarias, ni en la vida eterna. En realidad, era tal el descrédito en que había caído la iglesia que algunos de los amigos de mis padres parecían disculparse por su presencia en la misa, insistiendo en que disfrutaban de la «poesía» de los antiguos rituales. Supongo que para evitar el desnudo horror de la idea de la extinción se aferraban a la esperanza de algún tipo de supervivencia, por incierta que fuera, y después ya no pensaban más en ello. Los protestantes no sólo no creen en la inmaculada concepción, sino que suelen considerar a sus pastores ñoños y sentimentales. Un «verdadero» hombre va en busca del éxito, ¿verdad? ¿Y qué es el éxito sino poder? Y el poder, tal como está escrito en la Biblia, es tener la capacidad de ordenarle a un hombre «¡Ve!», y que él vaya; y de

decirle a otro «¡Ven!», y que él venga. ¿Y qué pasa con la inmensa mayoría, los que nunca acceden al poder? Pues que tienen «dignidad» y «honor», como mi padre.

Aquellos sonrientes ídolos sonaban a falso incluso en sus vidas privadas. El «amor», que no paraban de calificar como «la esencia» y «el fin» de la vida, no era más que sentimentalismo cursi o mero impulso sexual; la responsabilidad paterna, solamente la prolongación artificial de un instinto, y las obligaciones de los hijos hacia sus progenitores, un mito. Lo que provocaba mi resentimiento no era tanto el mundo real, que después de todo era comprensible y con el que podía arreglármelas, sino aquello en que lo transformaban los hombres, un árbol de Navidad reluciente de oropeles, todo lo contrario de un abeto majestuoso en medio del bosque. Y cuando comencé a ocultar lo que pensaba del mundo, descubrí que mi aspecto de chico rubio y ojos azules era una máscara perfecta. Al menos, siempre he parecido eso que tanta gente intenta ser a conciencia, un inocente.

Pero lo más extraordinario con respecto a Alice es que desde el comienzo de nuestra amistad, a los dieciséis años, jamás la he relacionado con la hipocresía de nuestro vecindario de «zona residencial». Ella era en todo momento, y todavía lo es, completa y sublimemente honrada. Cada vez que puse a prueba su alma con mi martillo, sonó pura y sincera. Y mientras escribo esto, me destroza el corazón reconocer que la he perdido.

Estuvimos enamorados durante los cuatro años que estudiamos en Columbia, y hasta poco tiempo antes de nuestra graduación Alice no tuvo dudas con respecto a mí. Creo que una de las razones por las que tardó tanto fue la intensa gratitud que le inspiraba mi respeto por sus escrúpulos ante las relaciones sexuales. Para muchos de nuestros compañeros, probablemente la mayoría, hijos de la revolución sexual, una atracción casual se convertía de inmediato en una aventura amorosa. Alice, por el contrario, pertenecía a la minoría de mujeres que querían llegar vírgenes al matrimonio. Ella no censuraba a las que tenían ideas más liberales; Alice insistía simplemente en que tenía que ser consecuente con lo que creía mejor para ella.

—No quiero pertenecerte hasta no estar segura de que será para toda la vida —me decía muy seriamente.

Yo estaba tan enamorado que me bastaba con su promesa de no salir con otros hombres. Era capaz de soportar casi cualquier cosa en tanto fuera el único destinatario de su afecto. Confieso que hubo ocasiones en que ni siquiera el saber que aquella resplandeciente criatura me amaba garantizó mi fidelidad. Pero Alice nunca se enteró de esas escapadas. Y si lo hizo, fue lo bastante generosa como para mirar hacia otro lado y permitirme gozar de la permisividad de nuestra época. Pero en lo que concierne a mis sentimientos, nada que no fuera Alice tuvo por entonces la menor importancia.

Lo que le preocupaba a Alice no era algo que yo hubiese hecho, sino más bien algunas de mis opiniones; por ejemplo, cuando yo defendía la lucha de los americanos contra el comunismo en el Vietnam, o insinuaba que el patriotismo a lo Richard Nixon no era enteramente despreciable. A Alice le angustiaba que yo no estuviera dispuesto a defender sin reservas las causas que a ella —al igual que a la mayoría de los estudiantes universitarios de la época— la inflamaban. Pero había algo peor que cualquier diferencia concreta de opiniones entre nosotros, y era su creciente sospecha de que yo nunca decía todo lo que pensaba, y de que a pesar de nuestros aparentes acuerdos, yo me inclinaba a pensar que la mayoría de los remedios sociales propuestos eran tan malos o peores que las enfermedades que se proponían curar; que los idealistas por lo general no decían más que tonterías, y que lo que para unos era negro, a otros les parecía blanco.

—Nunca consigo que te comprometas con nada —se quejaba Alice.

—¿Y por qué tienes tanto interés? —le replicaba yo—. ¿No puedes vivir y dejar vivir?

Pero Alice no podía. Mi tolerancia para con todas las ideas le parecía detestable. Por ejemplo, cuando yo decía en broma: «Algunos de mis mejores amigos son antisemitas», a ella no le parecía nada divertido, y en una ocasión no salió conmigo durante una semana porque me negué a firmar una petición para que se investigara sobre la brutalidad policial. Alice podía ser extremadamente severa.

Pero el culpable de nuestros momentos más críticos fue su padre. Alice quería a Jock Norton con tal veneración que llegaba a

ver un ataque infamante en la más leve insinuación crítica. Por otra parte, sus sospechas sobre la costumbre de reservarme mis opiniones hacían que me resultara muy difícil convencerla de mi entusiasmo por su padre. Además, Norton no me gustaba. Es muy difícil que nos guste alguien a quien no gustamos, y el padre de Alice estaba siempre tratando de desenmascarar al filisteo que según él se agazapaba tras mi aparente buena voluntad.

Norton era un hombre solapadamente sarcástico y de una amabilidad afectada, que te sometía a interrogatorios implacables hasta que uno comenzaba a percibir cuánta hostilidad se escondía bajo aquella curiosidad inquisitorial. Durante años me había hecho toda clase de exagerados cumplidos, en los que apenas si se advertía un ligerísimo tono de burla: me cumplimentaba por mi aspecto, mis condiciones para el deporte, mi popularidad, mis buenas notas y mi interés por la literatura. Pero cuando Alice y yo, de estudiantes en Columbia, nos hicimos novios formales, Norton no pudo evitar que una mayor aspereza se deslizara en su manera de tratarme.

Se me quedaba mirando con esos ojos chispeantes como si yo fuera un curioso mutante, mesándose los largos cabellos grasicntos; solía mordisquear la patilla de sus gafas y agitar su cuerpo delgado sobre la silla como desafiándome a definir su innegable encanto, mientras pronunciaba frases así:

—Querido muchacho, no puedes imaginarte cuánto me asombra el fogoso entusiasmo que sientes por escritores tan decadentes y amanerados como Walter Pater y John Addington Symonds. Que un jovencito como tú, que podría interpretar el papel de Stover si hicieran una película basada en *Stover en Yale*, se interese por la alambicada prosa de esas dos marquesonas, dice maravillas sobre la tolerancia de tu generación.

—Mr. Norton, si yo supiese escribir me gustaría hacerlo como Pater.

—¡Ah, el viento cortante de las puras colinas de la juventud! ¡Basta ya, espíritus de los muertos gloriosos que adoraban la frase mordaz, que amaban llamar a las cosas por su nombre, los vocablos anglosajones, las palabras breves! ¡Marchaos, fantasmas de Hemingway y
O'Hara!
¡Henry James es Dios, y Pater su profeta!

—¿Por qué hay que elegir entre escritores? ¿No pueden gustarnos todos?

Aquí Norton se puso casi solemne.

—¡Jamás! ¡Nadie que haya amado la literatura puede haberla amado toda! ¡Claro que hay que elegir!

Yo tenía la sensación de que a Norton le disgustaba la idea de que entre su hija y yo hubiera algo que tuviera relación con el sexo, y no porque la quisiera para él, hablando en términos freudianos, sino porque no quería que ella diera placer a ningún hombre. Realmente, estaba más celoso de ella que de mí. Estoy seguro de que las tendencias homosexuales de Norton no son imaginaciones mías. Esto es lo único que realmente puede explicar su hostilidad hacia mí. Si yo no podía ser suyo —y pienso que no era un pederasta practicante, sino reprimido—, entonces no quería que ninguna mujer me tuviera, y menos que nadie su querida hija. A Norton le atraían los jovencitos guapos, pero también los odiaba por ejercer sobre él esa misma atracción, y hacía todo lo que podía para que parecieran unos bobos comparados con su brillante persona. Oh, sí, puede que tuvieran unos cuerpos espléndidos —de poco les iban a servir, por otra parte—, pero ¿quién tenía la maravillosa mente y el ingenio agudo de Jock Norton?

Como es de esperar, Jock fingía ser mi amigo. En algunas ocasiones hasta me invitaba a cenar con él en el Club Yale, los dos solos, y entonces siempre bebía de más. A Jock Norton, como al barón de Charlus de las novelas de Proust, le fascinaba el tema de la homosexualidad, pero como pertenecía a una generación posterior, no tenía que fingir que la tomaba a broma. Por el contrario, adoptaba una actitud de noble y objetiva tolerancia.

En una de estas cenas bebió tanto que creo que estuvo a punto de traicionarse, no sólo ante mí, sino también ante sí mismo. Un titular en los periódicos de la tarde sobre una manifestación por la igualdad de derechos de los homosexuales le sirvió de pretexto para abordar su tema favorito.

—Tus amigos no tienen prejuicios en este terreno, ¿verdad, Bob?

—Depende de lo que usted entienda por prejuicios. Algunos pensamos que la homosexualidad es una aberración. Pero puedo asegurarle que no creemos que se deba perseguir a los que la sufren. Claro que para la mayoría de los gays ya es un prejuicio que se les

considere enfermos.

—¿Y tú piensas que son enfermos?

—Sí, eso creo. Y también que casi todos los enfermos pueden curarse, sobre todo si se los trata a tiempo.

—De modo que a la primera señal de semejante depravación en tu hijo, si le vieras contemplando una mariposa, por ejemplo, o que no demostrara interés por husmear bajo las faldas de su hermana pequeña, le enviarías al psiquiatra más cercano, y varonil, claro.

—Mi respuesta a esa pregunta, dejando aparte su ironía, es sí. En líneas generales, eso es lo que haría.

—¿Y no crees que al colocar anteojeras psicológicas sobre sus tiernos ojos, y encaminarlo hacia los «temblorosos muslos» y partes contiguas de una hembra de la especie, puedes embotar una sensibilidad tal vez imprescindible para el florecimiento de un artista?

—Creo que tendría que correr ese riesgo. ¿Pero supone usted que si Proust no hubiera sido maricón habría acabado siendo médico, como su padre y su hermano?

—¡Yo no supongo nada! Las suposiciones se las dejo a los jóvenes. Ni siquiera doy por supuesto que exista eso que tú llamas «maricón».

—¿Y usted cómo les llama?

—De ninguna manera. Para mí, un hombre que tiene una relación homosexual sólo es un hombre que tiene una relación homosexual. Y me gustaría saber cuántos son los hombres que nunca han tenido una relación de esta clase, o que no han deseado tenerla.

—Pues yo nunca.

—¿Tú, mi querido muchacho? ¿Con tu amor por Pater y por Symonds? Me decepcionas, te creía menos rústico.

¿Qué significaba esa mirada intensa y prolongada? ¿Acaso se disponía a tirarme los tejos? Me invadió una sensación muy cercana al pánico. ¿Y si Alice descubría que su propio padre era su rival? La repugnancia que este descubrimiento le provocaría estaría luego asociada para siempre a mi persona. Tenía que acabar con aquello, y de tal manera que le sirviera a Norton de advertencia antes de que se descubriera del todo.

—Mr. Norton, ¿usted cree que podría mirar a su hija a la cara si

tuviera pensamientos tan perversos? ¡Por favor! Reconozca que está actuando como un padre desconfiado, poniéndome a prueba.

Norton pareció desconcertado por mis palabras, pero abandonó el desagradable tema, y al rato me dejó solo y se dirigió a su habitación, supongo que a dormir la borrachera. De todos modos, nunca volvió a tocar aquel asunto conmigo, y en los meses siguientes fue evidente que estaba bebiendo mucho menos. Creo que el susto había sido terrible.

Huelga decir que Jock Norton no me perdonó nunca, y su venganza fue particularmente desagradable. En uno de los cuentos que publicó en *Good Housekeeping*, el personaje principal —un tal Uriel Heemuth (llamado así para aludir al malvado de Dickens)— era una horrible caricatura mía. Uriel es un estudiante de Harvard que cultiva la amistad de todos los hombres socialmente influyentes de su clase, aunque por motivos siempre declaradamente mundanos. Por ejemplo, es amigo del chico más pijo porque publica poemas en la revista *Advocate*, y del millonario de la clase porque toca el piano. A la larga sus compañeros le descubren y le rechazan, y Uriel, en un súbito arranque de arrepentimiento, va a visitar a un viejo y enfermo profesor de filosofía de Cambridge, ya jubilado y amigo de su padre. Aunque le habían recomendado encarecidamente que fuese a verle, Uriel no lo había hecho porque no le parecía un hombre lo bastante importante. Como era previsible, el joven encuentra a la flor y nata de la clase reunida respetuosamente en torno al viejo sabio de Cambridge. ¡El filósofo al que había menospreciado se transforma en su «ábrete sésamo» social! Moraleja: un trepador decidido consigue siempre, de una manera o de otra, lo que se propone.

¿Y cómo me di cuenta de que Uriel Heemuth era Robert Service? Muy fácil; la descripción física del personaje se ajustaba a mí hasta en los menores detalles, y además se le presentaba como un entusiasta de los escritores «decadentes» tipo Symonds y Pater, aunque con estas aficiones sólo pretendiera pasar por un refinado conocedor de literatura, y enmascarar su ansia de reconocimiento social y material. El cuento era un verdadero libelo.

Yo no podía siquiera insinuarle a Alice la naturaleza de mis sospechas sobre la verdadera causa de la hostilidad de su padre. Si lo hacía, y conseguía que me creyese, Alice podía caer en una grave

depresión. Y si no lograba convencerla, era yo el que caería en desgracia para siempre. No me quedaba más que hacer como si toda aquella historia fuera una especie de broma de su padre. Pero esto no impidió que Alice se sintiera muy molesta, sobre todo cuando su padre, adoptando una actitud altiva, afirmó que no había pretendido referirse a mí, y se negó a seguir hablando del asunto.

Fue Isabel, su madre, quien de la manera más inesperada puso fin a aquel lío. Isabel era una mujercita inteligente, ágil y saltarina como un pajarito, que por lo general interpretaba un papel secundario en las vidas de su brillante marido y de su no menos brillante hija, pero que podía ser muy decidida y enérgica cuando la ocasión lo exigía. Y ésta era una de esas ocasiones. Su marido había ido a pescar, y Alice y yo estábamos pasando el fin de semana en Keswick, cada uno en su casa. Yo me llegué a cenar a casa de los Norton.

—No quiero oír una palabra más sobre ese maldito cuento —saltó Isabel cuando Alice, como era de esperar, comenzó a hablar del asunto—. Es lo más ruin que he oído. Y ahora escúchame, Alice. Y tú también, Bob. Jock Norton ha sido toda la vida un farsante. Quiere que otra persona tenga la culpa de que él no haya sido un Scott Fitzgerald o un Hemingway. Y sucede que lo más cómodo es hacerme responsable a mí. Son mis gustos, mi forma de derrochar, mis valores pequeñoburgueses lo que le han encadenado, le han convertido en un escritor mercenario a tanto la página, en una máquina de hacer dinero. Muy bien. Yo le sigo la corriente. No me importa ser la culpable. Que conserve sus ilusiones si eso le hace feliz. Pero cuando invade vuestras vidas con sus fantasías; cuando se identifica contigo, Alice, y elige a Bob como excusa de que tú no llegues a ser Virgina Woolf, o Katherine Anne Porter, o vete tú a saber quién, entonces yo digo ¡basta! Déjalo, hombre, no sigas por ahí. Bob es uno de los mejores chicos que he conocido, y no voy a dejar que tu padre arruine tu vida con sus neuróticas ilusiones. ¡Que se las guarde, que son suyas!

Alice, muy pálida y seria, estuvo mirando a su madre, completamente atónita como unos cinco segundos. Después se levantó, vino hacia donde estaba yo y, ante mi asombro y alegría, se inclinó para besarme en los labios.

—¡Bob, querido, no sabes cuánto lo siento!

Y entonces se echó a llorar.

Esa misma noche, cuando su madre se fue a dormir, decidimos casarnos inmediatamente después de terminar la carrera. Hacía tiempo, habíamos dicho que esperaríamos hasta que yo terminara derecho, pero Alice insistía ahora en que quería pertenecerme por entero, y dijo que trabajaría para contribuir a nuestra manutención hasta que yo pudiera ejercer. Sin ninguna duda, ése fue el día más feliz de mi vida.

Y puedo afirmar, con idéntica certeza, que los tres años en la Facultad de Derecho de la Universidad de Columbia fueron los más felices de nuestra vida conyugal. En aquella época no parecía haber ningún problema entre nosotros. Alice trabajaba en una editorial, y su trabajo le encantaba. Y yo descubrí que estaba tan fascinado por el derecho como lo había estado siempre por la literatura. Después de todo, ¿era tan grande la diferencia? Alice y yo por fin parecíamos estar de acuerdo —un acuerdo muy placentero— en nuestras conversaciones sobre el derecho, la vida y la literatura. Y aunque en algunas ocasiones se me ocurría que ella volaba demasiado alto, muy por encima de nuestra terrenal morada —y cuando llegara el día en que yo tuviera que ganarme la vida probablemente no podría conciliar los elevados ideales de mi mujer con el ejercicio cotidiano de la profesión—, necesitaba a Alice igual que las semillas que brotan tenaces de la tierra necesitan la magnificencia y el resplandor del sol. Robert Browning, inspirándose en Platón, habló de los arcos quebrados de la tierra, de la curva perfecta del cielo. Que mis arcos estuviesen quebrados no significaba que yo no pudiese adorar la remota perfección de Alice.

Y ahora, ¿he perdido realmente todo eso? Así lo parece, al menos.

XI

Ahora que mi soledad se había confirmado, era evidente que tenía que adaptarme a ella. No sólo iba a tener que procurarme nuevos amigos; también una filosofía nueva que me guiara a lo largo del camino que me habían obligado a seguir. Yo, como el Marius de la hermosa novela de Pater que transcurre en la dorada Roma de los Antoninos, debía probar diferentes teorías sobre la vida, con la mira bien abierta que me permitiera descubrir un orden oculto tras el caos aparente. Y también iba a necesitar una novia. La desdicha no haría de mí un monje.

Desde hacía ya bastante tiempo, mis noches las repartía entre el trabajo en el despacho y las lecturas solitarias en mi habitación del Stafford. El bufete me llevaba tanto tiempo que parecía no necesitar más que mis fieles clásicos, y alguna que otra película. No tardé en darme cuenta, sin embargo, de que el director gerente de un bufete en el que abundaba el talento y escaseaban las relaciones personales, estaba obligado a tener una vida social activa. Y, claro está, también contaban las exigencias del sexo. La sola idea del amor mercenario me había parecido siempre detestable, y tampoco pensaba que fuera prudente liarme con alguna de las mujeres del bufete, fuera abogada o administrativa. No tenía, pues, más remedio que ponerme a buscar.

De hecho, conocí a Sylvia Sands por medio del bufete, y gracias a ella volví a organizar tanto mi vida social como la sexual. Quizá pensarán que maté dos pájaros de un tiro. Pero nunca dirían que Sylvia era como una bala. En absoluto.

Al Cornelius, presidente de Atlantic Rylands, me había cogido

simpatía, y con frecuencia quería que le acompañara, incluso cuando no necesitaba de mis servicios como abogado. Cornelius era un hombre que se lo había ganado todo a pulso; serio, callado, notablemente delgado y juvenil para los cincuenta años que tenía. Llevaba el pelo —abundante y gris— cortado al rape, y se pasaba todo el tiempo estudiando a la gente y sus problemas. Sus valoraciones eran por lo general concisas, cínicas, y muy acertadas. Al había aceptado la presidencia de la junta del Museo Colonial, una de las instituciones culturales que se escondían tras las blancas columnas del conjunto de edificios de la calle ciento cincuenta y cinco, a orillas del Hudson, y demasiado al norte para que fuera cómodo visitarla. El trabajo parecía tan ingrato que se había constituido en un desafío para Al. La colección era valiosísima; los recursos del museo muy escasos, y el público brillaba por su ausencia. Una tarde nos reunimos en la sala de juntas del museo con una especialista en relaciones públicas, para hablar sobre una campaña cuyo objetivo era recaudar fondos para el museo. Estaban presentes otros dos miembros de la junta, que también integraban el comité de la campaña.

La relaciones públicas era Mrs. Sands, una guapa rubia que tendría mi edad, o quizás algo más, y que hablaba con un tono de voz muy claro y educado, pronunciando cada palabra con precisión.

—Les supongo enterados de que la mayor parte del dinero que recauden vendrá de unos pocos y generosos donantes durante los primeros meses de la campaña. La caridad bien entendida comienza por uno mismo, así que nosotros empezaremos por los miembros de la junta. ¿Puedo sugerirle la cantidad de su donación, Mr. Cornelius?

—Querida señora, puede usted *sugerir* cuanto quiera.

—¿Cabría la posibilidad de que nos prometa cien mil dólares?

—Imposible. Tengo demasiados compromisos.

—No digo que tenga usted que entregarlos realmente. Sólo le pido que nos los prometa.

—¿Pero eso es correcto?

—Absolutamente correcto. Usted promete hacer todo lo que pueda para recaudar esa cantidad. Esto no implica responsabilidad legal alguna.

Cornelius me miró.

—¿Es así, Bob?

—Sí, Al. No hay ningún problema.

—Pero, Mrs. Sands —insistió mi cliente—, ¿y la gente no pensará que estoy obligado a entregar esa suma?

—¿Acaso es algo que deba preocuparnos?

—¡Vaya, vaya! Usted es bastante caradura.

—Hablemos claro, Mr. Cornelius. En la junta directiva del museo hay cuatro miembros lo bastante ricos como para permitirse hacer menos que su presidente, y darán lo que él *prometa*. Lo he podido comprobar una y otra vez. Una promesa suya nos garantizará cuatrocientos mil dólares de inmediato.

—Muy bien. Prometeré entonces los cien mil dólares, tal como usted sugiere. Y ¿quién sabe?, quizá hasta los haga efectivos.

Contemplé admirado a la imperturbable Mrs. Sands. Tenía el pelo rubio impecablemente peinado. Toda ella estaba arreglada, manicurada, acicalada y resplandeciente. Sin embargo, no era una mujer que dispusiera de mucho tiempo para pasarlo frente al espejo. Seguramente era tan competente en el tocador como en el trabajo. Sus facciones armónicas, su aire de serenidad y sus ojos grises y tranquilos hacían que fuera aún más intensa la sensación que tuve cuando la vi, de estar ante alguien cuya belleza era digna de una estrella de cine. Con todo, si la miraba con más atención, me parecía algo sosa, demasiado cercana al prototipo de la «rubia americana». Y luego, cuando continuó hablando de sus planes para la campaña, su profunda seriedad, su rigor, modificaron una vez más las impresiones previas. Parecía como si ella intentara tener el aspecto elegante de una mujer de carrera, según los cánones establecidos por *Vogue* o *Bazaar*
Harper's
. Pero Mrs. Sands era demasiado inteligente como para creerse una triunfadora, o para preocuparse por ese tipo de cosas. Mientras la observaba levantar los ojos del cuaderno de notas y responder a las preguntas de cada uno de los presentes con un aire de total atención, comprendí que —pese a no existir ni asomo de fallo en sus buenos modales— no hacía el menor esfuerzo por ocultar que aquello no era más que su disfraz de mujer de negocios.

—Exacto, Mr. Seldon. También tendremos que hacer una campaña para conseguir nuevos socios, aunque, claro está, no hay

que esperar muchos ingresos de ella. No podemos solicitar más de quince o veinte dólares al año, y el sesenta por ciento de los socios no continúan pagando después del primer año. Pero las fundaciones son partidarias de este tipo de campañas. Me temo que es inevitable, aunque perdamos dinero.

—¿Y sucede lo mismo con las campañas por correo?

—Bueno, es lo que nosotros llamamos «el óbolo de la viuda», por la historia del Evangelio. No es el óbolo lo que importa, sino el efecto que tiene sobre los grandes contribuyentes. A los peces gordos no les gusta pensar que cargan con todo el peso. El «óbolo de la viuda» les permite creer que la responsabilidad es compartida.

—¿Aunque no lo sea efectivamente?

—Bueno, no les cuesta demasiado creer que sus deseos son realidad. En estas campañas hay que respetar ciertos rituales.

—Pero una campaña por correo de esta envergadura es un enorme desperdicio de papel. ¿Y qué podemos conseguir? ¿Un dos por ciento de los ingresos totales? ¿Vamos a destruir nuestros bosques con estas grandes cuestaciones?

—Si es que en la junta directiva hay ecologistas que se oponen a esto tal vez habría que recurrir al teléfono. O podemos hacer un llamamiento por radio. La televisión sería más efectiva, por supuesto, pero dudo que podamos pagarla, a menos que alguna cadena done el espacio.

Comenzaba a sentirme fascinado. ¿No había nada que pudiera desalentarla? ¿Esa mujer no tenía principios? ¿Sería capaz de trabajar al mismo tiempo en una campaña a favor del aborto y en otra en contra? ¿Para los inversores sudafricanos y para el movimiento antiapartheid? Mrs. Sands podría organizar una campaña para rehabilitar a la mafia. Una sola cosa me permitía sospechar que ella era humana: presentía que Mrs. Sands sabía que yo la estaba observando. En una ocasión creí ver la sombra de una sonrisa dedicada a mí, como si ella reconociera —y aceptara— mi interés.

Aquel día tendría la posibilidad de contemplar durante largo rato a Mrs. Sands, puesto que cuando terminó la reunión mi cliente decidió ir directamente a su casa del Greenwich, y me pidió que llevara a nuestra organizadora en un taxi hasta el centro de la ciudad. Ella le había prometido al director del museo que antes de

marcharse visitaría la colección de cálices, relicarios, ciborios y otros antiguos tesoros de la iglesia expuestos allí. Yo la acompañé a una desierta galería principal, oscura y enorme.

Mrs. Sands caminaba despacio pero sin detenerse junto a las vitrinas llenas de objetos relucientes. Finalmente hicimos una pausa frente a un misal con cubiertas de plata dorada e incrustaciones de piedras preciosas.

Yo rompí el silencio.

—¿No le hace pensar que Dios debió de ser un viejo banquero judío de la Quinta Avenida, que vivió en una mansión de estilo francés?

Otra vez aquella tenue sonrisa; una suerte de reconocimiento de nuestra mutua simpatía.

—Bueno, a J. P. Morgan, que no era precisamente judío y que vivía en Madison y en una casa victoriana, también le gustaban mucho este tipo de cosas.

—¿Y usted cree que cuando acariciaba las piedras preciosas pensaba en Dios?

—En *su* dios, como usted mismo da a entender.

—¿Un dios a quien le gusta guardar los huesos, los dientes y las uñas de sus santos en cofres de oro tachonados de ópalos?

—¿Su dios es muy diferente, Mr. Service?

—¿Me lo pregunta porque soy abogado?

—Se lo pregunto, nada más.

—Me parece que no creo en ningún dios. ¿Y usted?

—Yo estoy completamente dispuesta a creer en cualquier dios que me convenza de que realmente lo es.

—¿Y hasta ahora ninguno la ha convencido?

No me respondió, y reanudó su paseo por la galería.

Ya en el taxi que nos llevaba al centro, la conversación se volvió más personal. Me contó que era viuda, y que vivía con su hijo, un niño de diez años, en un piso de la calle noventa y cuatro Este. Cuando llegamos a su casa se demoró un instante antes de bajar del taxi, como si estuviera reflexionando antes de tomar una decisión. Y luego, con la mano en la puerta, me dijo bruscamente:

—Esta noche voy a cenar a casa de Ethelinda Low, una amiga mía. Quizás haya oído hablar de ella, es una de las mujeres más conocidas de Nueva York. Ethelinda siempre me deja que lleve un

acompañante. ¿Le gustaría venir?

—Sí, me gustaría mucho.

—Perfecto. Pase a buscarme a las ocho, entonces. De esmoquin.

Esa noche, en el taxi que nos llevaba a la reunión, Mrs. Sands me habló de nuestra anfitriona. Mrs. Low, cuya procedencia social, como la de Odette de *Swann*, era más que oscura, casi insondable, había comenzado siendo una mantenida y luego se había casado tres veces. La primera, con el propietario de un restaurante; la segunda, con un contratista de Brooklyn; y por último —ya dos veces viuda—, con el viejo Sydney Low, el de los ferrocarriles. Era una mujer de una enorme vitalidad, y había administrado la fortuna que le legara su tercer marido con una inteligencia, como alguien dijo, «no obnubilada por los tradicionales prejuicios de los americanos cuando se trata de gastar una fortuna habida mediante el sudor, la herencia o el matrimonio». Según Sylvia, Ethelinda Low se había ganado el respeto, y hasta la admiración, de la sociedad neoyorquina.

Nuestra anfitriona estaba de pie en la entrada del salón, donde recibía ceremoniosamente a los invitados. Nada en la apariencia de Mrs. Low permitía adivinar sus comienzos; de pelo gris y tez cetrina, era muy alta, muy erguida, y tenía los ojos azules más serenos que he visto en mi vida. La juvenil alegría de la que seguramente hizo gala en otros tiempos era ahora una respetabilidad poco menos que imponente. Con todo, no me dio la impresión de ser una persona que quisiera aparentar otra cosa que lo que evidentemente era: una mujer experimentada, rica, sensata y muy realista. Tiempo después me enteraría de que tenía subyugados a sus hijastros y a los hijos de éstos; la visitaban para rendirle pleitesía y escuchar sus sermones cuando habían hecho alguna tontería, o para recibir su aprobación por su buen comportamiento, tal como hacían los descendientes de Luis XIV con la esposa morganática de éste, la tremenda Madame de Maintenon.

Mrs. Low esperó a que Sylvia, después de saludarla con un beso, se alejara, y entonces se dirigió a mí, muy seria y sin rodeos:

—Es muy raro que Sylvia me pregunte si puede traer a un invitado. Debe usted sentirse halagado.

—¡Lo estoy!

—Espero que sea usted tan bueno como aparenta, porque quiero

alguien que sea bueno y agradable para Sylvia. Ésa chica lo ha pasado muy mal y se merece un príncipe encantador.

—Bueno, no tengo derecho a ese título…

—¿Pero se considera encantador? ¡Un tipo presumido! Bueno, nos conformaremos con el encanto. Pero no lo olvide, si no trata bien a Sylvia tendrá que vérselas conmigo.

—¿Tan adulador le parezco, Mrs. Low?

—¡Al contrario, parece un ángel! Y eso es lo que me preocupa. Además, Sylvia me ha contado que se ha separado de su esposa.

—En realidad es ella quien me ha dejado. Y no lo ha hecho por otro hombre, lo que me hace pensar que para ella yo era insoportable.

—¡Querido, qué le habrá hecho usted! Pero ya me lo contará durante la cena; le he sentado a mi lado —concluyó, y mientras yo la miraba aturdido, se volvió para saludar a otro de los invitados.

Sylvia iba de dama en dama (descubrí que a la hora del aperitivo solía frecuentar a las de su mismo sexo), y yo tuve ocasión de estudiar el gran salón hasta en sus menores detalles. Ahora me doy cuenta de que aquélla fue mi primera visión de un estilo Luis XV perfecto, aunque tal vez debería ser llamado Pompadour, pues no tiene la majestuosidad pomposa que caracteriza a casi toda la decoración cortesana de aquel siglo. Los colores eran una combinación de azul cielo, amarillo melocotón y dorado albaricoque; malva, granate, verde azulado y qué sé yo; las cortinas, el artesonado y la tapicería sobre los que se desparramaban, estaban impecablemente limpios. Observé que todo, pinturas, dorados, barnices, estaba tan perfectamente conservado que daba la impresión de que ningún torpe ser humano hubiese puesto los pies en aquella habitación. Con todo, el salón era un lugar acogedor. Había amorcillos que sonreían y arrojaban guirnaldas; los pájaros parecían revolotear, y se veían serafines de cara radiante entre nubes algodonosas. Sobre un diván «rosa Pompadour» colgaba el cuadro más importante del salón, un retrato pintado por Boucher de la famosa amante del rey, representada como una mujer de grandes y enigmáticos ojos oscuros, que se deslizaba por el hielo azul en un trineo maravillosamente dibujado y arrastrado por dos pequeños africanos sobre patines. Las manos de la dama estaban escondidas en un manguito de armiño. Sylvia me contó más tarde que era una

réplica del cuadro que está en el museo Frick.

Mrs. Low, evidentemente, emulaba a la Pompadour. Pero ¿no había un toque de helada pedantería en aquel gusto tan perfecto? Creí comprender entonces por qué el rey empezó a frecuentar prostitutas vulgares como la Du Barry.

En el comedor —resplandor de velas, enormes tapices verdes y amarillos con imágenes de las victorias de Alejandro Magno en la India—, nos sentamos alrededor de una gran mesa dispuesta para veinte comensales, con copas de cristal, vajilla de plata y una cuadriga romana de porcelana como centro de mesa. Mrs. Low me dedicó una vez más su atención.

—Mr. Service, seguramente le sorprenda que me interese por algo tan personal como su relación con Sylvia. Esa chica ha estado demasiado sola; en las situaciones difíciles ha hecho gala de un valor y una entereza notables.

—Si es usted quien lo dice, Mrs. Low, tiene que ser así.

—¿Si yo lo digo? ¿Y usted no está dispuesto a decir nada?

—Bueno, verá usted, es que nos conocimos esta mañana…

—¡Esta mañana! —El gesto de sorpresa de Mrs. Low acabó en una risa sofocada—. ¡Vaya con Sylvia! Sabía que era prudente, pero parece que también puede ser muy rápida. Debe usted de haberla impresionado profundamente.

Mi anfitriona, que ahora se daba cuenta de que no era correcto que me hablara como si yo fuera un pretendiente indeciso a quien le hiciera falta un empujón, comenzó a interrogarme sobre mi vida y mis antecedentes, y a los pocos minutos era dueña de una asombrosa cantidad de información. Quizás en alguna de las etapas de su larga y accidentada carrera había sido jefa de personal de una gran empresa. Aproveché el primer silencio que se hizo para volverme hacia mi otra vecina, una húngara que fabricaba cosméticos, y escuché con la infinita comprensión de que yo solía hacer gala en estas ocasiones cómo había monopolizado el mercado con uno de sus tintes para pelo. Sospecho que la dueña de la casa estuvo escuchando a hurtadillas, porque cuando hubimos terminado de comer, y antes de que nos pusiéramos de pie, me dijo en voz baja:

—Robert, creo que usted nos va a gustar.

Cuando los hombres nos reunimos en la sala con las señoras, vi

con alegría que por fin podía sentarme junto a Sylvia. Y con mi copa de champán en la mano, me sentí de repente cómodo y feliz.

—Casi todos trabajan, ¿no? —observé mirando a la gente que nos rodeaba—. Y también sus esposas.

—¿Qué esperabas encontrar? ¿Un grupo de aristócratas decadentes, reclinados en sus divanes? ¿Una orgía romana?

—Algo por el estilo. No había advertido hasta qué punto la aristocracia de Nueva York se ha convertido en una aristocracia de trabajadores. Y supongo que todos ellos han tenido éxito en lo que hacen, ¿o no es así?

—¡Claro que sí! Ethelinda tiene un olfato muy fino. Percibe de inmediato el olor del fracaso.

Le señalé con la mirada a Mrs. Saunders, la esposa del director de *Town Voices*.

—Me imagino que ella no trabaja.

—No, pero no es una fracasada; logró cazar a Saunders.

—¿No era ya muy rica antes de casarse?

—Sí, y eso la aleja aún más del fracaso. En el círculo de Ethelinda no es necesario que uno haya triunfado por sus propios méritos. Basta con que haya triunfado.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿O tu éxito es tan grande que tus acompañantes son aceptados sin preguntas?

—¡Oh, no! Aquí yo no soy una triunfadora, ¿qué te crees? Sólo soy una asidua con posibilidades. Claro que siempre necesitan reclutas de las nuevas generaciones; el retiro en Florida y la muerte se cobran un número muy alto de víctimas. Y me parece que me he apuntado un tanto trayéndote. Les encantan los jóvenes apuestos que, sin ninguna duda, llegarán a la cima.

—¿Sin ninguna duda?

—Ninguna. Tendrías que haber oído a Ethelinda hablar de ti. ¿Y qué pueden perder, después de todo, si se equivocan y tú no lo consigues? Aquí despachan en seguida al que fracasa.

—Todo suena muy despiadado.

—¿Sabes de algún ambiente más tolerante?

—No, creo que no. Bien, imaginemos que ellos me aceptan y que me convierto en un habitual de este tipo de reuniones, ¿qué ganaré con ello?

—En primer lugar, son muy divertidos; mucho más que

cualquier otro grupo de esta ciudad, porque son inteligentes y todos se dedican a cosas muy distintas. No los une ninguno de esos embrutecedores denominadores comunes como una profesión, un barrio o una causa. Y, en segundo lugar, es probable que consigas un buen número de clientes importantes.

—¿Crees que la gente cambia de abogado porque conoce en una reunión a alguien que le cae simpático?

—Eso nunca se sabe. El derecho y la medicina se han vuelto tan complejos que los mejores abogados y los médicos más famosos cometen errores terribles. Y esta gente no tolera los errores. Mantén los oídos bien atentos, que los hombres, sobre todo, comienzan a quejarse después de tomar algunas copas.

—¿Es lo que tú haces?

—¡Yo siempre estoy trabajando! Mi horario de trabajo es todo el tiempo que estoy despierta.

—Debe de ser un esfuerzo terrible.

—Te acostumbras. Ahora, por ejemplo, estoy muy contenta y a gusto, pero no olvido que la señora Russo está al otro lado del salón y que es miembro de la junta del Hospital Belvedere. Sé que se proponen hacer una cuestación.

—Y estás dispuesta a atacar.

—Sólo si ella lo está, porque también me he enterado de que no le gusta hablar de negocios en las fiestas. Con todo, estar alerta no me hace ningún daño.

—¿Cómo te metiste en todo esto, Sylvia?

—Mi padre era profesor de una pequeña universidad de provincias, en New Hampshire. Me consiguió una beca para que yo estudiara allí, y yo a mi vez conseguí casarme con un chico de Nueva York que no había podido ingresar en Harvard ni en Yale, y tampoco en Princeton. La gente no se da cuenta de que en la actualidad se hacen relaciones sociales mucho más útiles en las universidades menos famosas. Las de la Ivy League están llenas de genios pobres que *algún día* tal vez sean reconocidos. O que quizá no lo sean nunca.

—No puedo creer que seas tan experimentada como pretendes.

—No lo soy. O al menos no lo era entonces. Tommy Sands pertenecía a una aristocrática familia venida a menos que a mí me parecía increíblemente novelesca. Cuando nos casamos tuve que

ponerme a trabajar para mantenerlo.

—¿Él no hacía nada?

—Era corredor de bolsa de vez en cuando. Un hombre muy inconstante. De todos modos, el pobre murió de leucemia cuando sólo hacía cinco años que estábamos casados.

—Lo siento.

—También yo lo sentí, pero le hubiese llorado menos si hubiera muerto unos años más tarde; se estaba convirtiendo en un alcohólico.

—A Ethelinda no le hubiera caído simpático.

—Pues mira, en realidad le apreciaba. Nadie es consecuente con sus principios hasta el final. Y mi marido, además, era encantador.

—Me extraña que no te hayas vuelto a casar.

—No tengo prejuicios al respecto, de modo que piénsalo bien antes de pedírmelo.

—No lo haré, te lo juro.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque todavía estoy enamorado de Alice.

—¿No sabes que ése es el mejor recurso para que otra mujer te encuentre irresistible?

—¡Vaya, qué ingenuo soy!

Sylvia me miró casi tan seria como antes lo había hecho Mrs. Low.

—No sé si eres un ingenuo, amigo; pero eres un tipo raro.

Cuando la acompañé a su casa le pregunté si podía subir a tomar una copa. Parecía indecisa.

—Tendrás que hablar en voz baja, y cuidar de no hacer ruido; Tommy podría despertarse.

—Seré tan silencioso como un gato.

—Sí, y quizás eso es lo que me asusta de ti.

Una vez arriba, en su hermoso pisito, repleto de *bibelots*, muebles chinos de laca roja y pinturas sobre pergamino, Sylvia me dijo que me sirviera una copa mientras ella iba a ver a su hijo. Cuando volvió, se había puesto un camisón de seda blanco y un quimono azul.

—Robert Service, eres un hombre extraordinario. Hoy me has hecho quebrantar todas las leyes que me había impuesto a mí misma en los últimos seis años. Te invito a salir conmigo el mismo

día en que te conozco, y ahora te voy a dejar que pases la noche en mi casa. O parte de la noche. Si quieres, claro está. Estoy dejándome guiar por mi intuición. Y puede que sea muy mala idea…, o puede que no. Quién sabe.

Desde luego, la idea no fue mala en absoluto. Sylvia era una amante fría y ardiente al mismo tiempo, y movía su cuerpo delgado con una gracia asombrosa. En el momento del orgasmo, sin embargo, soltó un grito al que muy pronto siguió un golpe en la puerta.

—¿Estás bien, mamá? —se oyó preguntar a un niño.

—Sí, querido; sólo era una pesadilla —respondió Sylvia con admirable serenidad—. Vuelve a la cama.

E inmediatamente después, hizo que me vistiera a oscuras y saliera de puntillas.

—¿Cerraste los ojos y te imaginaste que yo era tu mujer? —me preguntó en un susurro antes de irme.

—¡No!

—Gracias —dijo, y me dio un rápido beso de despedida.

Y yo tuve la certeza de que algo nuevo y extraordinario había entrado en mi vida.

XII

En los tres meses que siguieron, aquella novedad cambió por completo mi monótona existencia. Ahora, cuando recuerdo aquellos días, tengo la impresión de que me quedaba poco tiempo para pensar; sólo importaba existir. Y, desde luego, no tuve ocasión de anotar nada en este diario. Como siempre, seguía muy ocupado en el bufete, y todavía consagraba muchas noches y fines de semana al trabajo, pero ahora dedicaba el resto de mi tiempo a acompañar a Sylvia en sus salidas nocturnas. Íbamos a cenas, estrenos, fiestas organizadas por instituciones benéficas. Entre una y otra salidas nos las arreglábamos para hacer el amor; no nos acostábamos en mi habitación del Stafford, de la que me había mudado cuando Sylvia la calificó de «hortera», ni en su piso, pues no debíamos inquietar a su hijo, sino en un apartamento amueblado que había alquilado yo en un caserón de piedra reformado. A mí me parecía bastante agradable, pero Sylvia nunca estaba satisfecha, y siempre que me venía a ver traía un florero, un grabado, un cubrecama, cualquier cosa que le diera «un poco de personalidad».

No sé por qué se tomaba la molestia; sólo venía a mi casa para hacer una cosa, y casi siempre la hacíamos a oscuras. Sylvia se transformaba en una persona distinta cuando hacía el amor; no hablaba ni emitía ningún sonido que no fuera un grito de placer como el que había despertado a su hijo. Era como si estuviera haciendo ejercicios gimnásticos y fuera de mal gusto hablar de ello, aunque lo necesitara para su bienestar. ¿Eso era amor? De todos modos, yo notaba que Sylvia se preocupaba mucho por mi satisfacción. Y también advertí que en las fiestas estaba siempre

pendiente de lo que yo hacía, aunque nunca se la veía mirarme abiertamente. Sin duda, yo tenía un papel importante en su vida pero ella jamás hablaba de eso, del mismo modo que no hablaba nunca de abstracciones como la religión, la otra vida o el significado profundo de las cosas. Yo no había conocido a ningún epicúreo que viviera tan intensamente el «aquí y ahora» como lo hacía Sylvia; y tan seria al respecto como Marius, mi héroe. Sylvia no sólo pensaba que había que vivir el presente; estaba convencida de que también había que crearlo. Como decía siempre, si una pobre viuda con un hijo al que mantener no cuida de sí misma, nadie lo va a hacer.

¿Tampoco yo? ¿No eran ésos sus pensamientos? ¿No me estaban preparando para que fuera el consorte de Sylvia Sands? Pero esto no me importaba demasiado, pues estaba seguro de que Sylvia, por mucho que deseara alguna cosa o por cerca que estuviera de conseguirla, jamás se obstinaría. Puede que al final dijera: «Bueno, decídete. ¿Quieres o no quieres?», y si la respuesta era negativa se limitara a encogerse de hombros, fruncir un poco el ceño tal vez, y en seguida cambiar de conversación. Esta manera suya de ser —que me agradaba— me parecía poco femenina; yo aún creía que en la batalla de los sexos las mujeres eran mucho más intrigantes que los hombres. Sentía que confiaba en Sylvia de la misma manera que hubiera confiado en otro hombre.

Es difícil definir la sociedad en la que Sylvia me introdujo, sin duda la más encumbrada de la ciudad. En Nueva York, la alta sociedad está formada por distintos grupos. Están los descendientes de las antiguas familias, apiñados sobre las mesas de bridge y backgammon en clubes como el Union, el Knickerbocker y el Colony; luego hay el mundo de las instituciones culturales y las universidades y el de los magnates de reciente e inconmensurable riqueza, que suelen vivir aislados con sus pequeñas cortes. El grupo de Sylvia comprendía gente muy rica —aunque no necesariamente los más ricos—, algunos apellidos con solera, y muchos recién llegados; todos ellos parecían unidos por el deseo de vivir rodeados de belleza —con lo mejor en materia de arte y decoración—, y también por la determinación de sus mujeres de ser hermosas hasta en la vejez. Pero los miembros de este grupo también contribuían a sostener con su riqueza las instituciones culturales y benéficas de la

ciudad, y dirigían empresas que incidían sobre la opinión pública, como periódicos, emisoras de radio y televisión, teatros y agencias de publicidad. Los medios de comunicación de masas se ocupaban de ellos con frecuencia, y solían recurrir a la hipérbole cuando hablaban los unos de los otros: «¿No crees que Ethelinda es absolutamente maravillosa?» o «¡Adoro a Lila, sencillamente la adoro!». Yo me preguntaba si habría habido en alguna época una clase alta con tanta conciencia cívica. Puede que fueran generosos porque aquello estaba bien visto, pero aun así, lo eran.

Muy pronto me di cuenta de que la única entrada de Sylvia a este mundo era Mrs. Low, pero eso bastaba. La anciana señora prácticamente la había adoptado; todas las mañanas hablaban por teléfono, y la gente sabía que en las fiestas importantes la gran Ethelinda Low deseaba contar con un pequeño círculo de íntimos a su alrededor, entre los cuales indefectiblemente figuraba Sylvia. Y Ethelinda era llamada «grande» con toda justicia. No era sólo la generosidad con que se desprendía de la fortuna que Low le había legado lo que despertaba la admiración de todos; como no tenía hijos no había razón para que la atesorara. Pero Ethelinda, además, se había construido en Nueva York, Southampton y Palm Beach refugios de una exquisitez casi inimaginable, y disfrutaba llenándolos de gente estimulante y divertida. Ethelinda era una mujer sin ilusiones ni pretensiones; tenía un corazón generoso, unos ojos de lince y ni un pelo en la lengua. Me dijeron que algunos amigos de su difunto marido se burlaban de sus orígenes, y que se escandalizaban de la gente que acudía a su casa, pero el círculo de Ethelinda concedía una importancia muy relativa al linaje y al historial. Por sí mismos nunca eran suficientes para abrir la puerta de entrada.

Mrs. Low hablaba de los proyectos que tenía para Sylvia con extremada franqueza.

—Cuando yo muera, mi dinero irá a un fondo para obras de beneficencia —me contó una noche mientras cenábamos—. Se lo prometí a mi marido, y cumpliré mi promesa. Él ya se ocupó de sus hijos y de sus nietos; no hace falta que yo me preocupe por ellos. Dejaré una parte de la herencia a mis amigos, pero en su mayoría obras de arte. A Sylvia, el cuadro de Boudin que tanto le gusta, el de la playa, y algo mucho más importante: será una de las personas

que administren el fondo. De hecho, me estará haciendo un favor, porque estoy segura de que esa chica tendrá ojo clínico para descubrir de entre los candidatos a los farsantes.

Sylvia se sintió muy satisfecha al enterarse más tarde, aquella misma noche, de que Mrs. Low me había contado lo que pensaba hacer con su testamento. Ella ya conocía los planes de Ethelinda y también, como descubrí posteriormente, era consciente de la diferencia entre una fundación, cuyos directores no reciben más que una módica compensación por sus servicios, y un fondo de beneficencia como el que pensaba crear su amiga, donde los administradores podían ganar sustanciosas comisiones.

—Te llevas maravillosamente bien con Ethelinda —me dijo con aprobación—, pero no debemos olvidar que aún no ha modificado el testamento, aunque no deje de hablar de eso. Su abogado, Gil Arnheim, le da largas al asunto.

—Es probable que él figure en el primer testamento como fideicomisario y no quiera compartir el puesto contigo.

—No creo que eso le importe mucho; de lo que tiene miedo es de que le sustituyan.

La tenue nota de amenaza que advertía en el tono de Sylvia no acababa de gustarme. Pero ¿por qué motivo? ¿Estaba reaccionando como un machista? ¿Por qué no iba a ser Sylvia tan astuta como yo? ¡Claro que sí! Derivé la conversación hacia un tema menos peliagudo.

—¿Dirías que cuando Ethelinda corrige mi forma de hablar me está manifestando su aprobación? —le pregunté.

—¿Cómo fue que te corrigió?

—Expliqué que este fin de semana te llevaba al «hogar» de mis padres, y ella me dijo «querrá decir a su *casa*». Y arrugó la nariz cuando me referí a la nueva alfombra del salón como «la moqueta». ¿La buena sociedad tiene un vocabulario especial?

—Supongo que eso indica que Ethelinda pertenece a otra generación. Cuando ella tuvo que abrirse paso, hace cuarenta años, las familias tradicionales eran muy puntillosas con respecto a la manera de hablar de la gente. Pero incluso en esa época, si uno les caía simpático, se equivocaba con alguna palabra y no se lo reprochaban.

—¿Y por qué no puedo llamar a las cosas como lo he hecho

siempre?

—Hazlo, si quieres. Un joven guapo y con futuro puede decir lo que quiera.

—¿Y una hermosa joven?

—Las mujeres deben ser mucho más cuidadosas.

—Eso no me parece justo.

—Lo que sea justo o injusto me da igual. Lo único que me importa es conocer las reglas.

—Y tú te crees que yo puedo olvidarlas y mostrarme tal como soy.

—Yo lo diría de manera más enfática: creo que *debes* hacerlo. Sólo siendo tú mismo podrás conquistar ese mundo.

—¿Entonces, existe ese mundo y yo he de conquistarlo?

—Claro que sí, tonto. Que te hayan invitado a unas cuantas fiestas no significa nada; un hombre presentable y sin compromiso nunca está de más en una reunión.

—Te estás olvidando de que soy un trabajador.

—¡Justamente en *eso* estaba pensando, querido mío! Tienes que aprender que en el gran mundo no se distingue entre la diversión y el trabajo.

Aquellos días no tenía mucho tiempo para pensar en mí mismo y en el rumbo que estaba tomando mi vida. Si trabajaba tres noches a la semana, las otras las pasaba de esmoquin, y después de dejar a Sylvia en su casa —antes habíamos pasado un rato en mi piso— estaba tan cansado que me dormía como un tronco. Con todo, aquella actividad tan intensa tenía un efecto sedante. Me gustaba mi trabajo; me gustaba reunirme con gente importante en salones suntuosos, y me gustaba hacer el amor con Sylvia. ¿Me estaría enamorando? No creo que durante aquella época me hiciera muchas veces esta pregunta; tal vez el hombre no se plantee esta cuestión si antes no lo hace la mujer.

En el despacho se rieron mucho cuando apareció en la revista
Wear Daily
Women's
una fotografía mía y de Sylvia bailando juntos. Esto aumentó notablemente mi fama entre las mecanógrafas, pero no mi reputación ante el sarcástico Douglas Hyde, que se pasaba todas las horas que podía robar al despacho con su mujer y sus seis hijos en

la casa que tenían en Scarsdale.

—Veo que alternas con la mejor sociedad —observó con ironía.

—No todos podemos quedarnos a ver la televisión en casa; a algunos nos gusta salir.

—Y veo que esta noche hay una gran fiesta en el St. Regis Roof. Seguro que vas a ir.

—Pues sí; iré.

—De acuerdo; ya me encargo yo de la cena con los de Ace Investors.

Me di cuenta de que la conformidad de Douglas era más aparente que real. Él pensaba que yo debía ir a esa cena. De repente sentí remordimientos, y decidí cambiar mis planes. Además, tenía la sensación de que Sylvia y sus amigos comenzaban a disponer de mí sin consultarme. Llamé al despacho de Sylvia y le dije a su secretaria que me era imposible ir a la fiesta del St. Regis. Sylvia no me llamó y aquello era mala señal.

Cuando la telefoneé a la mañana siguiente se negó a recibir la llamada, y su secretaria se burló amablemente de mí.

—Mr. Service, me temo que aquí están muy enfadados con usted. ¿Dónde estaba anoche?

—Tuve un imprevisto en el despacho.

Hubo un instante de silencio mientras la mujer consultaba con Sylvia.

—Mrs. Sands dice que *quizá* le perdone si va a comer con ella al Amboise; a las doce y media.

—Pero ella sabe que hoy tengo un almuerzo de trabajo… ¡Espere! Está bien; dígale que la espero en el Amboise.

A la hora de la comida Sylvia estuvo benévola pero firme.

—Querido, hay algo que tienes que entender muy bien. La vida nocturna que te estoy organizando es un asunto muy serio. Reconozco que la gente a cuyas fiestas vamos no vacilarían en dejarte plantado si se interpusieran sus negocios, o incluso sus placeres. Pero dan por supuesto que nadie, por ninguna razón, les dejará plantados a ellos. Esa es la diferencia. Llegará un día en que tú también podrás hacer lo mismo, pero ese día no es ahora. Entretanto, debes dejar de contarle a todo el mundo lo mucho que trabajas. A nadie le importa. Además, eso es lo que distingue a un subordinado. Un hombre importante es dueño de su tiempo.

—Sylvia, eres un encanto y te agradezco todo lo que haces por mí. Pero a veces me parece que no entiendes que un gran bufete sólo se lleva adelante con abogados expertos y mucho, muchísimo trabajo.

—¡Claro que lo entiendo! ¿O piensas que soy una estúpida? Pero mira en
Martindale's
la cantidad de abogados que hay. Y sólo en esta pequeña isla. ¿Crees que no encontraría al menos una docena que fueran capaces de hacer el trabajo tan bien como tú?

—Sí, supongo que los encontrarías.

—Muy bien. Debes reconocer entonces que la mitad del trabajo consiste en conseguir clientes, a menos que seas tan evidentemente maravilloso que todo el mundo caiga a tus pies. Te asombrarías si supieras la cantidad de preguntas que me han hecho sobre ti.

—¿De verdad? ¿Y qué les contestas?

—Que eres el mejor… y muy caro.

—Sin ánimo de menospreciar lo que haces, tengo que decir que hasta ahora nadie me ha venido a ver al bufete.

—Dales tiempo, querido, dales tiempo. ¿Te acuerdas de Alva, la fabricante de cosméticos? Piensa ir a consultarte por un testamento. Y probablemente te incluya en él si le tocas la pierna por debajo de la mesa… ¡bien arriba de la rodilla!

—¡A ese viejo tanque! Sylvia, no pretenderás que haga eso. No hablas en serio, ¿verdad?

—No. —Mi preocupación le dio risa—. Pero es importante que conozcas la impresión que produces en la gente, así podrás utilizarla. Bob, tienes que reconocer que he sido razonable. No te he exigido demasiado, ¿verdad? Tienes muchas noches para dedicarlas a la abogacía. Demasiadas, diría yo. Y mírate, ¡estás fresco como una rosa!

Y en ese instante, viéndola tan sonriente, tan serena, feliz quizá, y a pesar de todo tan consciente del lugar donde estaba y de quiénes ocupaban las otras mesas; tan deseosa de satisfacer mis deseos y mis necesidades físicas y espirituales, pensé que solamente un patán no aceptaría sus condiciones.

—Me portaré bien —le prometí—. Vamos a llamar al camarero; tengo que volver al bufete.

—Ya pediré yo —dijo, y le hizo una señal al camarero—. Dentro de exactamente treinta y cinco minutos habremos terminado.

XIII

En el breve tiempo que tardan estas cosas en nuestra sociedad, mi vida y la de Sylvia confluyeron en una apacible domesticidad. Los fines de semana solíamos llevar a nuestros hijos al Central Park. Yo no estaba muy seguro de que a Audrey y a Sally les gustara Sylvia, pero de lo que no me cabía duda era de que despertaba la curiosidad de las niñas. Sylvia, aparentemente, no hacía ningún esfuerzo por ganarse su estima; las trataba con la misma tranquila y amable objetividad que utilizaba con los adultos. Yo deducía, por lo que había podido ver, que el secreto de su éxito estaba en que nunca hacía preguntas superfluas. Cuando quería una respuesta no sólo lo demostraba, sino que insistía en obtenerla. A los niños no les gusta tener la sensación de que están perdiendo el tiempo. Mis hijas la respetaban; puede que incluso le tuvieran miedo. Sylvia no hacía gala de esa necesidad de ser amada por los niños que ellos huelen como los tiburones la sangre, y que hace a los mayores tan vulnerables. Cuando paseábamos por el parque, mis hijas caminaban casi tan erguidas como Sylvia, y yo me sentía verdaderamente orgulloso de ella.

Tommy Sands, el hijo de Sylvia, era un niño de diez años frágil, hermoso y encantador, muy rubio y muy pálido, que no parecía tener complejo de Hamlet. Por el contrario, cuando paseábamos prefería coger mi mano antes que la de su madre. Era evidente que el pobre chico se moría de ganas de tener un padre como sus amigos, y no veía ningún inconveniente en que ese padre fuera yo. Y a mí esto me encantaba. A veces notaba que estaba más próximo a aquel niño, que se me confiaba con tanta seriedad, que a su, a

veces, enigmática madre.

Un sábado por la tarde, cuando llevé a las niñas de vuelta a casa, Alice las mandó a su habitación y me invitó a tomar una copa. Alice tenía una expresión que no me era familiar: parecía decidida a estar brillante, alegre y cortés.

—Bob, quiero decirte algo, pero no sé cómo hacerlo.

—¿Estás saliendo con algún hombre? ¿Es eso?

Me sorprendió oír en mi voz el chirrido de los celos.

—¡No, claro que no! —respondió ella, sorprendida—. En realidad, es todo lo contrario. Me he enterado de que sales con Mrs. Sands. Me lo contaron las chicas y…

—Espero que hayan hablado bien de ella.

—Muy bien, Bob. No estés tan a la defensiva; nadie se opone a que salgas con Mrs. Sands. Después de todo, yo te he dejado, y sería absurdo esperar que vivieses como un monje. No, lo que estoy tratando de decirte es que si tú y ella pensáis que yo soy un obstáculo, estoy absolutamente dispuesta a quitarme de en medio.

Miré torvamente aquellos ojos sinceros. Durante un minuto no supe qué hacer con la furia que sentía retorcerse en mi interior. Era como si me hubiese puesto de pie para hablar en público y de repente hubiera descubierto que alguien estaba tratando de bajarme los pantalones. Finalmente me levanté, fui hasta la ventana y cuando sentí que podía controlarme le pregunté:

—¿Intentas decirme que me darás el divorcio?

—Sí, si tú quieres.

—¿Y si no quiero?

—¿Quieres decir que para ti soy una ventaja y no un obstáculo? ¿Una protección, tal vez? ¡Pobre Mrs. Sands! ¡Y yo que pensé que era tan agradable!

—¿La conoces?

—Sí. ¿No te dijo que había venido a verme? Pensó que sería conveniente para las niñas que nosotras tuviésemos una charla. A mí me pareció muy amable de su parte.

—¡Maldita sea! ¿Es así como disponen de la vida de uno sin consultarle?

—¡No seas ridículo! Sólo quería saber si había algo en especial sobre las niñas que yo quisiera decirle; algún tema que no hubiera que tocar o, por el contrario, alguno que debiera ser tratado en

especial. Se nota que es una mujer muy inteligente.

—¿No serás tú la que quiere el divorcio? —continué iracundo, sin hacer caso de lo que ella había dicho—. Tal vez has encontrado a alguien y te quieres casar. No creo que sea uno de tus poetas, de todos modos. Por lo general, no es tu sexo el que prefieren, ¿verdad? ¿O serían capaces de irse a vivir con una mujer para compartir el dinero que esperan me saques a mí?

Alice, avergonzada ante mi vulgaridad, desvió la mirada.

—Bob, creo que será mejor que te vayas. Yo sólo quería ayudarte.

Miré con tristeza la habitación donde una vez había sido tan feliz, o al menos había creído serlo. El tapizado del sofá estaba desteñido y el reloj que había sobre la chimenea no funcionaba. ¡Alice era pobre! Era pobre, y no quería recibir nada de mí. Un viejo y sucio grabado con la imagen de la emperatriz Elizabeth de Austria demostraba su carencia de gusto, su absoluta indiferencia por la decoración. Sylvia no hubiera soportado aquel cuadro ni siquiera una noche. Pero a mí me partió el corazón.

—Ojalá me muriera —murmuré.

—¡Bob, por favor, no digas eso!

—Todavía te quiero. Te quiero a pesar de todo.

—¡Por favor! Estás obsesionado conmigo porque no puedes soportar ningún fracaso. Tienes que comenzar a mirar las cosas con un poco de objetividad.

—Si ahora me envías de vuelta con Sylvia, tal vez sea para siempre.

—No te envío de vuelta con Sylvia ni con nadie. Sólo quiero averiguar qué clase de persona eres, y qué clase de persona soy yo.

—¡Para decirlo sin rodeos, lo que tú quieres averiguar es por qué coño te casaste conmigo!

Alice suspiró y cruzó los brazos sobre el pecho.

—De acuerdo, dejémoslo así. Quiero averiguar por qué coño me casé contigo.

Aquella misma noche, cuando interrogué a Sylvia sobre su visita a Alice, ella adoptó una actitud arrogante.

—Querido, las mujeres siempre hacemos estas cosas, y es mejor que dejes que nos las apañemos solas. De un modo u otro hemos de arreglar tus asuntos.

El domingo llevé a Sylvia a comer a casa de mis padres en Keswick. Estuvieron muy atentos con ella, pero la atmósfera era glacial, y no por culpa de Sylvia; su actitud fue irreprochable: se interesó por la vida de mis padres y por sus actividades, y ni una sola de sus palabras traicionó el hecho de que su círculo social era considerablemente más elevado. Yo veía claramente que no les resultaba simpática, y esto acabó por indignarme. ¿Cómo podían ser tan insensatos para pensar que Sylvia, una viuda con un hijo que mantener, una trabajadora incansable, era una especie de prostituta babilónica? No conseguí mejorar las cosas cuando, sin hacer caso del ceño fruncido de Sylvia, pregoné sus éxitos profesionales.

—En mi opinión, papá, el trabajo más notable de Sylvia ha sido lo que ha hecho con las instituciones sospechosas de izquierdismo en la época de McCarthy. Ella hace que sus directores, mediante declaraciones periódicas en los medios, adquieran una reputación de anticomunistas recalcitrantes, y así cambia la imagen de la institución.

Mi padre estaba decidido a mostrarse amable, pero no pudo evitar una burla en su respuesta:

—Sí, me imagino que es como la duquesa de *The Gondoliers*, la que limpia la reputación de las damas poco decentes —dijo, y se puso a canturrear:

A las despreciadas por los moralistas,
lavo y blanqueo,
y presento en la mejor sociedad.

—Me pregunto si vale la pena engatusar a la gente para que regalen su dinero —observó mi madre con frialdad.

—¡Si todos pensaran como tú casi todas las instituciones culturales de este país tendrían que cerrar! —protesté.

—Puede que a tu madre eso no le parezca mal —dijo Sylvia en un tono que insinuaba que ella comprendía a mi madre.

Me figuro que no carecía de ironía el intento de convencer a mi madre de que Sylvia era una «mujer buena». Durante toda mi infancia había sentido un intenso rechazo por aquel término tan vago y sentimental, que incluía a amigos y vecinos. Aún recuerdo mi escepticismo cuando veía que mis padres arremetían de común acuerdo, unidos por el evidente deseo de inculcar una pizca de virtud en su cínico hijo. Tras mirarme significativamente, uno le

decía al otro: «No me importa lo que diga la gente; yo creo que los Ames son buenas personas», o le preguntaba: «¿No te parece que el señor Cox es una *buenísima* persona?»; o bien, de manera aún más absurda, se limitaba a exclamar: «¡Qué *buena* es la gente!». Yo me acurrucaba en la silla, como una tortuga que se mete en su caparazón, y les miraba con insolencia hasta que finalmente mi madre le decía a mi padre, muy preocupada: «Me temo que Bob necesita algunas lecciones elementales de caridad cristiana».

Claro está que yo nunca pensé que ellos no fueran «buenas personas», ni dudaba de su sinceridad cuando atribuían a otros esta imprecisa cualidad; lo que me hacía rechinar los dientes era que mis padres insistían en considerar bondadosos protectores a quienes no eran más que unos opresores: los socios del bufete donde mi padre se mataba trabajando por un salario miserable, mi dictatorial abuela materna, que vivió con nosotros hasta su muerte (e hizo que mi padre se sintiera siempre un huésped en su propia casa), y algunos vecinos ricos de Westchester, que utilizaban a mi madre como esclava en sus campañas de beneficencia, pero que jamás invitaban a la familia Service a sentarse con ellos a la mesa.

Y sin embargo ahí estaba yo, mordiéndome las uñas, por así decirlo, como un chico nervioso de dieciséis años que lleva a su primera novia a casa de sus padres, y aguarda un gesto, una sola palabra, que indique aprobación por su parte. Me hubiera conformado con que dijeran una sola vez que les parecía «buena persona».

—Estoy segura de que Mrs. Sands es una mujer brillante —fue la única concesión de mi madre, y me la otorgó después de la comida, mientras mi padre le enseñaba a Sylvia su pequeña rosaleda.

Como es natural, la actitud de mi madre me puso furioso, y me llenó de dudas. ¿Qué madre no haría sentir de esta manera a su hijo? ¿Quién era Sylvia?, pregunta metafísica que yo me hacía. ¿Existía siquiera? Yo había leído a McLuhan, el pensador canadiense, y había creído entender que, según él, la verdad no es más que la opinión de la mayoría en un momento determinado. Así pues, un delincuente podía ser culpable o inocente según el período histórico que le tocara vivir. Quizá lo que McLuhan quería decir es que las ideas de la gente con respecto a lo que constituye un delito varían con el tiempo, de modo que lo que no era delito en la década

de 1940 lo fue luego en la época de Joe McCarthy. ¿O acaso McLuhan pensaba realmente que un hecho determinado, por ejemplo la copia de un documento oficial, se producía o dejaba de producirse según lo que pensara la gente?

Sylvia actuaba como los músicos de una orquesta, interpretando su partitura según las instrucciones del director. Pero ¿quién era ese director? Ella aparentemente no tenía ninguna opinión propia sobre cómo se debía interpretar la pieza, ni se detenía a pensar que algunos directores podían ser mejores que otros. No obstante, jamás se la veía confusa o indecisa; su rechazo de todo compromiso emocional le daba cierta firmeza de carácter. Su corazón parecía estar siempre al margen, incluso cuando su inteligencia se mostraba más despierta. ¿Pero no se atrofian los corazones que permanecen siempre entre bastidores?

¿Y quién era yo para juzgarla? ¿Acaso no estaba cometiendo adulterio, al menos dos veces a la semana, y con la misma despreocupación con que jugaba al squash en el University Club? ¿No me creería yo mismo más interesante —al menos ante mis propios ojos— si conseguía sentirme un poco culpable? Cuando acudía a Hawthorne, un autor al que admiro casi tanto como a Pater, advertía que el obsesivo sentimiento de culpabilidad de Hester, que impregna su visión de la ciudad, del bosque y de los torvos rostros de sus perseguidores, era lo que daba a *La letra escarlata* su incomparable belleza. ¿Y culpable de qué? ¿De haber hecho el amor con un hermoso pastor, un religioso, cuando se sentía sola y abandonada, y creía que su marido había muerto? No. Hester no aceptaba el juicio de sus padres como tal juicio, sino como un hecho. Ella *era* lo que había hecho, y tenía que vivir su culpa porque su culpa era ella. Y yo, como Sylvia, vivía sin experimentar culpa alguna. ¿Sería eso lo que nos hacía a ambos un tanto huecos, superficiales a veces?

XIV

Mi relación con Ethelinda era cada vez más estrecha, tanto —si no más— como su relación con Sylvia. La anciana dama quería que Sylvia y yo pasáramos con ella tanto tiempo como fuera posible, y los fines de semana nos llevaba en avión a su blanca y reluciente casa en las dunas de Southampton. Pero también quería comer a solas conmigo, y me llamaba con frecuencia al despacho para contarme el último chisme que acababa de oír, o chistes que casi siempre eran verdes. Sylvia no parecía celosa en absoluto; por el contrario, alentaba nuestra creciente intimidad. Me recordaba a Kate Croy, un personaje de la novela de Henry James *Las alas de la paloma*, que estimula la relación amorosa de Merton Densher con una rica heredera moribunda, Milly Theale, para que él herede la fortuna de la muchacha y la comparta con Kate. Sylvia, claro, no planeaba hacerme casar con Mrs. Low. Ethelinda se conservaba maravillosamente, pero si me guiaba por los escasos datos biográficos que había podido averiguar, tenía unos ochenta años.

Yo empezaba a conocerla bastante bien. Tenía grandes cualidades, pero también flaquezas. Es cierto que dirigía sus residencias con la eficacia de un capitán de barco (los ceniceros se vaciaban a la primera colilla, los cojines se mullían apenas alguien se levantaba), que nunca se olvidaba del plato favorito ni del tema de conversación preferido del invitado de honor; que le preocupaba la política, apoyaba a cualquier candidato honesto; que recorría los barrios bajos y los hospitales para supervisar los efectos de su munificencia. Pero también es cierto que era una incorregible chismosa que sentía terror, pánico casi, ante la soledad. Era capaz

de cualquier cosa con tal de no pasar una noche a solas. Pese a que se la consideraba una fortaleza difícil de escalar para un arribista, la realidad es que cualquiera que se ofreciera a llenar un espacio «difícil» de su agenda la tenía a su disposición. «¡Querida, no se puede ser tan estirada, hay que conocer gente nueva!», era su contestación cuando Sylvia le reprochaba que fuera a cenar con cualquier indeseable. También me daba cuenta de que la preocupación de Ethelinda por la limpieza rayaba en la obsesión. A veces hacía pintar o decorar habitaciones totalmente nuevas y relucientes con el pretexto de que estaban «sucias». Era como si quisiera limpiar y pulir los dorados caparazones que protegían sus viejos huesos hasta el instante mismo en que pudiera colarse en el paraíso.

—Piensa en la infancia que tiene que haber pasado —me dijo Sylvia cuando yo le comenté esto—. Es como si toda la belleza de la que se rodea no bastara para borrar el recuerdo de aquella suciedad y aquella miseria.

—¿Habla alguna vez de ello?

—Jamás. No es que lo oculte. Algunas veces empieza a decir: «Querida, no te imaginas de qué pocilga salí», pero de inmediato hace alguna observación del tipo de «puedo ayudar a los pobres y a los desdichados porque sé lo poco que se puede hacer por ellos», y allí acaba la conversación.

Otra de las cosas que observé fue que a Ethelinda comenzaba a fallarle la memoria. Un día que estábamos comiendo juntos en el Amboise cometió un desliz notable.

—Nadie sabe el trabajo que significa regalar dinero. Todos suponen que una debería ser capaz de descubrir a los aduladores y a los mentirosos, y no se dan cuenta de que los mentirosos más grandes son precisamente los presidentes de nuestros museos y universidades más importantes. Esos hombres piensan que un fin noble justifica todos los medios. Mire, allí está David King, con esos aires de suficiencia, sonriéndole a ese hombre del Museo Colonial; ahora no recuerdo cómo se llama. ¿Se da usted cuenta de que David se cree todas las zalamerías del otro? ¡Y es tan engreído, total porque dirige su propia fundación! «¿Para qué necesito una gran plantilla, como la de la Fundación Ford? —dice siempre—, ¿acaso no se tarda lo mismo en escribir un cheque de cien mil dólares que

uno de un millón?». Muy divertido. Y todo Nueva York le adora. ¡Tan generoso, con un corazón tan grande! Pero yo apostaría a que la mitad de sus subvenciones va a parar a los bolsillos de unos cuantos estafadores.

—¿Debería hacer como la Fundación Ford, y tener más personal?

—Bueno, Ford es el extremo opuesto; demasiada gente, demasiada burocracia. Y luego está ese peculiar temor a la opinión pública que tienen las fundaciones, y del que deberían verse libres. No, Bob; yo, cuando me muera, dejaré todo lo que tengo a unas cuantas instituciones de confianza, y que hagan con mi dinero lo que quieran. Que construyan edificios o corten césped, ¿qué más da? Aunque yo dispusiera otra cosa, encontrarían la manera de eludir mis restricciones. Lo único que puedes hacer es elegir las mejores, aunque es probable que ni siquiera éstas resulten demasiado buenas.

—¡Ethelinda! —protesté—. ¿Qué ha sido de aquel fondo de beneficencia, el que Sylvia iba a administrar?

—¿Un fondo de beneficencia? ¿Con Sylvia? ¿De qué está hablando, jovencito? Me parece que me confunde con otra viejecita a la que se quería ligar después de unas cuantas copas. Le voy a decir a Sylvia que no le saque tanto a pasear por las noches.

No insistí más, y dejé que me hablara del joven y guapo secretario de David King que llevaba a su jefe de la nariz.

—Bueno, no será precisamente de la nariz…

—¡Robert, usted es terrible!

Por la noche le conté a Sylvia que había encontrado a nuestra gran dama un poco fatigada.

—¿Fatigada? ¿Por qué, dijo algo en particular?

—Parecía haber olvidado todo lo que habíamos hablado sobre el fondo de beneficencia. No recordaba ni una palabra…

—Ethelinda es muy vieja, más de lo que la gente cree.

—Ya lo sé, pero ¿te parece que está…?

—¿Qué está cómo?

—Bueno, completamente lúcida…

—Mira, Bob —Sylvia se había puesto seria, y hablaba muy decidida—, Ethelinda está tan lúcida como tú o como yo; quizá su memoria no sea lo que era, pero eso no significa que no esté en su

sano juicio.

—Sí; hasta que la memoria le falle del todo. Una cosa es olvidarte de lo que cenaste anoche y otra muy distinta olvidar la pregunta antes de responderla.

—A Ethelinda le falta mucho para llegar a ese estado.

—¡Está bien, está bien! ¿Pero por qué te pones tan seria?

—Porque ella ya habla de la posibilidad de que también tú seas designado administrador del fondo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Tú y también Gil Arnheim. Nosotros tres seríamos los fideicomisarios. Sé que lo ha estado hablando con Gil.

—Pero si me habías dicho que él le estaba dando largas al asunto. Tal vez le preocupe la posible incapacidad testamentaria de Ethelinda.

—No, no es ésa la razón. Arnheim no quiere que participemos en ese negocio. Quienes administren el fondo de beneficencia de Ethelinda serán tenidos muy en cuenta en la ciudad. ¡Y nosotros seremos dos sobre un total de tres!

—Eso quiere decir que podríamos utilizar la filantropía para escalar posiciones en estas esferas.

—No, querido, no. —Sylvia suspiró como si estuviera tratando con un niño pesado—. ¡Me has hablado tantas veces de tu inmaculada honestidad! No deberías ser tan insistente; la gente puede comenzar a hacer preguntas. Y si insinúas que yo soy menos escrupulosa que tú, me ofendes. Puedo asegurarte que el fondo será administrado con ejemplar honestidad. Sólo que nosotros seremos los administradores; eso es todo. Ethelinda, en plena posesión de sus facultades mentales, cambiará su testamento y designará a Arnheim y a ti albaceas testamentarios, y a ti, a Arnheim y a mí, fideicomisarios del fondo de beneficencia. ¡Es fundamental que todos la creamos en plena posesión de sus facultades!

—¿Aunque no lo esté?

—¡Bob, te mataré si me arruinas este plan! ¡Es perfecto! Ethelinda estará en plena posesión de sus facultades cuando haga ese testamento. ¡Créeme! Ni Arnheim ni yo le permitiremos que lo haga en uno de sus días malos. Como abogado, no ignoras que una persona puede tener momentos de mayor o menor cordura, ¿no es así?

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, se trata de elegir uno de los momentos en que esté cuerda, ¿no crees?

—A no ser que el testador esté por completo incapacitado. ¿Y qué pasará con la familia? ¿No impugnarán el testamento?

—¿Te refieres a los sobrinos de Ethelinda? Es verdad que tiene algunos. No, no lo impugnarán. Si lo hicieran, quedarían anulados los considerables legados en dinero contante y sonante que van a recibir. Y si llegaran a impugnarlo, y por uno de esos milagros tuvieran éxito, lo único que conseguirían sería resucitar uno más antiguo por el que también deja toda su fortuna a la beneficencia. Así que cogerán sus legados y se callarán.

—Ya veo; todo encaja. ¿Y por qué habría de secundar tu plan Mr. Arnheim?

—Porque él será albacea testamentario, y también administrador.

—¿Y porque tiene miedo de lo que puedas hacer si no coopera?

—Claro que tiene miedo. No voy a hacer nada, pero no tengo por qué decírselo, ¿no te parece? Que piense lo que quiera. Yo sé que Ethelinda desea hacer este cambio en su testamento, o que así lo dice la mayor parte del tiempo. Quizá cambie de idea, pero ¿es ésta una razón suficiente para no llevar a cabo su proyecto actual, un proyecto tan sensato? Teniendo en cuenta, además, que su dinero será utilizado igualmente con fines benéficos. La única diferencia es que tú y yo nos convertiremos en personas importantes. No hay nada de malo en ello.

¿No? Aquella admirable criatura lo tenía todo muy bien pensado. Era un plan a toda prueba. Los Low no eran herederos forzosos de Ethelinda, ni parientes próximos; no tenían ningún derecho a impugnar su testamento. Y a los parientes directos de Ethelinda se les tapaba la boca con legados cuantiosos y la perspectiva de perderlo todo al menor intento de chistar. Y nadie salía perdiendo. El nuevo testamento dispondría la constitución de un fondo para obras de beneficencia. Solamente Sylvia Sands y Robert Service advertirían la diferencia. ¿Acaso perjudicaba a alguien que ellos participaran en la honrada y concienzuda distribución de aquel tesoro? Naturalmente que no. Los ojos de todo Nueva York estarían puestos en Sylvia y Robert.

—Todo encaja —repetí—. Todo encaja incluso *demasiado* bien. ¿Y no vamos a tener comisión?

—¡Claro! ¿Y por qué no? ¿Acaso no nos la habremos ganado? No me interpretes mal, Bob. ¡Espero ser una excelente administradora!

¿Quién podía dudarlo? Yo no, por cierto.

XV

Entretanto, en el despacho yo me las veía con ciertas dificultades. Probablemente a causa de que, debido a mis obligaciones sociales por un lado y a mi propio trabajo como abogado por el otro, había tenido muy poco tiempo para dedicarlo a la dirección del bufete. Incluso había llegado a faltar a una de las comidas de trabajo de los socios, dejando que el sarcástico Doug Hyde me sustituyera en la presidencia de la mesa. Con todo, y aunque hubiese faltado a una reunión, me sentía con derecho a revisar cualquier decisión que hubieran tomado los allí presentes. Al fin y al cabo, el sesenta y cinco por ciento de la facturación del bufete, según mis cálculos, dependía de mí.

Doug me advirtió que se estaban gestando conflictos en nuestras filas. Algunos de los socios más recientes comenzaban a protestar por lo que ellos llamaban mi «arbitrariedad». Su jefe era un joven abogado de treinta años, el socio más reciente, al que yo mismo —¡ay de mí!— había fichado. Oswald Burney era un «niño prodigio» alto y guapo, perteneciente a la élite de la *Harvard Law Review* e hijo de un juez federal, que había preferido nuestro bufete a otros más importantes porque juzgaba que éramos más «jóvenes y prometedores». Desde su primer día como socio, Oswald había considerado oportuno dirigirse a todos los demás como si él fuera uno de los fundadores del bufete.

Oswald Burney no tenía reparos en criticar la orientación que yo pretendía imprimir al bufete, y la calificaba de «larga marcha hacia la uniformidad». Advertía a socios y pasantes que en todas partes los abogados estaban empezando a olvidarse de la abogacía como

de una profesión noble y liberal, y dejando que degenerara poco a poco en «un negocio más». Había algo que me irritaba especialmente, y era que Oz, como le llamaban, no parecía darse cuenta en absoluto de lo mortificantes que me resultaban sus homilías; él daba por supuesto que todos éramos lo que denominaba «hombres de buena voluntad», y que con unas pocas charlas sinceras hasta el mismo Bob Service opinaría como él. Oz aún tenía mucho que aprender.

—Yo no lo subestimaría —me advirtió Doug—. Oz ejerce una especie de fascinación mágica sobre los socios más jóvenes.

Yo sabía que Doug era mi más firme sostén en el despacho. Más flemático y conciliador que yo, inspiraba por consiguiente mayor confianza, pero detrás de aquel rostro serio e imperturbable, de la mirada a veces burlona de aquellos ojos, se ocultaba la profunda convicción de que yo mandaba un barco con mano de hierro, y de que con toda seguridad haría prosperar a Douglas Hyde, el ambicioso padre de seis niños.

—Ojalá utilizara su hechizo para conseguir clientes nuevos —repliqué.

—¿Sabes cuál sería la jugada maestra? Ponerlo en el consejo de administración.

—¿Te has vuelto loco?

—No; hablo en serio. Si lo pones en el consejo, los socios disconformes verán en él a su portavoz. Y tú de todos modos seguirás teniendo la mayoría. Piénsalo bien.

—Te voy a responder ahora mismo; el día que Oz entre en el consejo, yo me largo.

Doug movió negativamente la cabeza.

—Esa no es la manera de manejarlo. Tienes que aprender a transigir, Bob.

—¿Transigir? ¿Teniendo el poder en mis manos?

—Pues sí, mientras todavía lo tengas.

—Doug, me parece que no te das cuenta de que el bufete me necesita a mí muchísimo más de lo que yo lo necesito.

—De acuerdo, pero la gente hace cosas muy raras cuando piensa que se abusa de ella.

—Pues nadie abusa de ellos.

—He dicho cuando lo piensan.

Por cierto que Oz Burley no parecía en absoluto dispuesto a «esfumarse», como el mago que lleva su mismo nombre. Había cogido la costumbre de arengarnos durante las comidas del bufete como si fuésemos alumnos de un seminario en torno a un profesor erudito. Me enfurecía incluso su buena disposición. ¡Era tan sensato! Y esperaba de nosotros la misma sensatez. Me sacaba de quicio aquel rostro delgado y atractivo, inclinado sobre unas notas que tenía la audacia de traer a la mesa; aquel titubeo, que seguía el mismo compás de su testarudez; y ese aire de dar por supuesto que pertenecíamos al sector ilustrado de un universo oscurantista. ¿Cómo tenía el descaro de situarse a mi altura, siendo yo quien lo había puesto allí? Pues lo hacía. He aquí un ejemplo de sus peroratas.

—Creo que es mi obligación poner en conocimiento de los socios que algunos de los bufetes más importantes de este país han optado por una distribución equitativa de las ganancias. Según este sistema, cuando un abogado es hecho socio tarda un tiempo, digamos unos tres o cuatro años, en ganar la suma media establecida, y lo mismo sucede cuando ya es viejo y está a punto de jubilarse; en ese caso, la cantidad establecida va disminuyendo gradualmente. Pero durante la mayor parte de su vida productiva comparte las ganancias a partes iguales con los demás socios del bufete. A mí me parece una idea muy atractiva. Deberíamos trabajar todos con un mismo objetivo; que uno de nosotros haya perdido un caso difícil, en tanto que a otro le ha tocado en suerte un caso de herencia, no debería incidir en nuestras remuneraciones. Se da por sentado que todos los socios trabajan lo mejor que pueden.

¿Qué había en él que sacaba a relucir lo peor de mí mismo?

Caí en la cuenta de que le respondía desde la otra punta de la mesa:

—Oz, ¿dónde está la diferencia entre su sistema y el que Lenin concibió para la Unión Soviética?

—Nuestro «comunismo», si ésa es la palabra, es un acuerdo privado, y no algo impuesto por el estado. No se le puede llamar «proletario» al socio de un próspero bufete que gana medio millón de dólares al año.

—Pero el socio gandul gana lo mismo que el que se mata

trabajando para conseguir nuevos clientes.

—Si un socio es un gandul, tendría que dejar de ser socio —replicó tranquilamente Oz—. Me refiero a un bufete donde todos obramos de común acuerdo. Si un cliente no paga, deberíamos renunciar a él, a menos que nos interese cara a la imagen del bufete, o que se trate de un servicio a la comunidad. Y si ése es el caso, no tiene por qué convertirse en un castigo para el socio que se ocupe de él. Piénsenlo, caballeros. ¿No sería agradable ejercer la profesión sin estar calculando a cada instante si estamos cobrando tantas horas como Bob Service?

El murmullo que se oyó alrededor de la mesa dejó bien claro que Oz había logrado su objetivo.

No mucho tiempo después de este episodio, y tal como Doug lo había previsto, se puso en marcha el mecanismo preciso para llevar a Oz al consejo de administración. Les hice saber que si tal cosa sucedía, yo dimitiría del consejo, pero no conseguí con ello el esperado efecto disuasorio.

—Tienes que aceptarlo, Bob —me aconsejó Doug—. A los jóvenes no les importa que dimitas del consejo. Piensan que eres demasiado mandón. Claro está que si creyeran que te vas a marchar del bufete renunciarían al asunto de Oz. Pero se imaginan que no llegarás a tanto; que desde tu punto de vista no valdría la pena disolver el bufete por una cuestión tan poco importante.

—Esos chicos no me conocen —dije con encono.

—La verdad es que no valdría la pena, ¿no crees? Y, de hecho, será más fácil dominar a Oz dentro del consejo de administración que fuera de él.

—No es ésa la cuestión, Doug. Me he matado trabajando para crear un bufete que funcione perfectamente, pero no para que un mocoso me pida que me justifique cada vez que me sueno la nariz o voy al lavabo.

—Creo que, llegado el caso, podrías perder una votación.

—¿Hablas en serio?

—Sí; por un margen muy pequeño, pero podrías perder.

Esa noche, Sylvia y yo íbamos a cenar a casa de Mrs. Low, y por primera vez me disgustaba tener que ir a una de aquellas reuniones. Sylvia me dijo que Ethelinda también estaba fatigada, y que deseaba que después de la cena yo me sentara con ella en un rincón

de la biblioteca. En el pequeño sofá, junto a Ethelinda, no quedaba sitio más que para uno; cuando me senté ella se permitió un gesto insólito, me cogió de la mano. La miré primero a los ojos y luego bajé la vista hasta sus largos dedos con motas de color marrón. Sonriendo, Ethelinda me soltó.

—Discúlpeme, querido. Tan sólo estoy entibiando mis viejos huesos al calor de su juventud. Usted y Sylvia tienen toda la vida por delante. Yo, bueno, después de todo no puedo quejarme. He vivido a fondo. Es una gran cosa no haber malgastado la vida, como hacen muchos.

—Quiere decir que ha hecho todo lo que ha querido, ¿es eso?

Su expresión pensativa y sombría hizo que de inmediato me pusiera tan serio como ella.

—¿Todo lo que usted deseaba de verdad?

—Creo que sí; aunque para tener la libertad de elegir tuve que hacer antes, durante un tiempo, cosas que no quería.

—¿Qué clase de cosas?

—Jovencito, ¿no le parece que ésa es una pregunta muy indiscreta?

—Sí, me imagino que sí; pero usted es una gran mujer, Ethelinda, y esto significa que todo lo sucedido en su vida es interesante. ¿Y para qué perder nuestro valioso tiempo comentando habladurías?

—En eso lleva usted razón. Voy a contarle algo, entonces. Quizá se haya dado cuenta de que soy una gran admiradora de esta dama. —Ethelinda extendió la mano para tocar un busto de porcelana de Madame de Pompadour que se hallaba en un estante a sus espaldas, entre libros encuadernados en tafilete rojo—. Creo que he leído todo lo que se ha escrito sobre ella. ¿Y sabe lo más interesante de su historia? Que era una mujer fría.

—¿Quiere decir sin sentimientos, insensible?

—No, querido. Una mujer fría como amante, en la cama. Y tenía que representar siempre la escena de la pasión; hasta con el rey, que era un amante experimentado y difícil de engañar. ¡Qué alivio no debió de haber sentido cuando descubrió que podía conservar el corazón del monarca y dejar que las putillas del Parque de los Ciervos se encargaran de su cuerpo! Ahora toda Francia era su juguete: los jardines, los palacios, los cuadros y las estatuas; los

libros, las obras de teatro y la música. ¡Y qué maravillas hizo con todo aquello!

Pero yo insistí en lo que me interesaba.

—¿Tenía usted un parque de los ciervos para Mr. Low?

—¡Vamos, Robert! ¿Es que no conoce límites?

—¿Y por qué tendría que haber límites entre amigos, entre amigos de verdad?

Ethelinda sopesó mis palabras, y después se encogió de hombros.

—Cuando me casé con él, Sidney era demasiado viejo para necesitar algo así. Pero mi segundo marido… bueno, *je ne dis pos!*

—¿Y el primero?

—¡Ah, aquello sí que fue amor!

—Y usted estuvo siempre convencida, incluso en los primeros tiempos, de que si alguna vez conseguía todo lo que quería, eso iba a ser maravilloso.

—Sí, siempre estuve segura. Y lo fue.

—¡*Eso es* maravilloso!

—¿No cree que también lo hubiera sido para usted?

Tuve un instante de duda, pero ella había sido sincera conmigo, y se merecía que yo también lo fuera.

—No, no lo creo.

—Entonces, su vida es como la publicidad de esos cruceros de recreo: «Vaya a donde vaya, lo más divertido es llegar hasta allí».

—Llegar *siempre* es lo más divertido.

—¡Vaya! Confiemos entonces en que usted nunca llegue; que su vida sea como un largo viaje por mar.

Cometí el error de insistir en ello. Pero necesitaba saber. ¿Para qué estaba yo trabajando, después de todo? Ethelinda se había transformado en un oráculo, en una pitonisa. Era el mismísimo Delfos.

—¿Está segura de que ama todas esas cosas bellas nada más que por lo que son, por su belleza intrínseca? —le pregunté.

—¿Y por qué otra cosa si no?

—¿Está segura de que no es porque favorecen su imagen? Quiero decir, porque constituyen un magnífico telón de fondo para la gran Ethelinda Low. Ya sé que esto suena muy desagradable, pero no puedo dejar de preguntarme si alguno de nosotros puede escapar

de sí mismo. Aunque si alguien puede decirlo, ese alguien sería usted.

—No sé de qué me está hablando, y sospecho que no quiero saberlo.

Abandoné de inmediato aquel tema y pasé a los cotilleos, y así continuamos hasta el final de la noche. Yo esperaba haber borrado la mala impresión producida durante la charla, pero más tarde me enteré de que no había sido así. En el taxi, Sylvia me preguntó con tono perentorio:

—¿Se puede saber qué le has hecho a Ethelinda, por el amor de Dios? Cuando me despedí se quejó de que la habías acusado de comprar obras de arte para demostrar lo rica que es.

—No dije nada por el estilo —negué, e intenté explicarle lo que realmente había dicho, pero debo admitir que no parecía haber una gran diferencia con lo que le había contado ella.

—Veo que Ethelinda ha dado en el clavo.

—¿Es que no se puede ser nunca serio en este mundo vuestro? —protesté exasperado—. ¿Nunca tenéis hambre de un poco de sinceridad, de un poco de verdad?

—Sí, pero tal como aconseja Benchley, cuando se siente la necesidad de ejercicio físico, nos quedamos muy quietos hasta que ese sentimiento desaparece. ¿Cuántas veces tendré que decirte que no puedes permitirte expresar ningún sentimiento hasta que no estés en la cumbre?

—Y entonces quizá ya no quiera hacerlo.

—Tal vez no. Es un riesgo que tienes que correr.

—Lo siento, Sylvia. Esta noche estaba demasiado fatigado para salir; tuve un mal día en el bufete.

—¿Otra vez el señor Burley?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Porque empiezo a conocerte como un libro abierto, querido. —Ya habíamos llegado a su casa—. Sube a tomar una copa y me lo cuentas todo. Pero nada más que una copa; los dos estamos cansados.

Sylvia escuchó callada y atenta, como era su costumbre, mi relato de las iniquidades de Oz Burley. Sabía que ella no entendía en absoluto mi necesidad de gobernar el bufete exactamente tal como era mi deseo. Para Sylvia la abogacía era un negocio más —

como hubiese dicho Burley—, ¿y acaso los negocios no se podían llevar de muchas maneras? Pero ella siempre encaraba de manera muy realista los problemas que se le presentaban, incluso aquellos que rayaban en lo irracional.

—Creo que deberías deshacerte de él, y me parece que sé cómo puedes hacerlo. Que se pierda. ¿Notarías su falta en un bufete tres veces mayor que el tuyo?

—Es probable que no, ¿pero cómo lo hago crecer de golpe? ¿O me estás sugiriendo una fusión?

—Yo no, sino Gil Arnheim, el abogado de Ethelinda. Me ha estado sondeando últimamente. Arnheim comienza a pensar que eres el abogado joven más enérgico de la ciudad, y sospecho que pretende apoderarse de ti, ahora que todavía puede. Y, naturalmente, prefiere estar con nosotros antes que en contra y enfrentarnos en el asunto de Ethelinda.

Yo apenas podía respirar, algo que me había sucedido otras veces, cuando mi carrera estaba inesperadamente en juego. Pero mi cabeza, como siempre en esos momentos, se mantenía fría y despejada. Miré fijamente a Sylvia.

—¿Arnheim me quiere a mí, o quiere el bufete?

—Te quiere a ti, pero para conseguirte estaría dispuesto a tomarlo todo. ¿Habría inconveniente en dejar de lado a Mr. Burley cuando se realice la operación?

—No.

No habría ningún inconveniente, pero tampoco lo habría si se quedase. Después de lo que me había dicho Sylvia, lo de Oz Burley era una nimiedad. Arnheim y Buttrick era un bufete dos veces más grande que el nuestro; si nos uníamos seríamos uno de los principales bufetes de la ciudad. Ellos tenían importantes secciones especializadas en pleitos y testamentarías, y ésos eran precisamente nuestros puntos débiles. ¡Aquel arreglo sería algo celestial! Bueno, si es que el cielo tenía algo que ver con un hombre como Gil Arnheim. Para mis adentros me prometí que una de las condiciones sería que el nuevo bufete se llamara Arnheim, Buttrick y Service.

—Creo que algunos de mis socios se resistirán a ser tragados por Gil Arnheim.

—¿Aunque sepan que van a estar cómodos y calentitos en su tripa?

—Sí, pero el problema en su reputación. Los de su bufete tienen fama de astutos.

—Tenía entendido que un abogado, cuanto más astuto, mejor.

—Hasta cierto punto. Ellos están en el límite de lo permitido.

—¿Quieres decir que son maleantes?

—No, no he dicho tanto.

—Ethelinda no contrataría a un bufete de abogados tramposos.

—Bien, digamos que a Ethelinda le gusta ganar.

—Creo que no te comprendo, Bob. Me vienes con que tú siempre estás dentro de la ley, a veces *apenas* dentro. Y hasta te jactas de ello. ¿Y no hace lo mismo Gil Arnheim?

Eso me hizo pensar. No me gustaba que me colocaran en el mismo bando que Arnheim y, no obstante, mi intención era pertenecer «oficialmente» a la misma pandilla. ¿O no lo era? Cambié inmediatamente de tema.

—Si la fusión se lleva a cabo, obtendrías una suculenta comisión. ¡Qué buena negociante eres, Sylvia!

—No te preocupes, que de mi comisión me ocuparé yo. Y como veo que ya te has terminado la copa: buenas noches, querido.

XVI

Gilbert Arnheim y yo tuvimos un par de comidas preparatorias antes de que ninguno de los dos llevara a otros socios a posteriores reuniones de carácter más explícito. Entretanto, descubrí que el abogado de Ethelinda me agradaba. Era un hombre bajo y grueso, de cabellos espesos y cortados al rape, y una cara redonda y agradable de ojos que, cuando no se mostraban alegremente tranquilizadores, parecían extrañamente ansiosos. Se retorcía las manos y se las frotaba todo el tiempo, mientras me aseguraba que tal o cual cosa había quedado «perfectamente entendida»; que aquello era «coser y cantar», y que él lo había hecho un centenar de veces. Y era muy fácil creerle; no había nada de falso o de pretencioso en aquel hombre. Gil Arnheim era así de transparente.

Cuando expuse la oferta de fusión a mis compañeros, tuve cuidado de no dejar traslucir más que un discreto entusiasmo. Hablé del asunto en detalle en una de nuestras comidas de trabajo, explicando cuáles podían ser las ventajas y las desventajas. Señalé que a diario veíamos que los gigantes sobrevivían, mientras que los enanos estaban en franca decadencia, y que los bufetes de éxito, al igual que las empresas, eran los más grandes. Por otra parte, me anticipé a las objeciones de Oz Burley y su camarilla al reconocer que en una fusión de este tipo había que dar por seguro que perderíamos parte de nuestra personalidad. No pensé que fuera necesario añadir que era precisamente de esa «personalidad» de lo que yo quería librarme.

Me sorprendió que fuera Peter Stubbs el que encabezara la oposición; una oposición que yo, por otra parte, preveía

minoritaria. Peter había asistido a dos de las reuniones con Arnheim, y no había dicho una sola palabra que indicara que estaba en contra del proyecto.

—Me doy cuenta con absoluta claridad de que esta fusión tentará a muchos —dijo, en un tono tan mesurado como el mío. Todos aparentábamos mantener la calma—. Y añado que mi independencia económica con respecto al bufete me hace menos vulnerable a esa tentación. Si nuestro bufete se deshiciera, o fracasara, yo podría sobrevivir sin problemas. De modo que para mí no constituye un aliciente el que esta fusión mejore nuestra situación económica. Sucede que no quiero ejercer mi profesión con la clase de hombres que forman Arnheim y Buttrick. Y no creo que valga la pena que intente explicarles por qué pienso así, ya que no puedo demostrar nada contra ellos. Sólo es una intuición, un presentimiento, algo instintivo; lo que ustedes quieran. Pero esa gente no me gusta.

Siguió una algarabía de voces que querían saber qué era lo que a Peter no le gustaba, mientras que yo permanecí en silencio. Cuando la gente no tiene argumento más sólido que la intuición, hace el ridículo a poco que se la deje hablar el tiempo suficiente. Unos cuantos socios, seducidos por la perspectiva de unos mayores ingresos y con más garantía, comenzaron a interrogar a Peter con cierta dureza. Cuando terminó la reunión yo estaba bastante seguro de que el proyecto había tenido un buen arranque.

Fue precisamente Oz Burley quien me lo confirmó, aunque de una manera muy poco lisonjera, mientras íbamos de regreso al despacho.

—Bien, Bob, me parece que ya puede redactar los documentos de la fusión.

—¿Cree usted que están a favor de la fusión?

—Creo que *usted si* lo está, y que serán bastante los socios que le apoyen.

—Pienso que es una fusión muy conveniente para el bufete —dije, y miré de soslayo aquel arrogante perfil suyo. No había en su expresión ni ira ni resentimiento—. Dígame, Oz, ¿por qué le soy tan antipático?

—Usted no me es antipático; en absoluto. Al contrario, creo que le admiro por ser tan coherente consigo mismo. Pero, precisamente

por eso, usted es el enemigo y tengo que combatirle. Ganará usted, claro está, pero aun así debo luchar.

—¡Por Dios, Oz! ¿De qué está hablando? ¿Por qué soy yo el enemigo? ¿Enemigo de qué, o de quién?

—No vale la pena que se lo explique —me contestó con una sonrisa casi benévola—. Si lo comprendiera, ya no sería el enemigo. Además, es un asunto que sólo me concierne a mí, no es cosa suya.

—Bueno, tal vez en el nuevo bufete aprendamos a ser amigos.

—Creo que si yo me incorporara al nuevo bufete sería posible, y hasta diría que probable. Así que para evitarlo me mantendré totalmente al margen. —Burley sofocó una risita y continuó—. Tendré que ir a hablar con Peter Stubbs. Tal vez él y yo hagamos algún apaño.

Se dio prisa para alcanzar a Peter, que caminaba un poco más adelante. Pero debo decir que por mucho que me disgustara aquella breve y desagradable conversación, no fue nada comparado con lo que me esperaba esa noche junto a Sylvia.

Mi amiga tenía una cena —con un cliente nuevo— a la que yo no debía asistir, y habíamos quedado en que iría a tomar una copa a su piso antes de que ella saliera. Cuando llegué, ya estaba vestida, y parecía muy ansiosa por contarme un montón de interesantes y recientes acontecimientos.

—Adivina lo que ha pasado —me dijo.

—El Papa te ha contratado; el Vaticano está reuniendo fondos.

—Muy gracioso. Escucha: Ethelinda se dispone a firmar ese nuevo testamento.

—¡Dios mío! ¿Y cuándo?

—Muy pronto. Con eso, y con la fusión, Sylvia Sands ya podría entonar por fin su *Nunc Dimittis*.

—Pero yo creía que esto era un comienzo, no un final.

—Exactamente. La que dimite es Sylvia Sands, y será Sylvia Service la que empiece de cero.

Me quedé mudo. ¿Pero es que no sabía que tarde o temprano esto iba a suceder? Visto desde ahora, creo que en ese momento sólo era completamente consciente de que nunca me había sentido más lejos de Sylvia.

—Yo todavía estoy casado, por desgracia —dije por fin cuando conseguí recuperarme.

—¡Como si no lo supiera! Bob, no eres el único que entiende de leyes. Gil Arnheim ha puesto a mi servicio a una joven y encantadora abogada de su bufete, que se especializa en derecho matrimonial, y ella me garantiza que puede conseguirte el divorcio en cuarenta y ocho horas a partir del momento en que tú y Alice firméis un acuerdo de separación.

—¿Y Alice firmará?

—Sabes que sí, y yo también. He hablado con ella y me ha prometido que no nos causará el menor problema. Mañana mismo podéis firmar el acuerdo para la separación. Concédele todo lo que pide; sus demandas son de una modestia absurda. ¡Y nos podremos casar el viernes!

Al ver que yo no decía nada, sino que continuaba mirándola fijamente, los ojos de Sylvia se convirtieron en algo que sólo puedo describir como bolas de fuego echando chispas.

—¿No quieres casarte conmigo? ¿Es eso lo que intentas decirme, Robert Service, que no quieres casarte? ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¡Por Dios, sal de aquí antes de que te mate!

—¿No podemos hablar de esto como personas sensatas?

—¡No! ¡Y no vayas a pensar que Ethelinda firmará el testamento si no nos casamos! O que se realizará la fusión de los bufetes si ese testamento no está firmado. ¿Crees que soy tan estúpida? ¿Acaso has pensado que soy tu esclava?

Ya sé que en una obra literaria se considera un recurso artificial y afectado que un personaje, en un momento de crisis, compare su situación con la de otro personaje de una obra de teatro o novela. A mí, no obstante, me sucede con frecuencia. Tal vez sea una debilidad, y tendría que entregarme sin pensarlo a mis propias emociones y a las de la persona con quien estoy apasionadamente de acuerdo o, como en este caso, en un desacuerdo no menos apasionado. Pero no soy así, y de inmediato acuden a mi mente situaciones semejantes. Y en aquel momento —que Dios, o el Principio Universal, o el Alma del Universo me ayuden— me acordé de la sultana Roxane, la fogosa malvada de *Bajazet*, una tragedia de Racine. Roxane, antes de lanzar sus ejércitos contra el hermano de Bajazet para destronarlo y llevar a éste al poder, le ofrece una elección: matrimonio o muerte. Y, como los de Bajazet, mis pensamientos se dirigían hacia la amable Atalide, o Alice.

—Ya hablaremos mañana —le dije a Sylvia mientras me levantaba para marcharme.

—¡Hablarás ahora mismo! Bob, ¿te das cuenta de todo lo que he hecho por ti?

—Ya hablaremos mañana.

—¡Tú no te vas de esta casa, hijo de perra! Eres un…

Sylvia se había situado entre la puerta y yo, pero la hice a un lado y bajé por las escaleras, sin esperar el ascensor. Oí un estallido a mis pies, y vi los escalones llenos de trozos de cristal. Sylvia me había arrojado uno de sus preciosos jarrones a la cabeza. Salí disparado hacia la noche, dando gracias a Dios por la mala puntería de Mrs. Sands.

XVII

El que Oz me calificara de «enemigo» me había sorprendido y disgustado tanto como la ira frenética de Sylvia. Yo siempre había pensado que si los demás pudieran conocer mis pensamientos más íntimos, probablemente me considerarían su enemigo, pero también había dado por supuesto que a mí me sucedería lo mismo si yo pudiera adivinar los suyos. Pensaba también que es tan grande la diferencia entre lo que los hombres entienden por «naturaleza humana normal» y lo que esa naturaleza realmente es, que cuando por casualidad perciben la verdad de un individuo sacan de inmediato la conclusión de que tiene que ser una mala persona. En realidad, lo que me preocupaba de la opinión que Oz tenía de mí, era que yo nunca había dejado traslucir ante él mis pensamientos secretos; Oz los había deducido de mis actos.

A decir verdad, la escala de valores de Oz me merecía una pobre opinión, pero el episodio me trajo el desagradable recuerdo de otras dos ocasiones en las queme habían hecho sentir una especie de ser malvado. La primera se remontaba a mi niñez, cuando tenía doce años, y supongo que su importancia se debió a que la crítica venía de mi madre, que en una disputa entre mi abuela materna y yo había tomado partido por su propia madre sin dudarlo un instante.

La abuela Evans era una «gallarda» viuda venida a menos que vivía con mis pacientes y sufridos padres. Supongo que poseía una suerte de marchita hermosura, aunque yo, con mi visión adolescente, pensara que en una mujer vieja la hermosura era de una absoluta falta de lógica. Pero su pelo plateado peinado en un moño alto, sus ojos de un delicado color gris y sus suavísimas

mejillas eran muy agradables. Hacía grandes aspavientos de que no quería ser una molestia ni esperaba favores especiales, y decía continuamente «ya sé que si sólo tienes dinero para cerveza no puedes beber champán», y que, gracias a Dios, la habían educado para que no se creyera ni un ápice mejor que nadie. Con todo, sus «dolorcillos de cabeza» y sus «malditos catarros» le daban derecho a que la sirvieran en bandeja —¡y en la cama!— y a solicitar mis servicios como recadero para que fuera y volviera repetidas veces a la farmacia. Era de esas personas que cuando tienen un pequeño derrame cerebral, o un ataque cardíaco, sostienen luego con una especie de orgullosa coquetería que «aquello no ha sido nada, una tontería», y miraba con desprecio al que osara decirle que llevara paraguas y chanclos porque parecía que iba a llover. Pero pronto sospeché que todos esos aires que se daba no eran más que la máscara que ocultaba una hipocondría devoradora y un pavoroso miedo a la muerte.

Me enfurecía que mis padres se dejaran embaucar por todo esto. «¿No te parece que mamá es un encanto?», se decían si la anciana tomaba una copa de más que la achispaba y la volvía todavía más charlatana que de costumbre. Habían hecho de ella un ídolo, y los ídolos, cuando son humanos, están ávidos de adoradores. La abuela tenía muy buena vista para los incrédulos, y le cobró a su único nieto una temprana antipatía, que, de más está decirlo, era sinceramente correspondida.

Por lo general mis pequeños combates con la abuela terminaban en un empate, pero uno tuvo un final más grave.

Mi madre me había pedido desde la cocina que fuera al colmado a por algo que se le había olvidado comprar, y supongo que eso me había puesto de mal humor. La abuela y yo estábamos solos en la galería; ella con su labor y yo con mi novela de Dumas.

—¿No vas a hacer ese recado, Bobby?

—Cuando sea el momento.

—Tu madre ha dicho que quería que fueras ahora.

—¡Ya iré!

—¿Qué manera de hablarme es ésa, jovencito?

—Perdona.

—Y cuando tu madre te pida algo, procura hacerlo de mejor humor.

—¿Y por qué?

—¿No quieres demostrarle que reconoces todo lo que ha hecho por ti, y que la quieres? A que sí.

—Pero ella ya lo sabe.

—Quizá no siempre sabe lo mucho que la quieres.

—Creo que eso sí que lo sabe.

La abuela me dirigió una mirada de censura.

—Entonces tendrías que hacerle sentir que la quieres todavía más.

—Pero eso sería mentir…

—No, Bobby, porque si te esfuerzas acabarás dándote cuenta de que la quieres más, de verdad.

—¿Y por qué tengo que quererla más? ¿No es suficiente el cariño que le tengo?

—El cariño nunca es suficiente; cuanto más, mejor. Por otra parte, jovencito, el que le tienes a tu madre podría aumentar un poco.

—¡Quiero a mamá tanto como tú!

—¿Cómo yo? ¿A mi hija? ¿Cómo te atreves a decir eso? ¡Qué sabes tú del amor de una madre, mequetrefe respondón!

—Sé más de lo que te piensas. Siempre tienes a mamá pendiente de tus menores caprichos. Y he visto cómo esperabas a que ella estuviera cómodamente sentada en el sofá para pedirle que subiera y te trajera el chal.

Cuando la abuela oyó esto comenzó a gemir y a quejarse como si tuviera otro de sus ataques al corazón; se agarraba el pecho y clamaba: «¡Oh, oh, oh!». Estaba fingiendo, por supuesto, pero los viejos hipócritas y llenos de compasión por sí mismos son capaces de excitarse hasta que su estado llega a ser peligroso, nada más que para desquitarse por alguna ofensa imaginaria. Y, efectivamente, la abuela se tomó ese día su revancha, ya que mi madre vino corriendo a la galería para ayudarla a subir a su habitación y meterse en la cama, de la cual no salió durante las siguientes veinticuatro horas.

Mamá esperó a que mi padre volviera a casa, y tuvieron una larga conversación a solas antes de la cena. Después, cuando estábamos comiendo, mi madre pronunció con voz noble y dolida un sermón que, desde luego, había ensayado previamente.

—Bobby, a tu padre y a mí nos preocupa hondamente la manera como has tratado a una pobre anciana indefensa. Le diste donde más le podía doler, y me temo que lo hiciste a propósito. Me resulta imposible imaginar dónde puedes haber aprendido a ser tan cruel.

Yo podría haberle respondido: «¡Lo aprendí de ella!», pero sabía que era inútil; jamás me entenderían. Me di cuenta de que la única venganza efectiva era el silencio, y me mantuve tenazmente mudo. Pero creo que todavía hoy no he perdonado a mi madre.

El segundo episodio, que ocurrió cuando yo tenía diecisiete años, fue mucho más grave porque el crítico era esta vez una persona que yo admiraba. Se trataba de Cy Hawkins, o mejor dicho de «Mr. Hawkins», como siempre le conocí, un profesor de inglés del Instituto Haverstock, en Millbrook, Nueva York, al que asistí durante un año antes de ingresar en la Universidad de Columbia. Pero, y a modo de prólogo a la narración de mi encuentro con Mr. Hawkins, informaré antes al lector sobre mi amistad con Lindsay Knowles.

La familia Knowles vivía en Keswick, no muy lejos de nuestra casa, pero había algunas diferencias, ¡y qué diferencias! Su enorme casona de madera ocupaba toda la cima de una colina, y se llegaba a ella por un largo paseo empedrado a ambos lados del cual crecían los rododendros. Yo había oído comentar a mi padre que los ricos tenían como norma que sus casas no se vieran desde la calle, y desde ese instante comencé a respetar a aquellas personas cuyos domicilios seguían este criterio. Nuestra pobre morada, claro está, era perfectamente visible desde la calle, al igual que las casas de la mayoría de mis compañeros de instituto, pero había unos pocos que disfrutaban de la deliciosa invisibilidad, y yo, envidioso, los identificaba con las puertas de los cercados de Keswick que rara vez atravesaba: pilares de piedra con estatuas de pájaros, animales, o bolas plateadas; grandes columnas que servían de soporte a pesadas puertas de hierro forjado; sencillos postes de madera, y en ocasiones nada más que un claro en un seto bien cuidado, o a lo sumo dos matorrales verdes podados de tal modo que parecieran árboles, lo cual para mi madre era «de mejor gusto». Estas fincas —más tarde aprendí que era más elegante llamarlas simplemente «casas»— me parecían otros tantos campos Elíseos al final de cuyos caminos se alzaban moradas dignas de dioses.

Y me apresuro a agregar que yo no consideraba deidades a los habitantes de esas majestuosas mansiones. A pesar de haber crecido en una cultura obsesionada por las diferencias de clase, tal como lo ilustran las novelas de Fitzgerald, Marquand y O'Hara, y ser amargamente consciente de todos los clubes que no me aceptarían como socio y de los colegios exclusivos de la élite, jamás abrigué el menor sentimiento de admiración por los ricos, ya fuesen nuevos o antiguos, ni sentía envidia alguna de su aplomo cuando pedían la comida en un restaurante caro o la soltura con que actuaban de maestros de ceremonia en un banquete de bodas. Mis contemporáneos y yo queríamos lo que tenían los ricos, pero estábamos satisfechos con nuestros modales y nuestras costumbres, y no teníamos intención de cambiarlos. A nosotros, y en esto éramos muy diferentes de Gatsby, no nos hubiera impresionado Daisy Buchanan; solamente su fortuna. Y no creo que pensáramos de esta manera porque pertenecíamos a una generación muy posterior a los autores que he citado antes, sino porque preferíamos remitirnos a un escritor anterior a ellos, Dreiser.

Mis padres, que tenían con respecto a sus progenitores un exagerado sentido de la responsabilidad, y que mantuvieron a sus respectivas madres durante los largos años de su vejez, sólo pudieron pagarme un año de internado, y eligieron Haverstock porque ahí aceptaban incluso a muchachos que estuvieran en el último año de la escuela secundaria. Yo sabía que, en lo que se refiere a relaciones sociales, lo iba a pasar muy mal, pues todos los chicos tendrían ya sus camarillas y grupos de amigos, y por eso el verano anterior a mi ida al internado decidí hacerme amigo de Lindsay Knowles, que estudiaba en Haverstock desde hacía tres años. Yo le había conocido en la escuela pública de Keswick, antes de que le enviaran al internado. Al fin y al cabo, no tenía sentido ir a una de esas caras escuelas «de pago» sin conocer a nadie, y estaba seguro de que Lindsay Knowles sería un líder allí donde fuese.

La empresa no era fácil. Tal como yo con Lindsay, mis padres conocían muy superficialmente a Mr. y Mrs. Knowles. La gente como nosotros era invitada a su casa sólo una vez al año, para la fiesta que daban en sus jardines el 4 de Julio; pero yo había aprendido una regla elemental: si no existe una barrera

infranqueable, como por ejemplo ser negro o indigente, una tenaz insistencia nos permitirá llegar prácticamente a cualquier parte. Comencé a llamar por teléfono a Lindsay para invitarle a nadar o a jugar al tenis en nuestro club hasta que él decidió que, puesto que no había manera de librarse de mí, más valía que me recibiera en su casa. Y, una vez franqueada aquella pesada puerta, no me fue difícil ganarme el acceso permanente a la mansión de los Knowles. Cultivé la amistad con Mrs. Knowles, una mujercita hueca y charlatana que insistía en que fuese a visitarlos y a nadar a su casa cuando yo quisiera, cosa que hice, a pesar del disgusto apenas disimulado de Lindsay.

Lindsay era un camaleón que adoptaba con facilidad las características de cualquier grupo en el que se encontrara. Podría haber sido guapo si hubiese pesado diez kilos menos; aun así, era un joven alegre y de aspecto agradable, con una cara redonda y pecosa, el pelo rubio y rebelde que le caía sobre la frente y unos ojos de color azul grisáceo que miraban chispeantes y divertidos, o fríos como el hielo, según su humor. Cuando estaba con otros chicos era conciliador, bromista y muy desvergonzado, mientras que con los adultos se mostraba cortés, con un toque de exageración que provocaba sonrisas amistosas, porque era algo consciente y calculado para producir precisamente esa reacción. Cuando se hallaba a solas con algún amigo íntimo —como yo mismo descubriría más tarde— podía ser resentido y malhumorado. Lindsay era extremadamente inteligente pero muy haragán; leía poco, pero su memoria perfecta retenía lo leído palabra por palabra. Su desenvoltura con la gente, su lengua afilada y el dinero de su familia, le convertían en el centro de cualquier grupo de jóvenes de la zona de Keswick.

El hecho de que yo escogiera a Lindsay como futuro amigo no era solamente a causa de su condición de antiguo alumno de Haverstock; había otros dos jóvenes en Keswick que estaban en ese internado, y me hubiera sido más fácil relacionarme con ellos. Pero había descubierto algo acerca de Lindsay que sólo conocían sus padres, su médico y él mismo; que padecía una grave enfermedad del corazón. Me había enterado de esto trabajando durante las vacaciones para el médico de la familia Knowles, un buen amigo de mis padres que me había encargado poner en orden sus archivos

según un nuevo sistema, y separar ciertas historias clínicas antiguas para ser destruidas. Así fue como descubrí el informe sobre la enfermedad de Lindsay, donde se decía que había que informar al muchacho de la gravedad de su estado para asegurarse así el cumplimiento estricto del tratamiento recomendado. El pronóstico no era completamente negativo, su estado podía mejorar, aunque no era probable. Se había decidido que sería mejor que continuara haciendo una vida normal en su casa y en la escuela, aunque tendría que evitar ciertos esfuerzos físicos.

Si Lindsay no había revelado a ninguno de sus amigos la amenaza que pesaba sobre su vida —y yo presentía que no lo había hecho, pues era demasiado orgulloso para ello—, ¿no se alegraría de tener un amigo que, sin saber nada de su enfermedad, se mostrara comprensivo con sus depresiones y melancolías, sin que Lindsay pudiera sospechar que esta comprensión estaba provocada por un odioso sentimiento de compasión? Y si yo conseguía ser ese amigo, ¿no sería esto mi «ábrete, sésamo» de una activa vida social en el internado?

A Lindsay parecía molestarle que yo estuviera tan dispuesto a aceptar las invitaciones de su madre, pero el verano era largo y cálido, y los Knowles, sin duda para evitarle esfuerzos innecesarios a su hijo, no dejaron Keswick. Así pues, hubo algunas ocasiones en que le encontré solo, tomando el sol junto a la piscina, y a pesar de su deseo de rechazarme, se alegró de tener a alguien que le hiciera compañía. En mi tercera visita, el tono de la conversación fue casi amistoso.

—¿Por qué vienes a mi casa, Bob? —me preguntó—. No se puede decir que haya sido amable contigo.

—Tienes una piscina enorme y unas espléndidas pistas de tenis, y acepto tu mal humor como el precio que debo pagar para disfrutarlas.

—¿No conoces a nadie más con piscina y pista de tenis?

—Con piscina, sí, pero no con pistas de tenis. Y nadie tiene una piscina tan grande. ¡Es espléndida para hacer largos!

Advertí algo parecido al interés en la mirada de Lindsay.

—Bien, tengo que decir en tu favor que pones las cartas sobre la mesa.

—¿Y no es ése su lugar?

—Bob, ¿por qué vas a Haverstock?

—¿Por qué lo preguntas? ¿No es una buena escuela?

—Lo es; no está mal dentro de lo que son esos internados. Pero no es mejor que el instituto de Keswick.

—¿Quieres decir que lo que te enseñan en esos internados no sirve de nada?

—No exactamente. Las escuelas preparatorias para el ingreso a la universidad son útiles para sacar adelante a los chicos con problemas, a los malos estudiantes. Tienen tantos profesores que pueden ocuparse de ellos uno por uno. Pero ahora ya no aceptan malos estudiantes; ¿para qué sirven, entonces?

No fui tan tonto como para decirle que el internado me podía ser útil para relacionarme socialmente, porque se hubiera burlado de mí.

—Bueno, es mi padre el que quiere que vaya. Yo, personalmente, pienso que los tíos inteligentes aprenden solos. Consígueles los libros necesarios, que ellos se los leerán.

—¿Y tú eres un tío inteligente?

—Lo soy, ¿tú no?

—Bueno, quizá sí —dijo, y durante un momento dio la impresión de que estaba meditando sobre ello con bastante seriedad—. De todos modos, ¿qué importancia tiene? La bomba acabará con todos nosotros.

¿Intentaba consolarse pensando que todo el mundo estaba condenado como él?

—Creo que cuando todos piensan que algo va a suceder, nunca sucede —observé en un tono sentencioso.

—¿Entonces crees que el mundo va a sobrevivir para que Robert Service sea su dueño?

—Y Lindsay Knowles; lo compartiré contigo.

—¿Porque te gusta mi piscina?

—Porque me gusta la piscina de tu padre.

—De hecho, creo que la casa está a nombre de mi madre —dijo, riendo—. Y ahora que lo pienso, hay un profesor en Haverstock que puede enseñarte más que cualquier libro. Es Mr. Hawkins.

—¿Y cómo es Mr. Hawkins?

—Ya lo verás. No se parece en nada a los otros profesores. Él es… Es más auténtico. —De repente, Lindsay se había vuelto tímido

—. Con Mr. Hawkins la poesía es algo más que una lección o que unas frases que citamos para impresionar a la gente. Para él es como una religión, pero no una religión de la que uno solamente se acuerda los domingos, cuando va a misa, sino algo en lo que se cree de verdad. Bueno, no sé…, supongo que no son más que tonterías.

Y eso fue todo lo que pude sacarle sobre Mr. Hawkins. Con todo, era un comienzo, porque a partir de entonces Lindsay me recibía con una especie de amabilidad resignada cuando iba por allí, y hasta me llamó por teléfono una tarde de lluvia para invitarme a jugar al backgammon.

Era muy fácil darse cuenta de que Lindsay no era feliz. A veces se quedaba largo rato en silencio, sin responder siquiera a las preguntas más directas. Un estridente buen humor podía seguir a estos estados, y entonces se reía como un tonto por cualquier cosa que le dijeran. En otras ocasiones se mostraba amargo, extremadamente crítico, casi corrosivo; llegaba a ser mordaz conmigo, sin darse cuenta de que yo nunca le respondía. Aparentemente, Lindsay me aceptaba como a un parásito del que no valía la pena librarse, o tal vez como a una especie de cortesano, pues había algo extrañamente regio en aquel chico. Lindsay daba por sentado que era merecedor de una especial deferencia, no por su dinero (su familia sólo era rica según el nivel de vida de Keswick) o su inteligencia (que no era mayor que la mía), sino porque la probabilidad de una muerte temprana le ennoblecía.

El instituto Haverstock ocupaba un conjunto de edificios de ladrillo rojo bastante feos, construidos en la cima de una colina, y con una espléndida vista del verde y ondulado paisaje de la zona alta de Nueva York. Ingresé en una clase de cincuenta chicos y, tal como había previsto, el apoyo de Lindsay me supuso una valiosa ventaja en el terreno social. Claro está que a veces tenía sus inconvenientes. Lindsay, por ejemplo, era capaz de invitarme a una excursión al campo con alguno de los alumnos más populares del instituto, pero cuando estaba de mal humor también podía burlarse cruelmente de mí delante de todos, e insinuar que era amable conmigo sólo porque éramos de la misma ciudad.

Lindsay, a pesar de todos esos altibajos, me hizo partícipe de su relación con Mr. Hawkins, y los sábados por la noche íbamos juntos al estudio de éste a beber sidra y hablar de poesía.

El profesor de inglés era un hombre corpulento, de grandes y hermosos ojos amables, rostro muy pálido y cabellos rojos, rizados y espesos. Inmóvil, habría semejado la estatua de un discóbolo griego, pero sus gestos y su porte parecían descalificar su aspecto externo; no porque ese exterior fuese (como algunos pensaban al principio) una armadura demasiado brillante para el alma que gemía en su interior, sino por auténtica humildad, por una modestia casi desesperada. Uno se daba cuenta de que Cy Hawkins estaría dispuesto, si no a luchar, sí a morir en la hoguera por una causa, pero que le sería muy difícil convencerse de que el enemigo, o el juez que le condenara, fuera más inocuo que él mismo.

Era un creyente apasionado, muy diferente de aquellos que yo había observado en mi ciudad. Una conversación que tuvimos Lindsay, él y yo un sábado por la noche sobre el poema de Gerald Manley Hopkins *El naufragio del Deutschland*, me reveló la intensidad de su fe religiosa. Mr. Hawkins leyó en voz alta las estrofas en las que la monja, ante la proximidad de la muerte, clama «¡Cristo, Cristo, ven pronto!», mientras el mar azota la cubierta del barco encallado. El profesor leía con tal pasión que parecía a punto de ahogarse; luego, se interrumpió para decir que él creía que en aquel cielo tormentoso se produjo efectivamente la aparición de Cristo.

—¿Quiere usted decir que Él realmente se les apareció, o que Hopkins lo imagina? —pregunté.

—Probablemente las dos cosas.

—Entonces, ¿por qué los demás no le vieron?

—¿Y cómo sabe que no le vieron?

—Los supervivientes lo hubieran contado, ¿no le parece?

—Puede que sólo se le apareciera a la monja —dijo Lindsay—. Eso era frecuente en las visitaciones.

—O quizá sólo podían verle los puros de espíritu —añadí.

—No lo sé —respondió muy serio Mr. Hawkins—. Yo pienso que Él se hizo visible a todos los que miraron. ¡Qué experiencia inefable!

—Bastante fría y húmeda, sin duda.

—Por no decir mortal —agregó Lindsay.

—¡Pero Hopkins no la vio así! —protestó Mr. Hawkins—. Creía en un Dios que envía una muerte terrible a aquellos a quienes más

ama. Para Hopkins el sufrimiento era un honor, y el martirio el mayor de todos los honores. Parece que también los primeros cristianos pensaban de esta manera. Existen pruebas de que entraban en la arena del circo llenos de júbilo.

—¿Y también fue una bendición el holocausto de Hitler? —pregunté.

—Se podría alegar que así fue —replicó Mr. Hawkins con firmeza—. Al menos para sus víctimas. En el diario de Ana Frank hay indicios de santidad.

—¿Puede ser santo un judío? —preguntó Lindsay.

—¿Y por qué no? Dios no es episcopaliano. Ni siquiera es católico.

—Pero si la persecución es una bendición —insistí—, ¿los perseguidores son unos bienhechores?

—Es inevitable que el pecado exista, pero ¡ay de los pecadores!

—¿Entonces los nazis irán al infierno?

—Sí, Bob, si crees en el infierno. Si alguna vez me siento tentado de convertirme al catolicismo, será porque los católicos han sabido enfrentarse con lo más ruin de la naturaleza humana. No se escandalizan, y así es como debe ser. No es más que la realidad, la realidad creada por Dios.

—Pero seguro que los nazis eran aún peores.

—¿Peores que quién? ¿Peores que nosotros? ¿Qué vida elegirías, Bob? ¿La de un brillante médico berlinés, muy conocido, que muere en las cámaras de gas de Auschwitz a los treinta y cinco años de edad, o la de un negro analfabeto del sur de nuestro país, que fallece en la cama a los ochenta años, rodeado de sus hijos y de sus nietos?

—La del médico, por supuesto.

—Es lo que yo pensaba. ¿Qué hombre inteligente no preferiría que le condenaran a muerte antes que a la ignorancia? En lo que concierne a la crueldad, no hay mucho que escoger entre los seres humanos.

Me resulta muy difícil describir el peculiar entusiasmo que despertaban en mí las teorías de Mr. Hawkins, pero he de decir que no era su fe lo que me atraía, por raro que parezca. No me cabía en la cabeza que ese Dios en el cual creía tan apasionadamente pudiera guardar su alma después de la muerte más de lo que podría guardar

la de Adolfo Hitler. No obstante, me emocionaba relacionarme con un hombre tan alejado de toda impostura y que creía, en su perfecta inocencia, que una muerte cruel y horrible podía ser una bendición no disimulada. Era como si Mr. Hawkins hubiese triunfado sobre un universo fríamente mecánico; él era un rescoldo caliente y brillante ardiendo en un desierto rocoso. Estaba condenado a apagarse, pero resplandecía valeroso todo el tiempo que podía.

A medida que avanzaba el año, Lindsay comenzó a adoptar actitudes cada vez más exageradas. Era más procaz que los procaces; más esnob que los esnobs, y cuando estábamos en compañía de otros chicos yo seguía siendo el blanco de sus críticas y de sus observaciones mordaces. En otras ocasiones me pedía que le acompañara en sus solitarios paseos de los fines de semana por la orilla del río, pero nunca se disculpaba por la forma en que me había tratado antes. Era de los que pueden dividir su vida en compartimientos estancos. Podía ser un aristócrata el lunes y un bromista el martes, y no veía en esto nada que le impidiera convertirse en poeta, o en filósofo, el sábado.

Recuerdo en particular una conversación que tuvimos un domingo de abril. Lindsay se fatigaba esos días con mucha facilidad, y en vez de nuestra caminata habitual habíamos subido a la torre de la iglesia y estábamos mirando el paisaje y los edificios del instituto, empequeñecidos por la altura y la distancia.

—Me figuro que Mr. Hawkins pensaría que ahora estamos más cerca del cielo.

—Creo que él ve el cielo en todas partes —le respondí.

—Es un hombre de suerte.

—¿Un tonto con suerte?

—Si ser creyente es eso, sí.

—¿Te gustaría ser creyente?

—¿Y ser tonto? ¿Por qué no? Aunque a veces pienso que el cielo sólo es para los mayores; han tenido tiempo de ganárselo. No puede haber paraíso para la gente de nuestra edad. ¿Te parece razonable que un niño pueda disfrutar de la vida eterna?

Aquel tema me resultaba siniestro, y decidí cambiar de conversación.

—Lindsay, ¿por qué solamente te caigo bien cuando es tamos los dos solos?

—¿Y quién te dice que entonces me caigas bien? —preguntó riendo.

—Porque te comportas de manera muy diferente. Cuando estamos en pandilla parece como si a veces te avergonzaras de mí.

—No es así. Es que me resulta más fácil decir lo que la gente espera que diga; es como con la ropa, uno se viste de la misma manera que sus amigos. Pero nada de eso tiene la menor importancia. Con Mr. Hawkins —y también contigo, cuando no quieres lucirte por algo que has leído— puedo pensar. O, al menos, puedo engañarme a mí mismo y creer que estoy pensando.

No sabía si sentirme resentido o halagado. ¿Sería verdad que pretendía lucirme? Y entonces, de repente, me sentí lleno de compasión. Lindsay miraba las colinas, hacia el este, y parecía muy distante. Estaba envejecido e hinchado.

—¿Y sobre qué te gustaría pensar?

—¡Pues sobre cualquier cosa!

Me sentía azorado. No sabía qué era lo que Lindsay necesitaba, y me devané los sesos en busca de un tema de conversación.

—¿Crees que Hopkins hubiese sido mejor poeta de no ser jesuita?

—No lo sé, ni me importa —contestó Lindsay bruscamente, y se volvió con un gesto de irritación—. Lo malo de ti, Service, es que eres un ateo que trata de inventarse un dios. Deberías tener cuidado con los ídolos. Quieres expulsar al Dios de Hopkins, y endiosar su poesía. Eres como esos turistas que cuando recorren Europa se les saltan los ojos ante las vidrieras de las iglesias, las imágenes sagradas y las pinturas religiosas; que parlotean de «composición», «valores cromáticos» y «formas significativas» como si esas obras de arte no tuvieran nada que ver con Dios. Y quizá sea así, pero entonces, ¿qué sentido tienen? Si Dios existe, tiene que despreciar a la gente como tú.

—¿Y a los que son como tú?

—¡Yo ya estoy fuera de todo esto! O lo estaré muy pronto.

Y lo estaba, pobre chico. A la semana siguiente sufrió una severa crisis cardíaca, y tuvo que dejar el instituto. Lindsay no nos escribió, pero sus padres le comunicaron al director que se marchaba a Arizona, en busca de un clima mejor, y que ya no volvería a Haverstock.

Mr. Hawkins parecía muy apesadumbrado por la marcha de Lindsay; él no sospechaba que un alumno suyo pudiera padecer una enfermedad tan grave. Pienso que se preguntaba si no debería haber dedicado más tiempo al infortunado muchacho, y quizá por esto estaba siempre a mi disposición, posiblemente para asegurarse de que si yo también tenía una angina de pecho, él al menos habría sido justo conmigo. Esto parecerá una tontería, pero Mr. Hawkins era así. Y yo, que me di cuenta de que en el terreno académico el instituto no podía ofrecerme nada mejor, no desaproveché la ocasión, ni la amabilidad del profesor Hawkins.

Un sábado por la tarde estuvimos caminando varios kilómetros a campo traviesa, subimos a una pequeña colina y nos detuvimos en la cima a descansar y contemplar la deliciosa perspectiva campestre. Mr. Hawkins parecía más alegre que de costumbre, y recitó con voz grave los hermosos versos de *La abadía de Tintern*:

Y he sentido
una presencia que me conmueve con el júbilo
de los pensamientos nobles; la sensación sublime
de algo profunda, íntimamente mezclado a las cosas
cuya morada es la luz de los soles ponientes,
y la extensión del océano, y el aire móvil,
y el cielo azul, y también la mente del hombre.

—¿Usted cree que Wordsworth hubiera experimentado lo mismo en este lugar? —pregunté.

—Claro que sí, ¿usted no?

—Bueno, me preguntaba hasta qué punto esas emociones fueron estimuladas por un paisaje determinado. ¿Cree usted que cualquier paisaje hubiese tenido el mismo efecto?

—Cualquier paisaje hermoso.

—Pero ¿y la «pobre Susan»? Ella respiraba los miasmas de Cheapside, y el poema es igualmente hermoso.

Mr. Hawkins parecía perplejo.

—Pero ése no es un poema sobre la impresión inmediata que causa la naturaleza. Susan está *recordando* las delicias del campo perdido.

—Así pues, todo está en la mente, en la memoria. Wordsworth pudo haber experimentado «el júbilo de los pensamientos nobles» en cualquier lugar, con tal que hubiese visto un paisaje hermoso. O

quizá ni siquiera eso; ¿acaso no podía imaginarlo?

Mr. Hawkins frunció el ceño; quería disfrutar de la vista que tenía ante sus ojos.

—Sí, supongo que sí —murmuró.

—Este sería un buen tema para un ensayo. ¿Le parece adecuado para mi trabajo de fin de curso?

Aquí el profesor Hawkins me reprendió con una cordial palmada en el hombro.

—Bob, ¿por qué siempre tiene que estar pensando en lo que va a escribir? ¿No puede abandonarse a una experiencia como ésta? ¿No puede disfrutarla sin propósitos ulteriores?

—¿Es que esto no es disfrutarla?

—No. Bob. ¿Sabe?, a veces pienso —y por favor, no se ofenda— que usted estudia literatura como si se tratara de una especie de herramienta, un arma que puede serle útil más adelante, en el campo de batalla de la vida.

—¿Y no lo es?

—Supongo que sí, que puede serlo, pero su verdadera utilidad es subjetiva; es edificante desde un punto de vista personal.

—Yo no veo la diferencia; lo que sirve para mi edificación personal puede que a la larga tenga una utilidad concreta.

—Permítame que se lo explique a mi manera. Imagínese que le han abandonado en una isla del Pacífico. Hay frutos deliciosos y hermosas muchachas —digamos que es un paraíso terrenal— pero no tiene ninguna posibilidad de satisfacer ambiciones más mundanas, ni nadie con quien hablar de literatura. En ese caso, ¿leería con tanta avidez como lo hace en la actualidad?

—Pienso que si no pudiera comentar mis lecturas, éstas perderían en parte su finalidad.

—Pero Wordsworth seguiría siendo tan buen poeta como siempre.

—Lea esto, Mr. Hawkins —dije, y saqué de mi bolsillo una edición en rústica de *El preludio*—. Wordsworth no piensa como usted. Al comienzo mismo de *El preludio* dice que quien disfruta de la naturaleza sin escribir sobre esa experiencia se conduce «como un campesino».

Abrí el libro, busqué hasta que encontré este pasaje, y se lo leí triunfante. Como es lógico, me había preparado de antemano para

la refriega.

> Yo alentaba esperanzas
> aún más nobles; que con un marco de vida material
> suministrado por mí, introduciría en un hogar concreto
> una parte de los fantasmas del intelecto.

Mr. Hawkins aceptó mi argumento con una risita.

—Muy bien, pero aquí es el poeta el que habla. Wordsworth creía que su deber era poner sus pensamientos en verso para edificación nuestra. Pero eso no quiere decir que usted o yo tengamos que escribir. Wordsworth nos entrega su poesía por pura generosidad, y nosotros no tenemos más que disfrutarla.

—¡Pero él se lleva toda la gloria!

Mr. Hawkins se rió, pero no dijo nada. A mí me encantaban esos ratos que pasaba con él. Percibía en su naturaleza una sinceridad que nunca antes había encontrado en otro ser humano. Sentía que por fin estaba junto a un hombre que me comprendía porque se comprendía a sí mismo, porque sus juicios acerca del valor de la naturaleza humana eran sensatos. ¿No había dicho acaso que los católicos aceptaban el universo?

—¿Y no forma parte de nuestra organizada vida todo lo que pensamos y todo lo que hacemos? —continué—. ¿Se puede acaso aislar una experiencia? Si un árbol cayera en el bosque, ¿habría sonido si no hubiera un oído que lo escuchara? Supongamos que leo un hermoso poema. Mi mente y mi imaginación lo hacen suyo, contribuye a mi educación y a mi cultura. Y un hombre educado y culto tiene más influencia sobre su comunidad. ¿Y eso no le otorga al poema un papel más importante que el que tiene al ser leído en una playa del Pacífico?

—Bob, ¿de verdad es usted un utilitarista tan convencido? ¿Aplica su doctrina a todas las cosas de la vida?

—Yo no la aplico; está ahí.

—¿En todo? ¿En su casa, en el instituto? ¿En la amistad? —Se calló un instante, y en sus ojos amables hubo un chispazo de algo más serio; tal vez la esperanza de que yo negara lo que él sospechaba, o quizá miedo de estar yendo demasiado lejos, de estar a punto de descubrir cosas de mí que no quería saber—. Usted ha sido un buen amigo para Lindsay. Nunca se ofendió por sus pullas y sus sarcasmos. Siempre admiré su tolerancia.

—Bueno, yo sabía que él estaba enfermo.

—¿Lo sabía? ¡Claro, si los dos son de Keswick! Las familias de ambos tienen que haberlo sabido.

—No, la mía no. Yo me enteré en el consultorio de su médico.

Mr. Hawkins permaneció completamente callado e inmóvil mientras yo relataba las circunstancias de aquel descubrimiento. Su actitud me tendría que haber puesto sobre aviso, pero no fue así. Al contrario, me lancé ciegamente hacia adelante. Al final el profesor me interrumpió con una interpretación de mi relato que parecía estar poco menos que suplicándome aceptara.

—Ya comprendo, Bob. Usted se dio cuenta de que al pobre Lindsay le esperaban momentos muy difíciles, y de que iba a necesitar un amigo comprensivo y paciente.

—En parte fue así. Pero también a mí me iba a hacer falta un amigo en Haverstock. Los biólogos le llamarían a esto una simbiosis.

—¿Le dijo alguna vez que sabía lo de su enfermedad?

—¡Jamás! Lindsay hubiese rechazado la compasión. Yo sabía muy bien lo que me hacía.

—Sí, ya lo veo.

Y en ese instante yo también lo vi: Mr. Hawkins estaba horrorizado. Fui un tonto al creer que había encontrado a un hombre que podía aceptar la verdad. Mr. Hawkins quería vivir en un mundo ficticio, como todos los demás.

—¡Usted piensa que soy un ser horrible!

—No, de ninguna manera —dijo mientras se ponía de pie con torpeza—. Creo que es usted un joven sensato, muy listo, y pienso que llegará lejos. Pero me pregunto si la literatura es la carrera que le conviene. Me parece que debería dedicarse a una profesión más… más activa. ¿Qué le parece si regresamos?

Es probable que reprimiera en ese momento mis imprecisos sueños de ser escritor, aunque éstos perduraran hasta la época de la universidad. Las relaciones con Mr. Hawkins continuaron siendo cordiales durante las semanas que faltaban para que terminara el curso, pero ahora eran menos íntimas. La culpa era mía. Su corazón cristiano me aceptaba incluso con los defectos que yo había demostrado tener, pero a mí no me interesaba recibir los beneficios de su caridad. Lo que yo le había revelado no me parecía un

defecto. Pero había aprendido una lección más sobre los peligros de la franqueza, o la excesiva transparencia. En lo sucesivo, mi alma sería un secreto bien guardado.

Aquel verano, después de terminar el bachillerato, fui a ver a Lindsay, que ya había vuelto de Arizona, pero me dijeron que estaba demasiado enfermo para recibir visitas. Su padre, no obstante, vino al vestíbulo a hablar conmigo. Durante mis anteriores visitas, cuando iba a nadar a la piscina, Mr. Knowles siempre estaba trabajando en la ciudad, y yo sólo le conocía de vista. Él no me conocía en absoluto, pero su expresión era afectuosa.

—Así que tú eres Bobby Service. Lindsay me ha hablado muy bien de ti. Me contó que sólo has estudiado un año en Haverstock, pero que en ese año, y con tu ayuda, él aprendió más que en los otros tres. Y también que has leído *El anillo y el libro*,[2] y *La reina de las hadas*.[3] Si llegas a ser abogado, como tu padre, serás el abogado más «literato» después de Francis Bacon. Y se dice también que escribió todas las obras atribuidas a Shakespeare.

Mr. Knowles era un magnífico ejemplar de aristócrata yanqui, si estos dos términos no configuran un oxímoron; era un viejo elegante, de pelo canoso y corto y mejillas curtidas, risa aguda y los ojos más amables, más cálidos que he visto en mi vida.

—Bob, déjame que te diga una cosa —dijo cuando me acompañaba hasta la puerta—. Tú vas a disponer de la vida que mi chico quizá ya no tenga; recuerda esto como una razón más para que disfrutes a tope cada minuto, cada segundo.

Me temo que lo que más sentí cuando Lindsay murió, apenas un mes después, fue que ya no volvería a ver a su padre. Era imposible que él y yo pudiéramos ser amigos, y esto hizo que Keswick y mis padres me parecieran más aburridos que nunca.

En otoño yo ya era estudiante de primer año en la Universidad de Columbia, y comencé por fin a prepararme seriamente para el futuro. Pienso que, en el fondo, siempre supe que no iba a ser escritor. Mi carácter era demasiado mundano para ello. Pero si iba a ser abogado —y yo ya lo daba por supuesto—, aún me quedaban los años de universidad para procurarme una filosofía que me sostuviera en las primeras etapas de mi vida profesional. Había destruido casi por completo los últimos vestigios del modelo

paterno, y hecho tabla rasa de los lares y penates del hogar. Yo era como Marius, que «sólo podía elegir entre la antigua religión de sus antepasados, que para él se había vuelto increíble, y la honesta actividad de su serena e independiente inteligencia».

Y fue entonces cuando mi inteligencia y mi corazón toparon con la más completa excepción a lo que era mi categoría de los «impostores» que haya conocido nunca. Me enamoré de Alice.

XVIII

Era asombroso cómo aquel florero de cristal me había curado por completo de Sylvia. Mis sentimientos hacia ella eran ahora similares a los del guardián del zoológico que entra en la jaula de uno de los grandes felinos creyendo que se ha hecho amigo de la fiera, y resulta salvajemente arañado. Evidentemente, el animal no ha hecho más que lo que está en su naturaleza, y el guardián sólo puede echar la culpa de lo sucedido a su propio descuido. Yo admitía que la furia de Sylvia era quizá la demostración de su afecto o su pasión por mí, pero era igualmente cierto que jamás he valorado el cariño que necesita expresarse con tanta violencia; más aún, lo aborrezco. Mi único deseo era cerrar de un portazo la jaula e irme para siempre de aquel zoológico.

A pesar de todo, hay algo que debo decir en favor de Sylvia. Esa mujer sabía muy bien cuándo algo se había terminado. No me llamó desesperada en mitad de la noche, ni me encontré a la mañana siguiente ningún mensaje esperándome en la mesa del despacho. El florero roto era un adiós definitivo.

Yo era presa de un extraño estupor. Ni siquiera miraba la correspondencia que recibía. No me preocupaba en lo más mínimo el testamento de Ethelinda o la importante fusión que había sido el motivo de tantas reuniones. ¿Era un monstruo sin sentimientos, que no me importaba la gente que tanto había hecho por mí? Quizá, y tampoco eso me importaba. Yo era así.

Mi secretaria acudió al despacho en respuesta a mi llamada. Era una mujer morena, silenciosa y eficaz que nunca hacía observaciones personales, trabajaba todas las horas que le pedía y

—presumía yo— estaba un poco enamorada de mí.

—Elaine, me marcho —le dije, y la noticia me sorprendió casi tanto como a ella—. Me voy unos días, y no dejaré ninguna dirección. No quiero que nadie sepa dónde estoy, ni recibir ningún mensaje.

—¿Y la fusión?

—Ese asunto ya se resolverá por sí mismo.

—¿Y su familia, Mr. Service? ¿Qué hago si una de sus hijas se pone enferma?

—Su madre se ocupará de eso.

—Mr. Service, ¿puedo decirle algo?

—No, Elaine, no puede. Hágase la idea de que he perdido temporalmente la chaveta y no se preocupe. Volveré.

Crucé el pasillo en cuatro zancadas y salí de la oficina sin responder a la recepcionista: «¿Va a comer, Mr. Service?».

Fui a casa, hice una maleta, saqué mi coche del garaje y me dirigí a Millbrook. Cuando llegué, encontré la pensión donde se habían alojado mis padres cuando la ceremonia de mi graduación en el Instituto Haverstock, y tomé una habitación. Esa misma tarde fui al instituto a ver a Mr. Hawkins.

Estaba sentado en su estudio, solo, corrigiendo los trabajos de sus alumnos, pero se levantó de un salto y me recibió con un gran abrazo. En los dieciocho años que habían pasado desde que terminara el bachillerato, yo no le había visto más que cinco o seis veces, pero Mr. Hawkins había cambiado muy poco pese a que estaba algo más gordo y tenía el pelo completamente blanco, encanecido prematuramente tal vez, pues el profesor no había cumplido los sesenta. No se había casado, y seguía tan benévolo y apasionado como siempre. Esa noche me dejó que hablara hasta muy tarde, como si él no tuviera nada más que hacer, y al día siguiente por la tarde fuimos a pasear por los bosques otoñales.

—He pensado a menudo en usted, Bob —dijo, e hizo una pausa para mirarme con sus ojos brillantes, inquietos—. Me preguntaba qué le sucedería a la larga, y tenía miedo de que fuera algo malo.

—¿Qué cosa, por ejemplo?

—Bueno, nada en concreto, no conocía la forma que tomaría esa desgracia; lo que temía era que cuando usted consiguiera lo que quería —y estaba seguro de que lo conseguiría—, se encontrara con

que no tenía más que polvo y cenizas entre las manos.

—Eso nos sucede a todos, ¿verdad?

—¡Caramba, no! Muchísima gente está totalmente satisfecha con lo que este mundo le da. Pero a usted le fue concedida la visión de cosas mejores; usted amaba a Wordsworth y a Hopkins, se sabía de memoria largos trozos de *El preludio*. ¿Cómo iba a sentirse satisfecho en un mar de frivolidad?

—¡Pero si usted nunca creyó que me importara sinceramente Wordsworth! —le repliqué, un poco irritado de que sus recuerdos fueran tan halagadores—. Usted pensaba que yo era un impostor, un farsante que solamente leía para obtener buenas notas y para lucirse.

—¿Creía que yo pensaba eso? —me preguntó afligido—. ¿Cree que ésa es la opinión que le merece a los demás?

—Sé que lo piensan.

—Querido Bob, puede que no le haya hecho un favor al alentar su amor por la literatura. Claro está que siempre supe que algunos de los motivos que le impulsaban a cultivar ese jardín eran mundanos, pero esto no es tan insólito como usted parece creer. Si hay algo de lo que no me di cuenta es de que usted estaba mezclando dos cosas incompatibles, un auténtico amor por la belleza y un amor no menos auténtico por el éxito. Y, desde el Renacimiento, estos amores han sido incompatibles. ¿Por qué no vuelve junto a su esposa? Por lo que me ha dicho, ella al menos comparte sus gustos literarios. Y eso es bastante más de lo que le ofrece Mrs. Sands.

—Alice no quiere vivir conmigo.

—Ella no quería vivir con el hombre que usted era ayer, pero quizá desee hacerlo con el hombre que es hoy.

La idea me entusiasmó de inmediato. Me daba cuenta de que había estado esperando que él dijera algo así, que había venido a Millbrook nada más que para oírselo decir.

—Ella lo es todo para mí —murmuré, y mi tono era de ansiedad.

—Quizás usted sea todavía algo para ella.

A última hora de la tarde me dirigí a Keswick, y encontré a mi madre sola en casa. Papá se había ido a pescar, pero ella se mostró muy dispuesta a darme cena y alojamiento por aquella noche. Estuvimos hablando hasta muy tarde, y yo le conté mi historia. Me

escuchaba con el aire distante, de tenue desaprobación pero resignado, que adoptaba tan a menudo conmigo.

—¿Entonces volverás con Alice? ¿Y qué crees que dirá ella?

—Eso es precisamente lo que quiero que me digas; tú la ves más que yo. ¿Está saliendo con alguien?

—Sí, con uno de sus poetas, pero no sé si va en serio. Le vi una vez en su casa; se llama John Cross. Es un hombre de mediana edad, callado, bastante bajo, y cojea al caminar. Creo que tuvo poliomielitis cuando era niño.

—No parece un rival temible.

—No estés tan seguro. Quizá le dé a Alice algo que ella necesita, algo que tú no le dabas. Robert, ¿de verdad estás seguro que de quieres volver con Alice?

Los ojos de mi madre me escudriñaban como si yo acabara de confirmarle que siempre sería un enigma para ella.

—¡Claro que estoy seguro!

—Creo que Alice por fin está empezando a vivir en paz, y no me gustaría verla de nuevo inquieta y angustiada.

Mi madre no había aprendido nunca que la lealtad es la virtud materna por excelencia; una lealtad que, si hace falta, debe ser ciega. Y la carencia de esta virtud en una madre es aún más dañina que beneficiosa su posesión. En ese momento sentí que mi madre era la responsable de todo lo malo que me había sucedido en la vida.

—Creo que me serviré una copa de algo bien fuerte y me la llevaré a la cama —murmuré con una voz que parecía un gruñido.

El día siguiente era sábado, y cuando llamé por teléfono Alice estaba en casa. Mis hijas habían ido a pasar el fin de semana en casa de sendos amigos, y Alice, cuando le dije que tenía que hablar con ella de algo importante, estuvo de acuerdo en que fuera a verla cuando quisiera. Llegué al piso a las cinco de la tarde y encontré a Alice leyendo originales junto a la chimenea, y, por tercera vez en dos días, relaté los acontecimientos de la semana anterior. Le dije que la modificación de los planes con respecto al testamento de Ethelinda Low había desbaratado el proyecto de fusión, y que mi bufete continuaría igual que antes. Yo sabía que esto era un punto a mi favor pues a Alice, a quien sus amigos los Stubbs mantenían al corriente de todo lo que pasaba en el bufete, no le gustaba la

perspectiva de una unión con Gil Arnheim.

—Ya ves, estoy de vuelta en el punto donde tú y yo comenzamos —concluí—. Me siento perfectamente capaz de volver a trabajar tan bien como antes, pese a que una fusión que se separa no es un buen antecedente. Pero eso no cuenta si puedo tenerte otra vez conmigo.

Nos miramos largamente a los ojos. Alice estaba sorprendida porque no se esperaba este final; yo lo estaba porque la veía fatigada y hasta un poco más vieja. La había idealizado durante mis dos días de aturdimiento, convirtiéndola en una visión radiante de pálida y sublime belleza. Pero me recuperé muy pronto. Amaba a Alice, la adoraba. Y aún la adoro. Todos sufrimos esos destructores instantes de decepción, y reaccionar a ellos con indiferencia es parte del aprendizaje de la vida.

—Bob, ¿de verdad piensas lo que has dicho?

—Pienso eso, y mucho más. En adelante serás mi mentara en todo lo que concierna a la ética de mi profesión.

—Pero yo no te he pedido eso. ¡Y no deseo hacerlo!

—Te lo pido yo, porque lo necesito. Quiero que volvamos a vivir juntos bajo unas condiciones que te satisfagan plenamente. Nunca he dejado de amarte; Sylvia no fue más que un interludio, una de esas cosas que les suceden a los hombres solitarios. ¿Por qué no podemos vivir juntos y educar a nuestras hijas como se debe? Y si lo que te preocupa es el amor, tranquilízate. Podemos dormir en habitaciones separadas; yo siempre alentaré la esperanza de que eso se acabe, pero será sólo una esperanza; las decisiones las tomarás tú.

—Sé que debería pensar en las niñas —dijo Alice, mirando hacia otra parte—, pero también tengo que pensar en mí. Dices que Sylvia fue como un interludio; yo no estoy segura de poder decir lo mismo de mi amigo John.

¡Qué curiosos son los celos! En un segundo Alice ya no me parecía ni pálida ni demacrada, y volvía a ser tan bella como la primera vez que la amé.

—¿Estás enamorada de él?

¿Habría encendido Alice el fuego de la chimenea para poder contemplarlo mientras reflexionaba? Aquélla era la escenografía más adecuada a su expresión pensativa.

—No, yo no diría que esté enamorada de John, aunque creo que

lo he deseado. Es un hombre maravilloso, y estamos muy bien juntos. No creí que volvieras de la manera que lo has hecho; estaba segura de que irías de triunfo en triunfo.

—¿Aunque no fueran lo que tú consideras un triunfo?

—Tal vez no. Pero sospechaba que ahora que yo no estaba a tu lado para criticarte evolucionarías más naturalmente; pensaba que llegarías a ser un…

—¿Un magnate?

—Sí, algo por el estilo. De todos modos, no creo estar preparada para este nuevo Robert Service.

—¿Me preferías de la otra manera?

—No, no es eso —dijo, encogiéndose de hombros en un gesto de desasosiego—. Es sólo que no estoy preparada.

—¿No te fías de mi transformación?

—¡No lo sé, Bob! —exclamó repentinamente irritada—. Me he estado acusando de haber sido una remilgada que no sabía lo que quería; me decía que tú, después de todo, no habías hecho nada que estuviera realmente mal, y que el mundo es como lo piensas tú, no como lo creo yo, y que sería mejor que aceptara de una vez por todas la realidad. Y luego pensé que si era humilde tal vez lograra vivir sola, de acuerdo con mis ideas, con mis ideales. Y quizás así un día viviría con John.

—¡Pues yo haré todo lo que pueda para impedírtelo! —exclamé—. Necesito tener otra oportunidad contigo, y si me apuras apelaré a tu sentido de la responsabilidad, y a tus deberes para con las niñas.

—¡No lo hagas, por favor!

—¿Porque no serviría de nada?

—Al contrario, porque podrías conseguir lo que deseas.

Me quedé un instante en silencio, conteniendo una especie de sollozo.

—¿Tanto te desagrado?

—¡No! En realidad, nunca he conseguido librarme completamente de ti, y eso ha sido un obstáculo en mi relación con John. Pero ¿cómo podría volver a vivir igual que antes, sabiendo que sólo es cuestión de tiempo el que reaparezca el antiguo Bob Service? —Alice apartó los ojos del fuego y me miró con desesperación—. ¿Por qué debo sufrir otra vez esa tortura?

—Porque esta vez todo será diferente.

—Estoy segura de que estás convencido de eso. ¿Pero no te das cuenta de que a mí me cuesta mucho creerlo?

—Sí, me doy cuenta.

Alice me permitió que la invitara a cenar, y una vez lejos del piso donde viviéramos juntos —un escenario demasiado familiar y cargado de recuerdos— y ya en medio de la serena elegancia del *Amboise*, se tranquilizó y se tomó tres combinados uno detrás del otro.

—¿No estás bebiendo más que antes? —le pregunté cuando pidió el último.

—No. Al contrario, desde que vivo sola prácticamente he dejado de beber; me asusta convertirme en una bebedora solitaria. Pero ésta es una noche excepcional, y también lo es mi comportamiento.

Hablamos largamente de nuestras hijas, de sus padres y de los míos, y hasta hablamos de Sylvia. Al final le llegó el turno a John Cross.

—Voy a ir a verle mañana —anuncié.

—¿A John? ¡Dios mío! ¿Y para qué?

—Voy a exponerle mi caso. Me has dicho que es un hombre honrado y sensible, y como tal pienso tratarle. Le contaré toda mi vida, e incluso le daré a leer algunas páginas de mi diario, las que se refieren a nosotros dos. Le propondré que sea él quien decida si tengo derecho a pedirte que vuelvas a vivir conmigo.

Alice me miró como si inesperadamente le hubiera revelado un nuevo aspecto de Robert Service.

—¡Pobre John! ¿Y serías capaz de ponerlo en semejante situación?

—¿Por qué no? Cuando yo empecé a salir con Sylvia te dejé a ti en libertad. John tenía todo el derecho del mundo a entrar en tu vida. Y me parece justo avisarle de que pienso hacer todo lo posible para deshauciarlo.

—¡Hablas como un abogado! ¿Qué clase de relación supones que tenemos John y yo?

—No quiero ni saberlo. Sólo me importa que él disfrute de tu intimidad, que me sustituya en el lugar que antes ocupaba yo.

Alice se quedó pensativa un instante.

—Bueno, después de todo lo que ha oído decir de ti le encantará

conocerte —dijo por fin—. Y como escritor que es, querrá meter la nariz en tu famoso diario. John trabaja como asesor en la editorial Scribner. ¡A lo mejor te hacen una oferta para publicarlo!

Pues sí que Alice estaba de un humor bien raro aquella noche. Además de los combinados bebió bastante vino, y me habló de sus autores favoritos, algo que en el pasado nunca había hecho. Yo empecé a alentar esperanzas sobre el modo en que podía acabar la noche.

Y por cierto que acabé en la cama de mi esposa, tal como yo esperaba. Pero algo había cambiado. Alice se mostraba más impersonal, más interesada en el acto que en el amante. Incluso parecía un poco desesperada; actuaba como una mujer que no ha hecho el amor durante largo tiempo. Y aunque aquélla no era la Alice que yo recordaba y deseaba tener de nuevo a mi lado, me consoló pensar que probablemente no se había acostado con Cross.

A la mañana siguiente, cuando le pregunté si ya podía volver a traer mis cosas al piso, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Todavía no, querido. Todavía no.

XIX

Estaba con John Cross en uno de los reservados del New Galway Bar, y él me miraba como si yo fuera un extraño animal que, aunque probablemente se portaría bien, cabía la posibilidad de que de repente escupiera o se lanzara al ataque. Cross había pedido un whisky con soda, que bebía sin ninguna prisa mientras yo consumía tres. Estaba nervioso y no me importaba que se me notara. El amigo de mi mujer era un hombre pequeño y bastante regordete, con una cara extrañamente juvenil para los cuarenta años que debía de tener, ojos brillantes y bondadosos, frente despejada y pelo negro y más bien largo. Digo que sus ojos eran «bondadosos» porque ésa era la impresión que daban, bondadosos hasta para conmigo. Deduje que la seguridad de Cross en sí mismo debía de estar basada en la valoración que él hacía de su propio carácter, porque evidentemente no se basaba en su físico ni en sus triunfos mundanos. Pero me daba cuenta de por qué le gustaba a Alice, y esto me ponía nervioso.

—Ambos deberíamos pensar en Alice —dije con voz firme—. Es decir, en qué es lo mejor para ella.

—O sea en cuál de los dos es mejor para ella.

—Exacto, ésa es una buena manera de formular la cuestión.

—Sólo que yo no estoy tan seguro de ello. ¿Tengo derecho a formularla así? Alice nunca ha dicho que pensara casarse conmigo, ni en el caso de que pudiera hacerlo. Y no hemos sido amantes, aunque usted pueda sospecharlo.

—¿De verdad? —Mi corazón era como el ave cantora del poema que Alice y yo solíamos citar—. Supongo que no porque usted no lo

haya sugerido.

—¡Claro que no! He tenido la audacia de ofrecerle mi persona, a pesar de ser tan poca cosa. Espero que no tenga nada que objetar.

Su sonrisa me daba a entender que suponía que yo estaba de acuerdo con lo que él decía, pero había un destello en sus ojos que indicaba que Cross era todavía muy consciente de que tenía ante él una bestia imprevisible.

—Quiero a Alice, y no lo oculto. Pero le digo sinceramente que ella no me ama. Creo que desearía hacerlo, pero lo cierto es que no me ama.

—¿Y a qué se debe que ella no le ame? ¿Qué es lo que piensa usted?

—Amigo, me temo que la razón es usted. Ella no ha conseguido dejar de quererle.

—¡Entonces, John, le he obligado a aburrirse con mi diario para nada! —exclamé—. Le pido disculpas.

—¿Por qué dice eso?

—¿No es evidente? Usted es demasiado caballeroso para continuar en la liza, puesto que Alice me quiere a mí y no a usted.

—Creo que se equivoca, amigo. Precisamente eso es lo que pienso hacer. Y puede que no haya leído inútilmente las apasionantes páginas amarillas que le dejó usted esta mañana a mi portero. Porque la pregunta es más válida que nunca: ¿Cuál de los dos es el mejor para Alice?

—¡Pero ella no le ama, John!

—El amor no lo es todo. El problema es qué consecuencias tendrá su amor —si podemos llamarlo así— para Alice. Piense en lo que ya le ha hecho.

—¿Qué está diciendo?

John se quedó un instante callado, como si estuviera calculando hasta dónde se podía llegar con un animal salvaje.

—No creo que me haya citado aquí para que hablemos del tiempo. De modo que le diré lo que pienso. Usted ha colocado a Alice al borde de una bancarrota moral. Año tras año le ha contemplado como hipnotizada mientras usted perseguía inexorable sus metas. ¡Y ni una sola vez Alice ha sido capaz de convencerle de que usted se equivocaba!

—Señal de que no lo estaba.

—Así es, y Alice no puede soportarlo. No puede soportar la idea de que el mundo sea como usted lo ve, y no como lo ve ella.

—Entonces, puede que el mundo sea así.

—¡No! No puede ser como lo piensa usted —exclamó, y sus ojos, ahora apasionados, me desafiaban a que lo atacara si yo quería—. Se equivoca, Robert Service. Se equivoca por completo. El hombre de su diario es una especie de monstruo, y usted no puede ser como él, no enteramente al menos. ¿Y qué quiere de Alice? ¿Para qué la necesita realmente? ¿La tiene como si fuera un rehén de por vida para evitar el castigo del cielo?

Supongo que en este punto de la entrevista me puse un poco histérico, porque no recuerdo exactamente qué le respondí. Estoy seguro de que le conté que quería a Alice desde nuestros días de estudiantes, que ella era a la vez el ancla y el timón de mi vida, que sin mi esposa me sentía vulnerable, indefenso, y que si no volvía a mi lado no sabía qué sería de mi vida. Debí desvariar de esta manera durante unos quince minutos. Sin embargo, recuerdo que hacia el final John dijo con amargura:

—Me figuro que Alice le sirve para no verse tal como es. Pero, por el amor de Dios, ¿por qué insiste en llevar ese terrible diario?

—¡Renunciaré a él si usted renuncia a Alice! —exclamé—. Ella será mi diario.

El pobre John parecía a punto de desvanecerse. Pidió un whisky doble y se lo bebió de un trago.

—Estoy empezando a preguntarme qué pinto yo en todo esto —murmuró tristemente—. Alice y usted… ¡si son como dos escorpiones en una botella! Está muy bien que nos preguntemos qué es lo mejor para ella, pero ¿qué es lo mejor para usted? ¿Y si usted fuera una pobre alma en pena que sólo puede ser salvada por Alice? Puesto que ella ya comenzó la tarea, tal vez deba continuarla… siempre que no desee hacerse cargo de *mi* alma.

Volvimos caminando con pasos muy poco firmes —los míos, al menos— hasta mi casa, y le pregunté a John si intentaría convencer a Alice de que me permitiera volver con ella.

—No, no lo haré —me contestó con una expresión de cansancio—, pero puede estar seguro de que la dejaré tomar su decisión en paz.

Y estas palabras fueron su despedida.

XX

El lunes, en el bufete, encontré la mesa de mi despacho cubierta con las hojas rosadas donde se anotan las llamadas telefónicas; a mi secretaria indecisa entre la indignación y el alivio por mi presencia, y a Douglas, mi exasperado socio, mirándome desde el umbral de la puerta con ojos inquisitivos. Pero lo primero que me dijo Douglas se anticipó a cualesquiera otras preguntas o explicaciones.

—Una tal Ethelinda Low te está llamando desde las nueve. Quiere que vayas a verla de inmediato; dice que es un asunto de vida o muerte.

Sin decir prácticamente nada más salí de la oficina. Veinte minutos más tarde estaba sentado con Ethelinda en su biblioteca, frente al busto de Madame Pompadour. Ethelinda estaba muy agitada.

—No sé a quién acudir, Robert, ni en quién confiar. Ni siquiera sé si puedo confiar en usted, aunque algo en su rostro me dice que sí, que puedo hacerlo. O quizá sea solamente porque Sylvia ha estado hablando tan mal de usted… ¡Robert, todo esto es espantoso! Gil Arnheim dice que esa chica siempre ha pretendido meter mano a mi fortuna; que desde el principio no ha hecho más que intrigar, que es una lagarta. ¡Y yo que pensé que podía descubrir a esa clase de gente a simple vista! Yo, caer en una trampa tan burda…

Me fijé en el hecho de que cuando un anciano comienza a deteriorarse, aun alguien tan vigoroso como Ethelinda, la decadencia es luego rápida e incontenible. Hacía muy poco, esta intrépida mujer parecía una fortaleza inexpugnable, el puente levadizo alzado, echados los cerrojos, las almenas bien guarnecidas

de arqueros. Y ahora, de repente, el enemigo había pasado las murallas, estaba en el patio, expoliando los cadáveres de los guardias. La habían traicionado desde dentro; estaba sola e indefensa en un mundo de ladrones.

—¿Y por qué piensa Gil de repente que Sylvia va detrás de su dinero? —pregunté.

—Él dice que la idea de un fideicomiso fue de ella; que Sylvia no fue tan torpe o tan grosera como para solicitarme directamente un legado, pero que pretendía la administración del fondo de beneficencia, y, por supuesto, pensaba pagarse a sí misma suculentas comisiones.

—Pero era Gil quien tenía que redactar el testamento, ¿por qué no le aconsejó una fundación en lugar de un fideicomiso?

—Él dice que hasta la semana pasada daba por sentado que yo sabía exactamente lo que quería, y que no había nada intrínsecamente malo en un fideicomiso que administrara los bienes destinados a obras benéficas. Pero que cuando descubrió que la idea era de Sylvia… ¡Robert, por favor, ayúdeme! ¡No sé a quién creer!

Como siempre que estaba en medio de una crisis, pensé muy de prisa. Tan pronto como Sylvia le habló de nuestra ruptura, Gil tenía que haberse dado cuenta de que tenía que elegir entre Sylvia y yo. Entonces debió de poner en un platillo el valor de nuestra proyectada fusión, y en el otro el de una alianza con una experta en relaciones públicas frustrada y furiosa. Y, una vez realizada la elección, decidió de inmediato desprestigiar a Sylvia ante los ojos de su cliente. Gil, muy sensato, se iba a quedar con Ethelinda y conmigo. ¿Y quién podía reprochárselo?

—Ethelinda —le dije con decisión—, mi consejo es que haga lo siguiente: cree esa fundación. En seguida, hoy mismo. Ponga en la junta directiva a seis personas conocidas por su espíritu cívico y su moralidad, y con fortuna propia. Estipule que no reciban por sus servicios más que una compensación simbólica, pero que contarán con la ayuda de un director y una plantilla de personal a sueldo. Y luego entrégueles algo de dinero, y vea qué hacen con él. Si la cosa funciona, puede dejar sus bienes a la fundación; si no es así, haga lo que había pensado antes, dejarlo todo directamente a la beneficencia.

—Robert, lo que me dice parece muy razonable. ¿Y por qué

tengo que recurrir a otro abogado? ¿Quiere ocuparse usted mismo del establecimiento de la fundación?

—Ethelinda, Gil es su abogado. Y muy competente, por cierto. Sabe cómo establecer una fundación en menos de lo que canta un gallo.

—Pero yo quiero que me ayude usted, que participe en todo esto.

—No se preocupe; estaré a su lado para ayudarla. Puede llamarme a cualquier hora del día o de la noche. ¿Sabe una cosa, Ethelinda? Me siento más cerca de usted que de mi propia madre.

La anciana me miró atónita durante un instante, y yo me pregunté si no habría ido demasiado lejos, pero entonces ella me cogió una mano entre las suyas, arrugadas y manchadas por la vejez.

—¡Ah, Robert, cuánto me gustaría creerle! ¡Cuánto me gustaría!

¿Y por qué no habría de creerme? No había dicho más que la verdad. Yo quería a Ethelinda por sí misma y por lo que podía hacer por mí. La quería más que a mi propia madre, que tenía tan poca fe en su hijo. La quería más de lo que nunca había querido a Sylvia, que podría haberme matado si hubiera tenido mejor puntería con el florero de cristal. Creo que en aquel instante amaba a Ethelinda como a nadie en el mundo, con la sola excepción de Alice. ¿Qué piensa la gente que es el amor «verdadero»?

Volví al bufete y llamé a Alice para preguntarle si podía ir a casa por la noche. Después de un largo silencio me respondió que no tenía nada para cenar.

—¡Pues cenamos fuera! —exclamé jubiloso—. Te llevaré al restaurante más caro de la ciudad.

XXI

En las seis semanas siguientes se reanudaron las conversaciones sobre la fusión de mi bufete y el de Gil Arnheim. La negociación estaba a cargo de los dos socios principales. Gil y yo parecíamos entendernos a la perfección, tanto en lo que hablábamos como en lo que callábamos. Cuando me preguntó si me gustaría estar en la junta directiva de la nueva fundación de Ethelinda le dije que él, en tanto que abogado de Mrs. Low, era un candidato mucho más apropiado, y cuando me dijo que ella había sugerido que yo le echara una ojeada al nuevo testamento, insistí en que no deseaba de ninguna manera inmiscuirme en el ejercicio de su profesión. Arnheim estuvo entonces de acuerdo en que la razón social del nuevo bufete fuera Arnheim, Buttrick y Service, y convinimos en que mi porcentaje de los beneficios netos sería el mismo que el suyo. Un piso situado justo encima de las oficinas de Arnheim quedó libre en esos días; y lo cogimos en seguida. Parecía como si los dioses apoyaran nuestra fusión, tanto en los aspectos jurídicos como inmobiliarios.

De hecho, mi único problema ahora era decírselo a Alice. Nuestra reconciliación había sido hasta aquí muy tranquila, muy cómoda, y nuestras hijas estaban encantadas. ¿Pero qué sucedería cuando Alice descubriera que la fusión de los bufetes, que yo le había asegurado había quedado en nada, estaba a punto de realizarse? ¿Y que el precio era la renuncia de dos de mis socios, uno de los cuales era su admirado Peter Stubbs?

Decidí que Douglas Hyde sería mi embajador ante Alice.

—Mira que le han hablado muy mal de Arnheim —le advertí.

—¿Quién ha sido? ¿Peter?

—Supongo que sí. Pero yo también. El día que fui a ver a Alice para pedirle que nos reconciliáramos hablé más de la cuenta. Y se va a pensar que le mentía cuando le dije que ella iba a ser mi conciencia. ¡Pero era sincero, Doug, te lo juro!

—Te creo, Bob. ¡Estoy seguro de que creías lo que decías… o al menos de que lo pensabas mientras se lo decías a Alice! ¿Y qué quieres que le diga yo?

—Explícale que la fusión es muy ventajosa para los otros socios; que todo lo hago por ellos.

—¿También por Peter y Oz Burley?

—Bueno, Peter es rico y puede darse el lujo de ser exigente. Oz es un chalado, y creo que hasta Alice puede darse cuenta. Dile lo que significará esto en términos económicos para los socios; saca cuentas con ella de cada dólar, de cada céntimo de más que ganarán. Y háblale de la importancia que eso tiene para ti, para tu mujer y para tus seis hijos. ¡Qué demonios, después de todo no nos vamos a asociar con una pandilla de maleantes! En ese bufete están algunos de los abogados más conocidos de la ciudad.

Douglas por fin aceptó la misión, aunque de mala gana, y esta noche ha venido a casa a tomar una copa y a hablar con Alice. En este momento están en el salón, decidiendo mi destino mientras escribo esto en el estudio.

Y ahora, una cuestión decisiva: creo que no voy a continuar este diario. Pienso que hasta cierto punto ha sido algo así como un diálogo imaginario con Alice. He escrito todo lo que en la realidad no le podía decir, o lo que ella no podía o no quería entender. Sus páginas amarillas han constituido una oportuna catarsis de mi resentimiento por la continua injusticia de mi esposa para conmigo, pero ahora que tengo ante mí la perspectiva, o al menos la esperanza, de una armonía duradera entre nosotros, he comenzado a barruntar si no me estaré perjudicando al registrar minuciosamente mis actos y atribuirles luego un motivo. ¿Pretendo ser mi propio dios, mi creador? Creo saber qué clase de hombre es Robert Service hasta que éste se vuelve un personaje de la página que tengo ante mí. Y entonces parece asumir una personalidad diferente. ¿Por qué? ¿Porque he descrito al personaje muy bien, o porque lo he descrito muy mal?

Al final de *Marius el Epicúreo*, Pater hace que su héroe se convierta a medias al cristianismo, para que Marius encuentre una solución final en su peregrinar en busca de una filosofía. Pero Pater, que nunca creyó en otra cosa que en las palabras hermosas y los fuegos de artificio, no podía soportar dejar a Marius entregado por completo a Dios, y le permitió que escapara al martirio mediante una enfermedad mortal. ¿Qué hubiera hecho el escritor por mí?

¿Una conversión a medias? ¿Por qué no? Si renuncio al diario, tal vez me reúna con mis prójimos. Y si parezco un «buen tipo» y actúo como tal, ¿no acabaré siéndolo? ¡Tan bueno como tú, *hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère*! Sí, porque si esta página encuentra alguna vez un lector, será alguien así. Tendrá que serlo, porque no los hay de otro tipo, salvo quizá Mr. Hawkins, y Alice en sus mejores momentos.

¿Quedará algo de Robert Service si, al final, llego a ser lo que Alice quisiera que fuese? Pero ¿es que quedará algo de Alice? Será mi venganza o será mi redención, aunque quizá no haya diferencia entre una y otra.

Bien, todo ha terminado. Douglas se ha marchado, y Alice ha ido a cambiarse de vestido. Vamos otra vez a cenar a un restaurante caro, aunque no para celebrar la fusión. Tenemos que festejar algo muy distinto.

Alice no estuvo precisamente simpática conmigo. Cerró la puerta detrás de Doug, volvió al salón y se puso frente a la chimenea, muy seria y formal. No era la primera vez que la veía así.

—Hace un año, después de oír lo que acaba de contarme Doug, me hubiera vuelto a plantear nuestra reconciliación. Hoy, sin embargo, creo que finalmente soy capaz de aceptarte tal como eres, igual que aceptaba Margaret Fuller el universo. ¿Y te acuerdas de lo que dijo Carlyle cuando oyó esto? «¡Por Dios, ya era hora!».

La miré, consternado y en silencio. ¿Quién era esta nueva Alice, tan seria e irónica?

—De todos modos —continuó ella—, ¿no era una insensatez esperar que fueras otro distinto del que eres?

—¿Tan malo sería eso?

—No, no; y quizá tu tesis sea correcta. Tal vez eres como todo el mundo, y soy yo la que ha estado loca todo este tiempo.

—Loca no, Alice. Nunca dije que lo estuvieras.

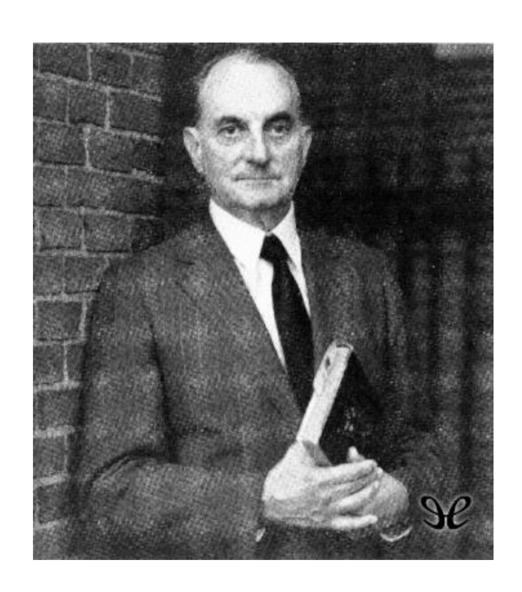
—No, sólo lo pensabas. No importa, eso nunca me preocupó. Y ahora tendré alguien más en quien pensar, además de las niñas y de nosotros.

Salté de emoción cuando comprendí el significado de su sonrisa.

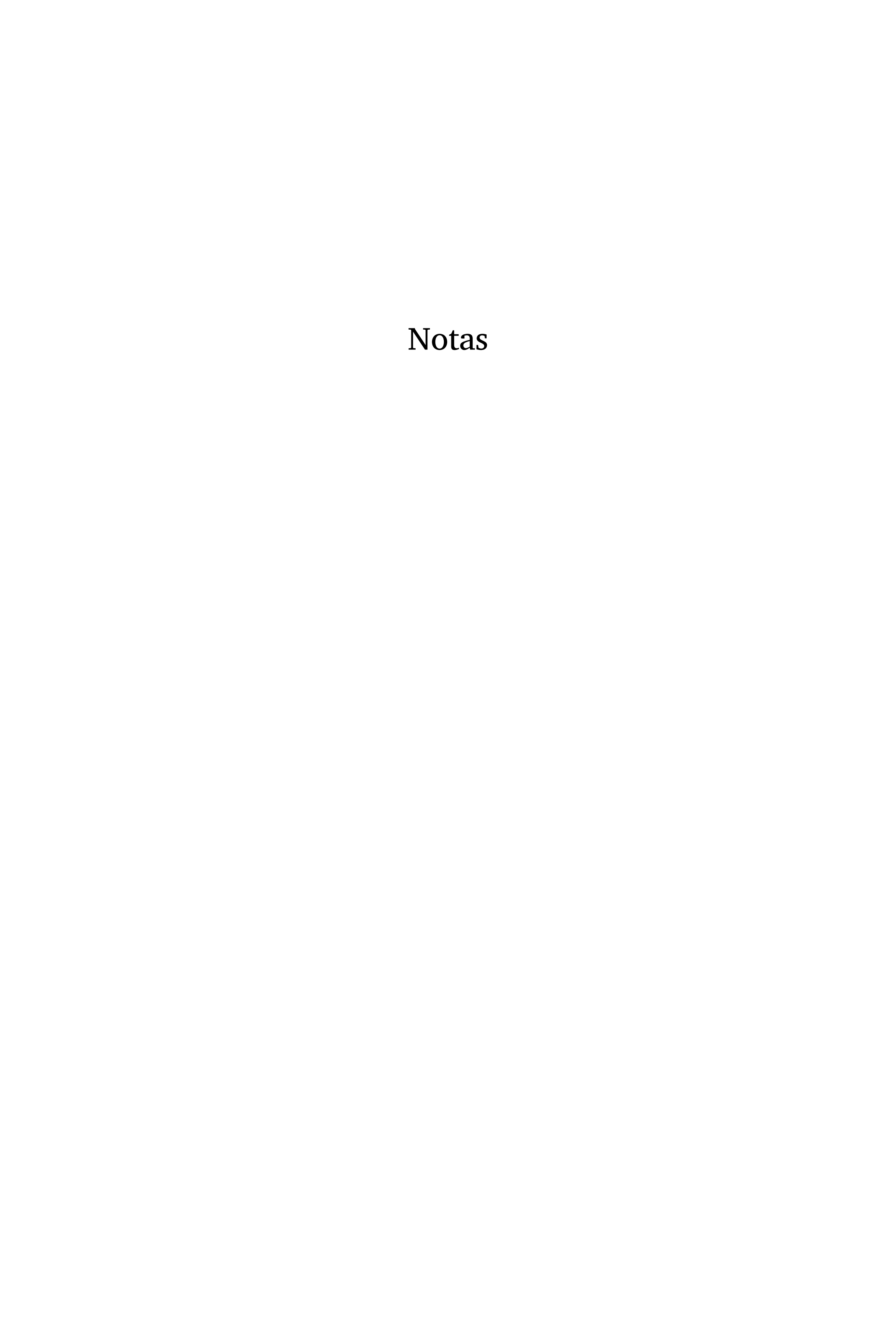
—¡Pero aún es muy pronto! Aún no puedes saberlo, ¿no?

—Ya ha pasado más de un mes, y estoy bastante segura. —Alice me permitió que la abrazara—. Bob —murmuró con ternura mientras me cogía la cabeza y me miraba fijamente a los ojos—, esto es lo que nos hacía falta para no seguir pensando todo el tiempo en nosotros. ¿No crees que lo nuestro ya era un poco enfermizo?

¡Por fin un hijo! Porque, después de todo lo que he pasado, seguro que será niño. Soy muy muy feliz, ¿acaso no me lo merezco? Después de todo, los dioses están conmigo.



LOUIS AUCHINCLOSS (1917) estudió en Yale y en la universidad de Virginia, y en 1941 se estableció como abogado en Nueva York. Es miembro del Instituto Nacional de Artes y Letras y presidente del Museo de la ciudad de Nueva York. Aparte de sus libros de ensayo y de crítica, en su abundante obra narrativa, una treintena de libros, se ha mostrado como un magistral cronista, *en connaisseur*, de la clase alta y del mundo del derecho y de las finanzas.



Notas

[1] Mi corazón es como un ave cantora / que anida en una planta acuática / dónde sino en Oriente hay una maravilla comparable / una ciudad de color de rosa, casi tan antigua como el tiempo. (*N. del t.*) < <

[2] *The Ring and the Book*, poema de Robert Browning publicado en
1868-1869,
y considerado la obra más importante de este poeta. (*N. de la t.*)
<<

[3] *The Faerie Queene*, poema en estancias de Edmund Spenser, publicado entre 1591 y 1596. (*N. de la t.*) < <